

J. H. PROBST - BIRABEN

LOS MISTERIOS
DE LOS
TEMPLARIOS

EDITORIAL DEDALO
BUENOS AIRES

I

LOS TEMPLARIOS Y LA EDAD MEDIA

Antiguamente en muchas provincias el solo nombre de Templarios evocaba, no sólo la orgullosa silueta de los soldados religiosos, esa Milicia de Cristo en Palestina, con su gran manto blanco adornado en el pecho con una cruz paté de color bermejo, sino toda suerte de cosas extraordinarias.

Alguna roca enorme tenía reputación de haber sido la vivienda de un Templario, algún arroyo de ser el lugar en el que hacía bañar su caballo, algún rumor de la selva era su gemido. Los campesinos atribuían a la Orden indistintamente todas las ruinas antiguas; muchos, en los Pirineos, iban a buscar en la noche los tesoros que los caballeros habían ocultado antes de ser perseguidos.

Es verdad que, un poco en todas partes, los Templarios tuvieron comanderías, o sea residencias-fortalezas de los jefes, que vivían rodeados por sus hermanos guerreros y eran servidos por numerosos hermanos criados. Las iglesias particulares y fortificadas despertaban la imaginación: algunas recordaban formas orientales, traídas de Jerusalén. Entre la gente sencilla y sobre todo entre los adolescentes, siempre ha existido la intuición de misterios vinculados al Temple y a sus caballeros.¹

¹ No todos los Templarios fueron caballeros guerreros, pero toda la Orden estaba sometida a los mismos ritos de iniciación; fueran cuales fueren las funciones de los hermanos, existía el mismo espíritu caballeresco de sacrificio.

Sin duda el recuerdo de su caridad y su coraje se perpetuó a través de los siglos, especialmente en los relatos que hacían durante las veladas, los viejos campesinos. El sentimiento de enigmas inviolados sostuvo aún más el interés fiel que se prestaba a todo lo que se relacionaba con ellos. En las ciudades la distracción fácil, el carácter práctico de las preocupaciones diarias, la fiebre de la velocidad, tanto en el trabajo como en el placer, son poco favorables a la trasmisión, al culto mismo de la historia local y de las leyendas.

De tiempo en tiempo algún erudito publicaba un ensayo sobre los Templarios, señalaba su presencia en alguna comarca, las construcciones poderosas que levantaron, sus desdichas, la posible sobrevivencia esporádica después del martirio y la abolición de la Orden, el papel que desempeñaban en la Europa medieval; a veces también se despertaban viejas polémicas entre los partidarios de la culpabilidad de los Templarios y los defensores de su inocencia, retomando tesis sostenidas antiguamente. A principios del siglo xx ya no se hablaba de los Templarios en los medios cultos. Aunque en los años anteriores a la Segunda Guerra algunas revistas esotéricas publicaron números especiales sobre ellos.²

Nuestro colaborador y nosotros, en 1939-40, sorprendidos al ver que ciertos problemas relacionados con los Templarios se planteaban muy ligeramente, siendo seguidos luego por explicaciones aceptables, entregamos al *Mercure de France*³ un "Ensayo Sobre la Orden de los Templarios" en seis capítulos. Muchos lectores, la víspera misma de la guerra, nos hicieron preguntas de detalle y discutieron algunas de nuestras hipótesis, probando que el tema los apasionaba.

Ahora que la paz está a la vista⁴ y que se puede, en cierto modo, pese a las exigencias de la vida que se ha vuelto más difícil en un país maltratado, mirar hacia el pasado para extraer de él lecciones útiles, creemos necesario sacar de nuevo a luz lo que los religiosos guerreros aportaron a Occidente, donde encontramos algunas ideas directrices que los aliados están a punto

² *Voile d'Isis* (Velo de Isis).

³ *Mercurio de Francia*. (N. del T.)

⁴ El libro fue escrito durante la Segunda Guerra Mundial. (N. del T.)

de tomar, quizás sin saberlo. Verdad es, que Los misterios del Temple no se aclararán, aunque ha llegado la hora de dar mejores explicaciones.

La tarea no es fácil y no es en las lagunas de la documentación en lo que aquí pensamos, ya que en historia no existe casi nunca una documentación completa, y corresponde a la crítica histórica colmar el hiato, a fin de preparar la reconstrucción sintética de los hechos.

Están ahí los misterios en la organización de la Orden, el origen de los principios sobre los cuales se apoyó en medio de los agravios que sus implacables jueces cargaron sobre ella para condenarla, la naturaleza y la amplitud de las metas que se había asignado, los grandes designios que perseguía, su influencia sobre la economía europea y también las relaciones entre los pueblos de razas y religiones diferentes; la sucesión real y la que han reivindicado algunos para crearse títulos de nobleza, todo lo que finalmente está en tren de realizarse, o que deberá realizarse bajo su inspiración discreta, siempre presente.

Todo es misterioso en los hombres herméticos del Temple, herméticos en el sentido real y en el sentido figurado.

La Edad Media, que tenemos costumbre de considerar una época oscura desde el punto de vista del espíritu, o sumergida al menos en una especie de penumbra, donde una ciencia muy rudimentaria andaba a tientas sin obtener resultados útiles, fue, por el contrario, como lo han demostrado Picavet, de Wulff, Gilson y Gustave Cohen entre otros, una época brillante y fecunda.

No es éste el lugar para proporcionar los numerosos ejemplos que sería sencillo examinar. Limitémonos a llamar la atención sobre la calidad superior del pensamiento medieval.

¿En qué fue éste más alto que el del Renacimiento, injustamente puesto de relieve, pese a sus maravillosas producciones científicas, literarias y artísticas, como si hubiese sido el punto de partida de todo lo que admiramos en nuestra civilización? En una gran tentativa de síntesis, en un inmenso esfuerzo por armonizar la diversidad dispersa, en un impulso hacia la unidad que no había conocido la antigüedad clásica.

La Edad Media no hizo, como el Renacimiento, que todo saliera del Hombre para llegar al Hombre, no mereció como éste el nombre de Humanismo. Esta creación medieval partía lógica-

mente —¿acaso no le han reprochado ser demasiado formal e incluso silogística?— de la Naturaleza, pasando por el Hombre para llegar a Dios. Lejos de detenerse a medio camino, subió tan alto en las obras de Roger Bacon, de Alberto el Grande, de Raimundo Lullio, que nos vemos obligados en nuestros laboratorios a recurrir a las intuiciones de esos sabios para reducir ciertos fenómenos y ciertas leyes particulares a la unidad. En filosofía, pese a las inquietudes a veces generadoras de grandes sistemas de los metafísicos modernos, no se ha sobrepasado lo que Santo Tomás de Aquino o Duns Scott han enseñado. Incluso a veces nos hemos visto forzados a retomar algunas de sus tesis principales con un lenguaje nuevo.

No se trata aquí de un elogio exagerado del tiempo en el que vivieron los Templarios, sino de rendir justicia a un período de la civilización en el que gentes de libros, cristianos y del cercano oriente, judíos y musulmanes después de la era cristiana, formaron el mundo actual con sus actividades esenciales: intelectuales, morales, sociales y técnicas. Es probable que no hubiera sido así sin lo que los medievales nos han transmitido, y que no fue descubierto enteramente por ellos, sino decantado, depurado, seleccionado entre los elementos de gran valor proporcionados por la experiencia y la meditación milenaria venidas de Egipto, de Caldea, del Irán y quizá también de continentes desaparecidos, clarificado luego por los griegos, retomado y dirigido por los judíos y los árabes.

No es por lo tanto sorprendente que encontremos en esos caballeros guardianes de la Tierra Santa, que fueron protectores de los peregrinos, además de las banalidades sobre comarcas lejanas, altos hechos heroicos y a veces temerarios y la exaltación de las virtudes de los nobles guerreros: el coraje, la generosidad, la caridad.

Tuvieron ideas singularmente avanzadas para su tiempo; un sistema bancario y económico internacional de los más sólidos; el sueño de una confederación de estados unidos de Europa, aliada a otra formación de estados orientales, con el fin de asegurar la paz perpetua con un arbitraje imparcial bajo la soberanía de un jefe internacional, que debía tener a su disposición un ejército compuesto de soldados provenientes de todos los países confederados. Esta indicación general al principio de un estu-

dio sobre los Secretos de los Templarios, no significa que vayamos a examinar esas sorprendentes anticipaciones a las que ellos supieron dar un comienzo de ejecución. Pero hay algunos ejemplos extraordinarios de lo que los hermanos del Temple aportaron al viejo mundo, de eso que merece nuestra admiración, nuestro respeto y, si todavía somos capaces en el siglo xx, nuestro agradecimiento.

Tales ideas forman parte de los Misterios de los Templarios y motivaron los odios de los que defienden los nacionalismos y los particularismos egoístas. Muchos otros secretos son también dignos de interés. Sabemos ya que, en esa Edad Media tan cautiante, los Templarios no fueron una de las numerosas comunidades mitad religiosas mitad laicas en las que hombres consagrados a las mismas tareas estaban obligados a vivir para poder subsistir y entregarse a sus trabajos o a sus empresas, sino una *élite* de jefes, reunidos con la finalidad de crear la ciudad ideal, en la que cada uno pudiera al fin disfrutar de condiciones intelectuales y sociales que permitan al hombre desarrollar su ser de acuerdo con su vocación, con frecuencia interrumpida, impedida por los orgullosos, los egoístas y los partidarios del desorden y de la violencia.

Pasaremos rápidamente sobre la historia propiamente dicha de la Orden, ya que es inútil repetir lo que todo el mundo sabe, limitándonos a citar algunos hechos o fechas esenciales, para poder situar los acontecimientos y explicar las variaciones de lo que fue establecido en los comienzos de la comunidad templaria; y recordaremos igualmente el origen de algún detalle de la regla.

Como ocurre con frecuencia en casos similares, la fundación se debió a un número muy pequeño de compañeros animados por el mismo ideal, y tendiendo a idénticos fines. Quizás alguno de ellos, más persuasivo, más audaz, hizo entrar a la Fraternidad en su fase de realización, como lo hizo más tarde Ignacio de Loyola con la compañía de Jesús, pero los primeros adeptos poseen en general un valor espiritual y moral más o menos similares. Fueron primero dos nobles franceses: Hughes de Payns o de Payens y Geoffroy de Saint Omer, en 1118, los que se consagraron al servicio de Dios bajo la regla de San Agustín.

Bajo Baudoin, rey de Jerusalén, los dos caballeros, llegados a

Tierra Santa con la intención de hacer obras útiles, decidieron consagrarse a la defensa de las rutas, que, por peligrosos desfíladeros, llevaban a Jerusalén. Esta protección sólo les pareció posible uniéndose a otros caballeros; así fue que entusiasmaron a siete compañeros de armas para su aventurero propósito y les hicieron prestar juramento de fidelidad común.

Todos eran valientes franceses, de esforzado renombre: André de Montbard, Gondemare, Godefroy, Roral, Payen de Montdésir, Geoffroy Bisol y Archambaud de Saint Agnan.

Sin embargo es difícil atribuirles por igual las cualidades que volvieron la Orden tan notable. La mitad por lo menos de los caballeros no eran más que cruzados de sangre noble, muy piadosos, devotos y valerosos, sin mayor instrucción, reservada en esa época a los clérigos y a los monjes. Parece sin embargo probable que algunos de espíritu distinguido tuvieran conocimiento del hermetismo cristiano, de la arquitectura y de sus tradiciones compañónicas. Las filas engrosaron prontamente con caballeros y capellanes de distintas naciones llegados a ellos tras viajes y aventuras en las que se habían beneficiado de la influencia de hombres poseedores de la enseñanza y de un simbolismo muy ricos, y de monjes constructores iniciados.

Un primer signo de interrogación se presenta ya. ¿Por qué los fundadores no sobrepasaron el número 9? Hay aquí una coincidencia muy curiosa con la predilección conocida de los pitagóricos y de los cabalistas por la Enneada, que vuelve a encontrarse en el Celtismo, el Bardismo y los Padres de la Iglesia conocedores también ellos de un simbolismo continuador al del paganismo. Los Templarios practicaron pues cosas que ignora el vulgo. Volveremos sobre el uso habitual que hicieron de los números sagrados en sus monumentos, en sus ritos y en sus blasones.

Baudoin II, rey de Jerusalén, los estableció, por una especie de predestinación, en un ala de su palacio contigua a la mezquita el Aksa, aquella en la que el profeta Mahoma tuvo la visión de su viaje al paraíso y al infierno, construida, dicen, en el lugar mismo del Templo de Salomón. El título de caballeros del Temple o Templarios les fue dado por esta razón.

Entre los cristianos y los musulmanes una Orden no podía fundarse sin la "consagración" de un personaje calificado, consagra-

do él mismo por la transmisión del poder desde la época de los apóstoles, los profetas o los santos. Hughes de Payns y Geofroy de Saint Omer la recibieron del Patriarca Theocletes, descendiente de San Juan Evangelista, lo que explica en parte el culto que tuvieron los Templarios por San Juan y la doctrina del juanismo, que tienen reputación de haber profesado.

Los caballeros pronunciaron los tres votos de obediencia, de pobreza y de castidad ante el prelado católico de la Ciudad Santa, Garimond, y jurando al mismo tiempo vigilar los caminos seguidos por los peregrinos y defender a éstos contra los infieles y los bandoleros, muy numerosos en la Palestina del siglo XII.

Comenzaron con dos casas, la del Temple y una fortaleza en el desfiladero de Atlit, entre Caifá y Cesarea, muy peligroso para los viajeros y las caravanas de comerciantes; la fortaleza se hizo famosa en todo Oriente por las hazañas de sus guerreros bajo el nombre de Castillo Peregrino. (Castell Peregrina)

Alimentados por recursos particulares e incluso por limosnas, los caballeros no usaban todavía su traje especial.

Poco a poco los excomulgados, algunos cristianos hartos de la vida mundana de las cortes, y ciertas personas atormentadas por faltas cometidas contra el prójimo y contra Dios solicitaron ingresar en la tropa de monjes soldados, formando así una especie de legión extranjera medieval. Cualquiera puede olvidar un pasado culpable y rehacer una existencia de devoción y de sacrificio por el amor de Nuestro Señor Jesucristo y de Nuestra Señora Santa María.

Hughes de Payns comprendió que la consagración hecha por los patriarcas y los obispos, los votos solemnes y el juramento no bastaban para sancionar la fundación. La aceptación de excomulgados, aunque contó con el consentimiento de los representantes de la Iglesia en Palestina, pareció un poco heterodoxa. Hughes de Payns buscó desde 1127 obtener el reconocimiento de la nueva orden por el soberano pontífice y, para esto, envió a Roma a algunos de sus caballeros más irreprochables, entre otros dos de sus primeros compañeros, André de Montbard y Gonde-

Ya el abad de Clairvaux, que debía llegar a ser el célebre y admirado San Bernardo, se había entusiasmado con los relatos que le hacían los peregrinos al regresar a Champagne, elogian-

do la conducta en el combate, la modestia en el vestir y la sinceridad de los Templarios. El reformador de Citeaux, el promotor de las Cruzadas, era él mismo un valeroso hombre de acción, que condenaba el lujo y hubiese querido ayudar con su propio brazo a la protección de los peregrinos. Físicamente débil, enfermizo, vio en los caballeros los realizadores de sus propias aspiraciones.

Bernardo recomendó calurosamente los emisarios de Hughes de Payns al Papa Eugenio, porque había recibido informaciones muy favorables acerca del celo y la sinceridad de los monjes soldados. Venían, además, precedidos de mensajes diversos y también de cartas de crédito de poderosos personajes. Tal es así que Baudoin II de Jerusalén había enviado a San Bernardo una urgente misiva donde manifestaba su deseo de verlo ayudar a los Templarios para que obtuvieran la aprobación apostólica. Estos altos apoyos y la concordancia de las intenciones de los caballeros con los ideales del santo monje, decidieron a este último a procurar dar el máximo posible de fuerza y de impulso a dicha milicia cristiana.

No sólo obtuvo para los enviados de Hughes un benévolo recibimiento de parte del Santo Padre, sino la convocatoria al concilio de Troyes en 1128. Atacado de fiebre violenta, Bernardo no pudo estar presente en la apertura, pero, a costa de sufrimientos y de gran fatiga llegó al fin para alentar a la asamblea, que estaba presidida por el legado papal y compuesta por numerosos prelados, abates y nobles barones. La salud de Bernardo no le permitió asistir a todas las sesiones en las que se discutieron los principios de la regla de los Templarios, pero fue él quien la inspiró, haciendo el plan de su redacción.

A partir de entonces la Orden pudo seguir una regla aprobada, llamada "regla latina". Las añadiduras aportadas a continuación fueron igualmente aceptadas por Roma, sin objeción alguna.

Reservamos para la continuación de nuestro estudio el tema, muy controvertido, de la existencia de una segunda regla secreta, que, naturalmente, no estaba sometida a las autoridades pontificias. Si esta regla ha existido, fue transmitida oralmente.

La Orden, tras su creación, no tuvo más que un jefe, el Maestro de Jerusalén, que llamaban el Gran Maestre tras la institución del Senescal, del mariscal, del comandante, etc. La Orden contó al desarrollarse, con los dos primeros que secundaban al

Gran Maestre y que tenían derecho a los mismos honores, estandarte, tienda espaciosa, cantidad de servidores y de caballos que éste, y los jefes secundarios, de atribuciones más especializadas o limitadas a los territorios que rodeaban las comanderías provinciales, cuyo tren de vida era un poco menor.

Los detalles de esta jerarquía surgirán pronto cuando hablemos de los misterios de los caballeros. Por el contrario conviene señalar desde ahora que solo el Gran Maestre y los jefes rompían la igualdad de los hermanos de una Orden incontestablemente guerrera, pero también religiosa. Esto no existe en las Ordenes puramente religiosas, donde, en todos los casos, sólo hay para el abad, el superior, es decir, el general, un leve ablandamiento de la regla. Nosotros hemos revuelto los archivos del fondo palatino de la biblioteca de Munich en 1912, durante varias semanas, junto a un franciscano vestido absolutamente como los otros, con los pies desnudos en sus sandalias, la cabeza también descubierta, sin sospechar que era el general de la Orden.

La base de la regla, ya lo hemos dicho, era agustiniana, y eso explicará ciertas tendencias de espíritu que caracterizan una importante corriente de pensamiento y de acción cristianas.

Para la organización de los Templarios establecieron una división de tareas que nosotros juzgamos imitada, en primer término, de los Assacis, lo que no significa nada contrario al dogma o a las instituciones cristianas: los caballeros combatientes ("fratres milites"); los capellanes ("fratres capellani"); los caballeros y los escuderos ("fratres servientes armigeri"); los servidores y los artesanos ("servientes famuli"). Estas cuatro categorías estaban ligadas por las mismas obligaciones y se beneficiaban de las ventajas y privilegios generales de la Orden.

Las mujeres no estaban en modo alguno admitidas y las maneras refinadas y cortesés de los medios señoriales estaban rigurosamente abolidas.

La presencia de los hermanos capellanes se justifica en razón de la condición de los excomulgados redimidos y de los culpables graves que eran miembros de la Fraternidad templaria. El Papa les había acordado, en esta legión extranjera, grandes poderes de absolución, los mismos atribuidos a los prelados. En las batallas los capellanes tenían la misión de asistir a los moribundos y a los heridos y, en las casas, probablemente además

de las obligaciones normales de un clérigo, estaban encargados, junto con otros conocimientos, de enseñar el arte de construir y la geometría a los hermanos artesanos, entre los cuales se contaban algunos artistas.

Los capellanes no dependían de las diócesis, sino directamente de Roma. Los hermanos artesanos, monjes o laicos que habían ingresado a la Orden, desempeñan, para nosotros, un papel que sobrepasa al de constructores de iglesias o de comanderías, cerrajeros, armeros, silleros, carpinteros, tallistas, etc., necesarios en una comunidad. Fueron ellos en gran parte quienes introdujeron en la Orden el simbolismo y probablemente las ideas conservadas por los grupos de compañeros asiáticos o europeos, en las que habían sido iniciados durante sus años de vida laica o en el extranjero.

Para asegurar el funcionamiento de las comanderías —verdaderas pequeñas repúblicas autónomas, independientes de los príncipes soberanos de las comarcas circundantes—, la riqueza era necesaria. Los hermanos del comienzo, que vivían de la caridad, no podían llevar a buen término sus empresas guerreras o pacíficas sin adquirir bienes. Comenzaron con el producto de las donaciones voluntarias antes del desarrollo de la Orden; después fue necesario encontrar otros recursos. Esto les dio poder, pero fue también motivo de envidias y de odios. No se puede decir que la supresión de los Templarios, el suplicio de muchos de ellos, el destierro miserable de otros, sean únicamente imputables a la avidez del rey de Francia Felipe el Hermoso, y a sus cortesanos; el sistema social y de política internacional que los Templarios querían instaurar para la paz del mundo y la dicha de los hombres, sin distinción de países, desempeñó también un papel considerable.

Sabemos que grupos poderosos se encontraban atados por los privilegios de la Orden y deseaban su desaparición: eran éstos el clero, el Parlamento y la nobleza. El clero reprochaba al Temple su independencia frente a las autoridades y los tribunales eclesiásticos; el Parlamento, su situación por encima de las leyes de los reinos; los nobles estaban envidiosos de los grandes bienes territoriales de los Templarios y de que estuvieran exentos de todo servicio ante los soberanos laicos, es decir, de todo vasallaje.

Sólo el pueblo, en sus horas malas, estaba con ellos. Lejos de estar de acuerdo con los enemigos de la grandeza, el poder y la riqueza de los Templarios, la gente modesta y los burgueses amaban a los caballeros, que los defendían contra los abusos de los señores; los campesinos se beneficiaban también de su protección y, finalmente las comanderías, eran un asilo inviolable para los oprimidos. Los unos y los otros recurrían a los recursos del Temple, que prestaba sin pedir interés en los momentos de escasez o de malas cosechas, e incluso a veces daba.

Todo lo que componía en su mayor parte el Tercer Estado, estaba, de hecho, obligado al Temple o eran sus amigos, menos ingratos que las clases superiores ociosas, envidiosas del prestigio de la Milicia y de sus riquezas.

Si lo hubiesen querido, los Templarios que, por principio, eran adversarios de la monarquía estrechamente nacionalista y hereditaria, habrían podido dejar prender a Felipe el Hermoso por los revoltosos de 1306, que probablemente le habrían dado muerte. En lugar de esto asilaron en la casa del Temple en París, al rey mientras corrió peligro. El pueblo de la capital estaba justamente enfurecido por las manipulaciones monetarias de Felipe, ruinosas para sus humildes súbditos.

Más aún: no sólo todos aquellos que encontraban en la Orden ayuda y socorro, sino los artesanos, los proveedores diversos y los numerosos trabajadores que empleaba la Orden hubieran podido formar cuadros populares para una revuelta contra el rey y los señores que los apremiaban. Fortalecidos por el concurso sincero y valeroso del número, los Templarios hubieran podido conducirlos a una victoria cierta y derrocar la monarquía hereditaria quizás definitivamente, instaurar un gobierno menos despótico basado en la elección para todos, obligar a los nobles al trabajo y suprimir sus privilegios.

Sin embargo, no alentaron ningún desorden, no proporcionaron ningún pretexto de persecución a Felipe con la menor hostilidad manifiesta. Decimos manifiesta porque, forzosamente la independencia de la Orden frente a la corte y su alejamiento de la política alentaban tácitamente a los amigos, aliados y servidores hacia una actitud antirreal y esto sucedía, probablemente sin propaganda: un ejemplo tan alto bastaba a las almas leales y sinceras del pueblo francés.

Esto fue sentido por Felipe el Hermoso y sus consejeros, entre los que se encontraba el pérfido Nogaret, principal instigador de la infame tragedia del proceso. Es verdad que el monarca tampoco podía perdonar la humillación que había experimentado al tener que ponerse bajo la protección de los Templarios. Deseaba también una solución fácil a las deudas importantes que éstos le habían consentido.

Las malas razones no faltaban, según veremos, para escuchar las sugerencias malsanas y asegurar la pérdida de la Orden, con la complicidad de Clemente V, a quien la influencia de Felipe había colocado en el trono de San Pedro, profanado por este pontífice sin moralidad, indigno del nombre de cristiano.

Nosotros comprendemos que esos hechos históricos, comparables a los más grandes crímenes de la antigüedad pagana, donde brillaban la mentira, la cobardía y la barbarie de las peores épocas de la tiranía oriental, no son en Francia más que consecuencias de otra cosa, de lo más profundo y de lo más oculto: el antagonismo de las fuerzas de involución, de descenso del hombre hacia los estados inferiores del ser, y de las fuerzas de elevación hacia los estados superiores en el plano espiritual, en busca de mayor justicia, libertad, fraternidad y paz en el plano social.

El nombre mismo de la Orden, tomado de la proximidad visible de su primer establecimiento en Jerusalén con el supuesto Templo de Salomón, la predestinaba a su meta. Poco importa que realmente ese monumento de piedra haya sido edificado junto al muro célebre o en otra parte de la Ciudad Santa. El nombre fue símbolo del Templo ideal, el de la Luz y del Espíritu, destruido por los hijos de las Tinieblas y de la Materia.

Los caballeros habían recibido la misión, quizás de seres invisibles, de volver a construirlo. Su intento tropezó con las fuerzas del mal, ¡ay!, con frecuencia victoriosas. La misión parece haber fracasado si se consideran las cosas sólo por su apariencia. Sin embargo comprenderemos bien pronto que, espiritualmente, fue un éxito, ya que continuó con las enseñanzas de un lejano pasado necesarias a la humanidad, contribuyó a poner en obra grandes ideas olvidadas, y descubrió otras. Los fines ocultos de los Templarios deben retomarse con otras posibilidades; existen, aunque dudemos algunas veces, hombres desinteresados,

que están por encima de las intrigas políticas y de las avideces, dispuestos a retomar las tareas interrumpidas de los Templarios. Percibiremos entonces que, lejos de ser simple objeto de curiosidad, el problema que presentan la vida y la desaparición de los caballeros del Temple es oportuno y de actualidad práctica.⁵

⁵ Todos los autores que tratan las cuestiones de los Templarios y nosotros mismos a veces, empleamos la expresión caballeros del Temple en lugar de Orden del Temple, porque los caballeros fueron los fundadores. Los guerreros, los grandes maestros y los dignatarios eran caballeros. Sin embargo, los nueve décimos de los Templarios no eran caballeros. Esto no impedía que todos, hasta los criados, tuvieran un espíritu caballeresco de sacrificio. Realizaban funciones diversas, pero eran todos hermanos por la misma ordenación.

II

LA RECEPCIÓN EN LA ORDEN. SUS SINGULARIDADES

La recepción en la Orden del Temple era demasiado distinta a las acostumbradas en la cristiandad para que no atribuyamos numerosos detalles a sobrevivencias de la antigüedad pagana.

Todas las Sociedades de Misterios de los pueblos exóticos, fuera de las tres grandes religiones reveladas: el judaísmo, el cristianismo y el Islam, concuerdan con la antigüedad egipcia, del Cercano Oriente, griega y mediterránea en el conjunto, desde el punto de vista de los ritos y ceremonias de aceptación de los neófitos en su seno.

Hay unanimidad, en efecto, abstracción hecha de las formas particulares del ritual empleadas por los unos o los otros —acerca de ciertas precauciones, pruebas, probaciones, enseñanzas graduadas y conservación muy discreta de lo dicho y hecho durante la recepción, que jamás era consignado por escrito. En la recepción de los Templarios no reencontramos sólo algunas de estas características, según los informes orales proporcionados en el proceso, y lo que podemos adivinar por las costumbres e instituciones de los operativos —especie de compañeros de su siglo—, y las muy sobrias confirmaciones de los sucesores de estos últimos, por transmisión ininterrumpida.

Todos los Misterios, ya se trate de los del antiguo Egipto, de los de Eleusis, del Pitagorismo o de aquellos conservados por los “Deberes”, sobre todo el “Deber extraño de Libertad”, asociación de compañerismo de las más cerradas, donde fraterni-

zaban artesanos, obreros y maestros de obras, arquitectos y geómetras antiguos, ya fueran de origen oriental o europeo, de religión hebrea, musulmana o cristiana, exigen en general pruebas físicas, por tierra, aire, agua y fuego, es decir, por los cuatro elementos.

No había pruebas de este tipo en la recepción de un hermano de la Milicia de Cristo. Se sabe que el candidato, en todas las Sociedades cerradas (reservando la apelación de Sociedades Secretas únicamente a las revolucionarias y políticas, que nada tienen de iniciático), debe triunfar de obstáculos diversos: caminos arduos y difíciles, cruce de ríos simbólicos, atravesar las llamas, etc. El candidato demuestra así sus cualidades de coraje de paciencia, de constancia, su aptitud para sobrepasar las dificultades y alcanzar el estado al que aspira. Estas pruebas se efectúan en un solo o en pocos días y son seguidas por pruebas intelectuales y morales. Debe mimar también, cosa capital, las etapas herméticas.¹

Parece que los Templarios no estimaban estas pruebas indispensables desde el punto de vista físico. Los que podían ser definitivamente admitidos entre ellos habían realizado todas pruebas de valentía y de perseverancia, incluso si habían tenido algún desfallecimiento pasajero o cometido alguna falta que deseaban redimir con su vocación. Las pruebas por los elementos, tradicionales sin duda, simbólicas a la par que de probación real, podían considerarse como ya realizadas. Por el contrario se probaba la humildad, la caridad, el celo para servir y el amor a la acción de los postulantes antes de convocarlos ante una asamblea de doce hermanos, presididos por el Gran Maestro, o, si estaban lejos de la fortaleza-convento, ante el Comandante, o incluso ante un Presidente elegido para la circunstancia. Este capítulo especial tenía por misión dar validez a la recepción provisoria, que consistía en permitir que el novicio sirviera en la Orden cortando leña, cocinando el pan, cuidando a las bestias de carga y cuidando a los animales domésticos.

Se reunía por la noche a los aspirantes, y esta vez, como en las sesiones iniciáticas de Misterios egipcios o griegos, no se los

¹ Coronel Favre: *Les Sociétés secrètes chinoises*, París, 1933. Briem: *Les Sociétés secrètes de Mystères*, Payot.

convocaba en la capilla o la iglesia, sino en una sala vecina. El recién elegido, como en las salas que precedían a los recintos en las agrupaciones obreras, o en los atrios de los Templos masónicos —herederos indirectos o directos del Antro divino, de Mytreo o de Hypogeo—, esperaba afuera, custodiado por dos escuderos, sus protectores simbólicos y sus guías.

Por tres veces el Capítulo enviaba a dos caballeros a inquirir el motivo por el cual aquel desconocido se presentaba a la puerta. En las fraternidades operativas o derivadas, el profano golpeaba la puerta de manera torpe, para indicar que aún no estaba iniciado y señalar su intención de ser introducido. Entre los Templarios el aspirante no golpeaba, sino que solicitaba la entrada. A la tercera vez la puerta se abría y él esperaba de pie ante el presidente y los doce caballeros, a una distancia conveniente.

El Maestro detallaba las tribulaciones que esperaban al Miliciano de Cristo, obligado en no importa qué momento a partir a las rutas de Palestina o de Siria, o hacia no importa qué país de Europa, según las necesidades de la Orden, sino que le fuera jamás permitido discutir los mandamientos o las voluntades de sus superiores. Le recordaba que se exponía, cuando se le solicitara algo urgente, a ser privado del sueño o del alimento, si era necesario que siguiera la ruta. Se le anunciaba también que debía renunciar a todo lujo en el vestido o en las armas, y que jamás sería dueño de su tiempo o de su persona.

Obediencia y servicio serían, desde ahora, sus obligaciones capitales. ¿Sería él bastante devoto al Señor y a Nuestra Señora para soportar sin lamentarse esta penosa existencia?

El primer aspirante contestaba entonces, como en todos los interrogatorios iniciáticos, que estaba dispuesto a soportar todo y, como se trataba de una Orden religiosa, aunque militar, añadía: "Si Dios quiere", fórmula cristiana corriente, pero de todos los instantes entre los musulmanes: "In Sha Alá".

El presidente enumeraba entonces los tres fines exotéricos de la Orden: guardarse del pecado, servir al Señor, hacer profesión de pobreza y de penitencia con el fin de merecer la salud. Le recordaba también la obediencia pasiva ante la casa religiosa. Y, siempre, el postulante respondía: "Sí, señor, si Dios quiere".

El presidente daba entonces la orden a los caballeros, sentados durante todo el interrogatorio ritual, para que se levanta-

ran, lo que recuerda el mandato del presidente de otras Fraternidades cerradas: "De pie, hermanos míos, y a la orden".

Ejecutado este mandato, el Gran Maestre o su sustituto, invitaban al futuro hermano a prestar juramento sobre el Evangelio, abierto en el lugar del canon de la misa. Este juraba, con la mano derecha sobre el libro santo, al responder a las últimas preguntas, que tendían a hacerle precisar que no estaba de novio ni era casado, y que —salvo derogaciones para criados o artesanos hábiles, sin duda— no tenía deudas, no pertenecía a ninguna otra orden, no había prometido solemnemente nada contrario a lo que precedía; estaba en buena salud, no había sobornado a nadie, ni intentado hacerlo para obtener su admisión, no era sacerdote sometido a un obispo, era de linaje honorable y no había sido excomulgado.

Esta última condición era la única relativa. En efecto, si un aspirante había sido castigado con la última pena eclesiástica, que es la privación del sacramento eucarístico, el Maestre, de acuerdo con los asistentes, decidía si se podía pasar esto por alto a causa de las circunstancias o de la naturaleza de la falta. Dada la respuesta a los interrogantes, el Presidente preguntaba al Capítulo si alguno de los hermanos presentes tenía algún agravio de orden moral que oponer a la admisión. Si ninguno de los caballeros presentaba objeción, ni hacía acusaciones al laico en instancia, el Gran Maestre o su suplente hacían prometer al aspirante obediencia al Maestre del Temple o al Comandante que se convertiría en su superior ante Dios y Nuestra Señora, pobreza por toda la vida, respeto y observancia estricta de las costumbres y reglamentos presentes y futuros de la Casa, fidelidad a la religión —a menos que hubiera una dispensa u orden emanadas del Gran Maestre y del Capítulo—; finalmente, ayuda completa y leal a la conquista de Tierra Santa, a la protección y defensa de las personas y a los bienes de la cristiandad.

Y siempre el postulante respondía: "Sí, sire, si Dios quiere". Lo revestían entonces con el manto blanco y pardo, si no era caballero, ropaje que recibía de rodillas, y que le ponían por encima de un clámide blanco y de su camisa de lana. Terminada la ceremonia, el Maestre presidente invitaba a los caballeros a reconocerlo como uno de ellos, recibéndolo definitivamente dado el compromiso ante Dios y Nuestra Señora, ante el Padre apos-

tólico y ante todos los hermanos del Temple tomado por el nuevo Templario. El Maestre le aseguraba y prometía, para él y para sus padres, el beneficio de la Casa del Temple, protección, pan y lana, techo seguro y la salvación en el otro mundo si servía fielmente.

Se enumeraban los castigos sólo después del cántico del salmo "Ecce quam bonum", entonado por el capellán, de la recitación de la Oración del Espíritu Santo y del "beso de la paz", dado en la boca al nuevo hermano, para conferirle "ad vitam" una especie de ordenación, reemplazante del espaldarazo en otras órdenes.

Este gesto ha sido con frecuencia comentado con ligereza o mala voluntad, porque se conocían poco hasta hace unos años los ritos usados fuera de nuestros países, o usados con poca frecuencia. La etnografía, mejor informada, encuentra por todas partes la creencia en la transmisión de poderes espirituales y dones milagrosos de un santo personaje a sus discípulos y, entre los musulmanes, el "sheik" transmitía al "Faquir" su sendero a "tariga". Con frecuencia, esta transmisión, que puede efectuarse por medio de un apretón de manos, se hacía por la comunicación de aliento, de alma a alma, ya que el aliento es el vehículo del alma para muchos pueblos. Entre los musulmanes "Aisuiyah" el sheik escupía en la boca del postulante a *faquir* y dicen que aún hoy en día le humedece los labios con su saliva curadora.

Estas singularidades que siempre han sorprendido a los historiadores de los Templarios se aclaran si se las compara con los ritos o las costumbres practicadas en lugares no cristianos desde tiempo inmemorial. No tienen nada de anticristiano, por otra parte, ya que atañen a una cosa distinta a las religiones.

La mezcolanza de estas prácticas con las costumbres de las órdenes religiosas ha sido considerada como sospechosa, por gente que no estaba bastante avanzada en el estudio del hermetismo de las asociaciones cerradas, obreras o del mismo tipo.

Dos puntos han sido muy controvertidos. Confesiones, provocadas sin duda por la tortura y las charlas de los criados a propósito de conversaciones mal entendidas, narran unas pruebas sospechosas en la recepción: los aspirantes habrían sido forzados a renegar de Cristo, a patear al pie del crucifijo e incluso a escupir sobre este emblema, o al costado de él. Aunque esto haya

pasado verdaderamente en algunos Capítulos, el primer hecho sería incompatible con la piedad probada de los Templarios. El candidato, aunque le hubieran solicitado esto alegando que era una costumbre a la que había que someterse, seguramente hubiese rehusado. El Presidente de la sesión había querido probarlo.

Más dudosa aún es la escupida, gesto de desprecio, aunque podría explicarse como gesto de odio contra quienes crucificaron al Justo. En cuanto al pataleo, sobre el cual no se da ningún detalle preciso, en caso de ser auténtico, se trataría de una marcha en zig zag, como se practica en algunas compañías o en el tercer grado de la Francmasonería, cuando se monta una imagen o se pasa sobre la tumba del Maestre, supuestamente asesinado por los malos compañeros.

Antes de terminar la recepción propiamente dicha, daban al recién recibido una cuerquita, con la que se rodeaba la cintura y que debía llevar siempre por debajo de sus vestidos. Se ha visto en esto una costumbre pagana, sin reflexionar en la cuerda de los franciscanos y de otras órdenes religiosas. La cuerda tenía un sentido exotérico de vínculo con la Orden, y otro esotérico, de aislante frente a las fuerzas malignas. Algunas cofradías musulmanas dan un cinturón a sus adeptos en recuerdo de su santo fundador.

El Maestre del Capítulo, antes de cerrar la reunión, señalaba al fin al nuevo Templario los castigos de que se hacía acreedor; sería fustigado tres veces si cometía pecados veniales, y habría una exclusión temporaria de la orden si se trataba de un hecho grave realizado contra un cristiano con pérdida del derecho de vestimenta hasta el fin de la penitencia; exclusión definitiva y retiro del vestido, manto e insignias, por toda la vida si el culpable había traicionado en favor del enemigo, o muerto voluntariamente a un cristiano, incluso a un esclavo.

La sesión se levantaba con una fórmula que se presta a interpretaciones diferentes: "Os hemos dicho las cosas que debéis hacer y de las que debéis guardaros... , y si no os hemos dicho todo, es porque decir no podemos hasta que vos lo demandéis. Y que Dios os haga hacer y decir bien. Amén".

Bajo esta apariencia anodina, ¿hay acaso promesa de una enseñanza secreta futura? ¿Acaso el Maestre quiere con esto pro-

porcionar al neófito una justificación de las palabras un poco brutalmente enunciadas durante la recepción, y que él no ha entendido del todo, y hacerle entender que su instrucción verdadera dependerá del deseo de saber más? La segunda hipótesis parece la más plausible.

En muchas Fraternidades se posterga para otro día —tras las pruebas e interrogatorios, y el juramento— la instrucción del grado en el que ha sido recibido un hermano.

La exhortación sugiere la existencia de arcanos, pero no demuestra una regla o una doctrina interior especiales.

Salvo algunos pasajes que nos parecen ahora algo groseros o inquietantes, la recepción templaria no tiene nada de anormal.

No podía haber besos obscenos: la acusación ha querido mostrar una vez más que los hermanos del Temple eran malos cristianos, o brujos con reputación de rendir con el beso homenaje a Satán, presidente del Sabat. "A tergo". El invento basado en charlatanería es despreciable.

La cercanía de ritos de la recepción templaria con el ceremonial tradicional de las Sociedades de misterios de la antigüedad —al igual que de algunas posteriores— llama bastante a la reflexión. Llamamos desde ya la atención sobre la espera del postulante a la puerta de la sala capitular, al descubierto, los repetidos interrogatorios, las respuestas que él da, la invitación del Maestro del Capítulo convocando especialmente a los hermanos presentes a lanzar una acusación inmediata contra el aspirante si hay en su pasado alguna falta grave que reprocharle, falta incompatible con el espíritu y las leyes de la Orden en la que desea ser admitido; el juramento si nada se opone, la alocución del Maestre, la acolada que da al postulante, cuyas variantes poco importan.

Podemos observar que algunas cosas y palabras son naturales cuando el recibimiento definitivo en alguna Orden, cualquiera que sea, e incluso en una comunidad religiosa. La acotación es defendible, pero, ¿acaso todas las Fraternidades guerreras, obreras, religiosas no obedecen a los principios heredados de una Tradición primitiva y unánime, para hablar como Joseph de Maistre y Paul Villiaud? ² Por otra parte, no debemos por esto

² Joseph de Maistre: *Soirées de Saint Pétersbourg*. Paul Villiaud: *Le Destin Mystique*.

olvidar que el contacto permanente con los orientales, entre quienes los viejos ritos y los viejos símbolos están muy vivos, pese a su origen prehistórico, debió teñir fuertemente el ceremonial de los Templarios, al igual que muchas de sus costumbres.

Además de los dogmas respectivos, están siempre las interpretaciones, las influencias recíprocas de las diferentes civilizaciones en las riberas del Mediterráneo.

Nos enteramos, por ejemplo, que hubo afiliación de ismaelitas y de príncipes sarracenos al Temple, y quizás de Templarios a las cofradías musulmanas. Todavía hoy en día los *taruq* y los senderos místicos de Juan Oadriya o Tidjaniya, y algún otro, han concedido diplomas y signos de reconocimiento de hermanos, para que pudieran viajar con seguridad en el desierto, además de recibir apoyo y subsistencia en los *zauias* o conventos musulmanes, a directores de servicios indígenas y a funcionarios en misión. Y para esto no les han pedido que cambien de religión.

En todos los tiempos el *Deber extranjero de Libertad* ha recibido artesanos y obreros de razas y religiones diferentes.

No hay nada inusitado en el régimen alimentario de los Templarios: se asemeja al de todos los religiosos que efectúan trabajos duros: dos comidas por día, una colación suplementaria en estado de guerra o cuando se viaja por cuenta de la Orden, vino en cantidad moderada, carne tres veces por semana, platos de legumbres alimenticias y variadas con exclusión de las habas. Estas últimas estaban prohibidas entre los pitagóricos, y podemos suponer que existía, en esta costumbre de los Templarios, un recuerdo de la Escuela Itálica. Pensamos más bien en los inconvenientes de la fermentación en los intestinos y también en una enfermedad que habría sido engendrada por el uso habitual de las habas.

En la mesa, los caballeros y los hermanos escuderos, comían por parejas y guardaban silencio fuera de algunas palabras breves y verdaderamente necesarias. No habían hecho ningún voto especial y, sin embargo, guardaban esta regla constantemente. Tampoco es necesario que esta particularidad les haya sido transmitida por el pitagorismo, donde era de las más severas. San Bernardo había establecido bien el plan de la disciplina templaria, era abad de Clairvaux, pero también reformador de Citeaux, y sabemos que todas las órdenes de esta última regla imponen el

voto de silencio a sus religiosos, por ejemplo, los trapistas y los cisterciacos de San Honorato en las islas Lerins.

Estaban vestidos de lana y llevaban, exceptuando el verano, también ropa interior de lana. ¿Imitaban en esto a los orientales, que dicen de buena gana a los europeos —que se sorprenden al ver turbantes o *abayats* en cualquier temporada— que aquello que protege al *fellah* o al guerrero del frío, lo protege igualmente del calor?

Dormían en lechos separados los unos de los otros, como los europeos y los islamitas sedentarios. Los beduinos y los nómades duermen tendidos sobre mantas o alfombras, frecuentemente envueltos en las mantas o en frazadas. Durante las expediciones guerreras, podían echarse sobre una alfombra en el suelo. A la entrada ardía toda la noche una lámpara de luz débil, aunque suficiente como para poder vigilar la tranquilidad en todo momento. Esto existía hasta hace pocos años en las posadas españolas.

Olvidábamos mencionar que, ya fuera para señalar que estaban siempre dispuestos a partir, o por imitación de los orientales, dormían vestidos con una camisa y un pantalón largo.

Tales eran, en términos generales, las costumbres de la recepción de los Templarios, singulares a veces, pero explicables en gran parte por las exigencias de su vida agitada.

Cada uno de los caballeros, aunque no poseía nada propio, de acuerdo con la constitución de la orden, tenía de todos modos a su disposición permanente aquello que convenía a un hombre de guerra. De este modo podía disponer de muchos caballos, al igual que de escuderos en número variable si su condición era la de simples caballeros o dignatarios. Los caballeros contaban con tres caballos y un escudero, más a veces, si se trataba de un bravo famoso por sus hazañas o los servicios realizados para proteger los lugares santos o las rutas de peregrinaje. El Gran Maestro tenía para su uso cuatro caballos, y salía acompañado por dos caballeros, uno a cada lado de su corcel. Tenía un capellán personal, un criado para los caballos de recambio, un secretario-intérprete, generalmente sarraceno, un herrero para los caballos, un cocinero y dos palafreneros encargados del cuidado de los caballos de guerra. El Senescal reemplazaba en ocasiones al Gran Maestro y lo sustituía; el Mariscal investido de la

autoridad militar podía reemplazar al Gran Maestre y al Senescal, y estaba encargado de las armas y de los caballos; los mariscales de provincia, bajo sus órdenes, tenían los mismos equipos, privilegiados, servidores y caballos que el Gran Maestre y el Senescal.

El administrador tesorero de la Orden para el Comandante de la Tierra y del Reino de Jerusalén, jefe de la flota.

El Comandante de la Ciudad de Jerusalén era el *Hospitalario* de la Orden: proporcionaba asistencia y caballos a los peregrinos y aseguraba su defensa. Diez caballeros lo acompañaban para custodiar las reliquias de la Santa Cruz. Un segundo comandante mantenía el orden y la seguridad en la ciudad misma, y estaba sometido al primero. El tren de su casa era el del Gran Maestre.

Por debajo estaban los comandantes de las plazas fuertes de Trípoli y de Antioquía, encargados de las tareas realizadas en Jerusalén por los dignatarios precitados, pero, en vista de la importancia de esas ciudades y de las provincias que de ellas dependían, ocupaban en las regiones el rango de Gran Maestre, exceptuando los casos en los que éste los visitaba o realizaba una inspección. No sólo disfrutaban de los mismos honores y prerrogativas, del mismo equipaje y servidores, sino que tenían derecho a usar la tienda redonda, que recordaba la forma legendaria del Templo de Jerusalén y el gonfalon que caracterizaba al Gran Maestre, el *Bucéfalo* bicolor.

Venían de inmediato los comandantes provinciales, denominados "*grandes priores*", "*preceptores*" o sencillamente "*maestres*". Bajo sus órdenes estaban los "*priores*" de comarcas determinadas, al igual que los "*preceptores de casas*", jefes de un convento-fortaleza.

La etimología de estas diversas apelaciones es clara, sólo el preceptor lleva un título que podría prestarse a confusión. Debemos entenderlo en el sentido de hombre de confianza, aquel a quien los superiores han confiado un cargo. La carta precisaba su misión en estos términos: "Praecipimus tibi ad".

Sería pesado describir las funciones de los múltiples oficiales del Temple, esto es, de aquellos destinados a tareas particulares, como los hermanos pañeros, y los sastres principales que co-

mandaban a los servidores artesanos. El Gran Pañero tenía el rango de comandante provincial.

Había todo un cuadro de escuderos-jefes, de submariscales encargados de las armaduras, de gonfaloneros encargados de atender a los escuderos, cocineros y jefes herreros de caballos. Empleamos esta última denominación, que es moderna, por falta de equivalente.

Había unos sargentos que comandaban la caballería ligera de los *turcoples*, especie de *spahis* de la época, reclutados entre los cristianos de Oriente: maronitas, armenios y otros.

Los capellanes no fueron instituidos hasta el siglo XII; antes la Orden solicitaba a los sacerdotes del exterior que aseguraran el servicio de capillas, que confesaran a los caballeros, criados y huéspedes de las casas templarias. Cuando los capellanes fueron admitidos en la Orden, ya no se recurrió a la ayuda de oficiantes extraños. Como los limosneros militares de hoy en día, los capellanes acompañaban a los caballeros a la guerra. Como lo hemos dicho anteriormente, sólo dependía del Gran Maestre y del Santo Padre, y tenían un poder de absolución mayor que el de los capellanes diocesanos. Constreñidos en el siglo XII únicamente a prestar juramento al Gran Maestre, se vieron obligados a cumplir con todas las obligaciones de los Templarios en el siglo XIII, fueron recibidos en la misma forma y se comprometieron solemnemente con las mismas fórmulas rituales de compromiso de los caballeros.³

Los capellanes se distinguían por la dispensa de no llevar barba y por el ablandamiento de los castigos con los que eran golpeados los miembros equivocados de la Orden, así como por el uso de utensilios domésticos personales: vajillas, vasos para beber, etc., y por un detalle en el vestir. Llevaban, en lugar del gran manto abierto de los caballeros, un hábito cerrado con una pelerina con capuchón, también blanco. Como los otros herma-

³ Los caballeros eran minoría en la Orden, nobles de origen o escuderos ennoblecidos por el Gran Maestre. Los capellanes, en razón de sus funciones, eran algo menos numerosos. Los "servientes armigeri" y criados encargados de todas las tareas formaban la mayoría, es decir, los nueve décimos de los Templarios. Generalmente se les llamaba caballeros. En suma todos, aunque no combatieran habitualmente, eran caballerescos de espíritu.

nos, llevaban como ropa interior un clámide blanco, símbolo de pureza, bordado con la misma cruz paté ornada de gules en el pecho. Y también, como los caballeros llevaban la cruz roja paté de la Orden sobre el hombro izquierdo. Ninguna otra comunidad pudo obtener jamás el derecho de adornar sus ropas con este signo, sobre todo para usar su color distintivo; la cruz fue acordada a los Templarios en 1146 por el Papa Eugenio III, a pedido del santo abad Bernardo de Clairvaux.

Debemos señalar una diferencia, bastante importante debido a su reaparición en trozos discutidos atribuidos a los Templarios y reconstituídos después de la abolición de la Orden por sucesores que pretenden tener una filiación auténtica: el Gran Maestro y los altos dignatarios se distinguían de los caballeros y de los Templarios en general por una cruz con dos travesaños ornada de gules en lugar de la conocida cruz paté. Se asemeja a la que llamamos cruz de Lorena, con el travesaño superior más corto que el inferior, o a la cruz que acompaña la firma de los preladados, llamada cruz episcopal.⁴

El Gran Maestro tenía un bastón de mando cuyo puño era un globo adornado por una cruz paté rodeada por un círculo. Usaba un sello que representaba el Templo de Salomón, o dos caballeros sobre un único caballo; su tienda era redonda como la rotunda de la iglesia del Santo Sepulcro y su gonfalon era el famoso "Bucéfalo" —estandarte venerado por los Templarios sobre cuya naturaleza tanto se ha discutido—, probablemente blanco y adornado con una cruz roja, especie de *Palladium*; acompañaba un pendón mitad blanco mitad negro con la cruz paté con gules. Era en este pendón donde podía leerse la divisa de los caballeros: "*Non nobis Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam*", afirmación de su modestia y de su desinterés.

Volveremos a hablar de esta oposición de colores a propósito de la enseñanza secreta. Fueron interpretados equivocadamente como huellas de maniqueísmo, opinión que es, por lo menos, exagerada. El dualismo de los polos positivo y negativo no implica necesariamente la creencia en dos principios, herejía que los monjes-soldados no podían profesar, ya que habían surgido de la

⁴ Siglas lapidarias obreras tienen la misma forma =|= al igual que una runa de los pueblos nórdicos que corresponde a la letra O.

regla agustiniana ligada a las doctrinas del obispo de Hipona y de cisterciacos altamente ortodoxos. Podían haber desviado la cosa, retrucando a sus adversarios. Pero ninguna de las investigaciones ni de las requisitorias realizadas en las casas del Templo durante el proceso, al igual que las acusaciones de calumniadores encarnizados en perder a la Orden, han aportado pruebas, ni siquiera aparentes de tal opinión.

Convenía proporcionar algunos datos sobre la recepción y la jerarquía de los Templarios, las marcas distintivas entre las jefes, simples caballeros, escuderos y criados. Es en efecto importante, al examinar las declaraciones efectuadas durante el proceso mismo, poder apreciar relativamente el valor de cada una de ellas.

La organización de la Orden fue, por otra parte, excepcional en el momento en que fue fundada. Los Hospitalarios, por ejemplo, y otras órdenes convertidas en militares, unieron más tarde las finalidades de la guerra santa a sus destinos primitivos: alojamiento y socorro de los peregrinos sin albergue o heridos. Los Templarios, por el contrario, fueron desde el primer momento religiosos armados, monjes-soldados. Y existe en esto algo misterioso. ¿Quién les dio la idea de hacer esto, cuando Occidente no había conocido hasta entonces más que conventos entregados a la contemplación o a la caridad exclusivamente, y guerreros que sin duda eran piadosos, pero que no estaban en modo alguno constreñidos a una regla ascética y rigurosa?

III

DESARROLLO Y PODERIO

Hemos visto cómo nueve cruzados fundaron una orden con la intención de proteger a los peregrinos en los pasos peligrosos, infestados de bandidos, que conducían a Jerusalén. La fortuna y el poderío de esta organización en la época en la que se logró arruinarla, contrasta singularmente con la indigencia de los creadores, obligados en los primeros años a vivir de limosnas, a solicitar el apoyo de *Baudoin* y de sus dignatarios, y a limitar su actividad a hacer de policía en los caminos de Tierra Santa.

Hay, en esta ascensión que provocó tantas envidias, una parte de misterio. ¿Inventaron acaso los Templarios un sistema económico nuevo muy fructífero, inspirados por gentes que estaban a su servicio y que no eran fuerza armada? ¿Les proporcionaron éstos acaso la solución del problema del rápido enriquecimiento por medio de una participación en los beneficios y con una protección segura para sus asuntos comerciales y financieros?

Estos inspiradores —si existieron— pueden haber sido interesados, pero los Templarios no lo fueron jamás, es decir, que ninguno de ellos cambió la observación estricta de la regla de pobreza en los años más opulentos de la Orden. Fue más o menos en los siglos XII y XIII cuando sin duda se pudo constatar en la cristiandad la existencia de comunidades muy ricas, cuyos miembros ni siquiera eran dueños de sus vestidos, de sus utensilios domésticos o de sus armas. ¿Significaba esto que el voto de pobreza se había convertido en una ficción? En modo alguno,

pero sinceramente aquellos ascetas consideraban que la adquisición y el acrecentamiento de los bienes colectivos para finalidades nobles de conquista, de dicha, de paz universal y de acrecentamiento del ser espiritual y moral de todos los hombres, no era una violación a su voto y a su solemne juramento.

Seguramente estaban ya lejos de los primeros caballeros cuya pobreza estaba simbolizada por los dos guerreros montados en un solo corcel, tal como aparece en el sello primitivo con el que el Gran Maestre y los dignatarios cerraban sus misivas y sus actas. Entre paréntesis, esta figura no representaba únicamente el desposeimiento de los fundadores. Complementaria del *Bucéfalo*, fue interpretada igualmente como tácito testimonio del maniqueísmo de los Templarios. No hay nada de esto, como explicaremos más adelante, y el significado no es otro que el de la hermética tradicional relacionado con el simbolismo del caballo.

La fortuna de la Milicia de Cristo no tiene en principio ningún origen sospechoso; su empleo y su circulación, por el contrario, han intrigado a las generaciones. Siempre se han sospechado secretos bancarios; ¿los hubo en realidad o se trató sólo de la hábil utilización de métodos inusitados en esa época, y que ellos supieron manejar? Los resultados, dentro de lo que es posible reconstruir un sistema del que no nos ha quedado ninguna exposición escrita y del que nada se filtró durante el proceso, nos permitirán juzgar relativamente. Por otra parte no es en este sistema en lo que se fundaron los acusadores para perder a los Templarios; parece ser que ni ellos ni el rey conocían la existencia. ¿Eran acaso capaces de comprender su importancia? Está permitido dudarlo.

Los financistas internacionales sin duda han redescubierto una parte del sistema, o han hallado procesos análogos. Pero, ya se trate del sistema del Temple o de los métodos modernos, ¿no derivan acaso éstos, en última instancia, de los iniciadores orientales, judíos o levantinos?

Las escasas limosnas del comienzo sirvieron a un grupo de hombres que no estaban aún extendidos en millares de comanderías y que reunían a su alrededor inmensas dependencias de artesanos, servidores y grupos auxiliares. Evidentemente las propiedades, los rebaños, proporcionaron viveres en abundancia, produjeron por encima del consumo, y este exceso los Templarios

podieron venderlo a precio de oro, o cambiarlo por mercaderías que ellos no fabricaban.

Esto no bastaba sin embargo para pagar los considerables gastos del mantenimiento de numerosos edificios: mansiones e iglesias entre las que había algunas rodeadas de rampas, los viajes de los hermanos y las campañas militares. ¿Cómo hubieron podido convertirse en banqueros de señores y de reyes si, desde la segunda mitad del siglo XII no hubiesen recibido nuevos aportes voluminosos en moneda y bienes territoriales?

En todas partes el prestigio de los Templarios, sobre todo su seriedad que contrastaba con las costumbres disipadas de la nobleza y de los prelados, decidieron a muchos ricos y piadosos barones, a veces a reyes y príncipes, a hacerles dones magníficos, o a dejarles en herencia precisamente oro y tierras que ellos hicieron fructificar y que les permitieron convertirse en una especie de imperio occidental, independiente de todas las naciones, donde poseían numerosos enclaves.

Señalemos que la falta de continuidad de sus propiedades, dispersas por toda Europa, representó probablemente para los jefes Templarios una garantía contra cualquier empresa de envergadura contra la Orden. No previeron que esta dispersión iba a convertirse en importante motivo de hostilidad en los siglos XIII y XIV, de parte de muchos soberanos locales, y que no los preservaba en modo alguno.

Feudos y dominios les fueron otorgados por Enrique I de Inglaterra. Reyes de la península ibérica, como *Alfonso I de Aragón y de Navarra*, pensaron en poner su reino en manos de ellos. Esto no hubiese sido posible en la España moderna, unificada por el catolicismo en el Renacimiento, después de la Reconquista, y todavía lo fue menos en las Españas autónomas de la Edad Media, con reinos como Navarra y Aragón, donde los monarcas nunca fueron absolutos. Hecho quizás único en Europa, estos países practicaron siempre el *pactismo*, esto es, que el rey y el pueblo contraían mutuamente ciertos deberes, correspondientes a ciertos derechos. El presidente de la comunidad juraba a su pueblo, según una expresión que reaparece con frecuencia en textos de los siglos XIII y XIV, protegerlo y administrarlo sabiamente y con justicia, así como respetar las libertades y costumbres ("*fors e costumes*"). El pueblo a su vez, por medio

de representantes que eran en general porta-palabra de comerciantes, pescadores, artesanos o agricultores, juraba obediencia y fidelidad.¹

Los súbditos de *Alfonso de Aragón* rehusaron ser cedidos a los Templarios y, en consecuencia, el príncipe debió renunciar a su idea. De no haberlo hecho lo hubieran depuesto y reemplazado por otro señor, de acuerdo con la ley local.²

Su sucesor, *Ramón Berenguer IV*, conde de Barcelona, pudo, con el consentimiento de su pueblo y en recuerdo de su padre, que había sido admitido en la Orden del Temple, dar a la Orden una formidable fortaleza: el castillo de Monzón. Además, en imitación de la Milicia de Cristo, fundó una orden de caballería en la cual muchas disposiciones son idénticas. (El castillo de Monzón desempeñó un papel heroico en la defensa de los Templarios.)

Un cruzado en peligro de muerte, el señor de *Vigneux*, durante el sitio de Damietta, hizo don a los Templarios de varias propiedades y censos para salvar su alma. Un Senescal de la Champagne, el señor de Baudement, les donó todas sus tierras.

No era raro que los grandes maestros, los dignatarios, y los caballeros, en lugar de legar su fortuna a sus parientes, la alienaran, cuando vivían, a beneficio de los Templarios. Ninguna protesta era posible, el legado era efectuado ante testigos y las actas eran absolutamente legales. La Orden sólo aceptaba inmuebles y capitales, pero las rentas, toneles de vino, quintales de trigo y harina afluían a las casas templarias.

Establecidos primeramente cerca de St. Gervais en París, los Templarios fueron obsequiados por el rey Luis VII con un inmenso terreno al norte de la capital. Es en esta segunda propiedad parisiense el lugar donde, bajo Felipe Augusto, los caballeros levantaron la fortaleza del Temple, que María Antonieta debía aguardar el suplicio.

Se calcula que los caballeros poseían a fines del siglo XII más o menos una tercera parte de París, con sus diversas construcciones, jardines, almacenes y barrios enteros de casitas para sus criados y para los artesanos afiliados, empleados y protegidos por

¹ Ver Francesch Eiximenic, consejero de los reyes de Valencia y Aragón: el *Dotzé*.

² Ver *Régiment de Princesps*, incunable: bib. Universidad de Valencia.

ellos. En verdad era éste el verdadero centro de la Orden en Europa, al lado mismo de la capital del rey de Francia.

Esto explica la localización del proceso de los Templarios alrededor de la casa principal parisiense, donde Felipe el Hermoso tenía al Gran Maestre y a los dignatarios bajo su mano. Prisioneros éstos y posteriormente ejecutados, los caballeros de las casas provinciales y sus superiores fueron condenados sin mayor trabajo o desterrados.

El Temple de París era no sólo la cabeza de las múltiples comanderías que funcionaban en todas las regiones de Francia; Champagne y Normandíe, Poitou, Guyenne, comarcas de los Pirineos y Languedoc, por ejemplo, sino también de Irlanda, España y Portugal, Alemania, Italia del Sur y Sicilia, Bohemia y Hungría. Hasta la derrota de San Juan de Arce, lugar de donde fueron expulsados por los sarracenos, lo cual representó para la Milicia de Cristo la pérdida de las provincias de Antioquía y de Trípoli, los Templarios habían dividido su atención entre las posesiones de Oriente y las de Europa. Forzados a replegarse sobre Chipre, se aplicaron a partir de entonces únicamente a desarrollar su poderío en Europa, cosa que lograron plenamente. Llegó a haber entonces hasta unas diez mil comanderías y fortalezas, rodeadas de terrenos fértiles que la sabia administración volvía prósperos.

Los Templarios eran dueños de sí, y sólo rendían cuentas al Papa. Lejos de depender de la justicia del rey o de los grandes señores feudales de las provincias, eran ellos quienes administraban justicia en toda la extensión de sus dominios. Había por otra parte allí un enjambre de instituciones: iglesias, cementerios, mercados, escuelas, destinadas a los servidores, clientes y amigos, que no tenían necesidad de buscar cosa alguna en otra parte. Además de otras soberanías, acordaban a los fugitivos, e incluso a los culpables extranjeros, un asilo inviolable "ad vitam", recibían y volvían a otorgar existencia social a los excomulgados expulsados de los territorios sometidos a la autoridad eclesiástica o civil por el cruel ostracismo de los hombres. Roma no se quejó jamás de ellos, ya que las personas excluidas no salían jamás de los dominios de la Orden, y expiaban sus faltas con el arrepentimiento y el trabajo.

Evidentemente los Templarios, tan independientes y poderosos

sos, no debían impuesto ni censo a nadie, y no se sometían a ningún cargo de los reinos vecinos. En resumen, recibían, acumulaban, hacían producir a sus riquezas y no daban nada. Les estaba prohibido ceder a terceros sus feudos y posesiones, aunque se tratara de los mismos reyes. Podemos calcular las envidias que despertaban estas inapreciables ventajas, en épocas en las que la mayoría de los habitantes de una comarca estaba acuciada, abrumada por las múltiples exigencias de una minoría ociosa.

¿Cómo podía la Orden mantener su régimen, tan favorable, no sólo para sí misma sino para sus clientes, rodeada como estaba de ambiciones más o menos armadas?

Los caballeros pertenecían casi todos a familias nobles, pero los escuderos, los criados y los artesanos provenían de las clases populares. En la Orden, bajo su mando o su protección, no había más distinción social que la de las funciones o el mérito. Vivían sin lujo, y hacían vivir de manera conveniente a los esclavos sarracenos o negros, prisioneros de guerra traídos de Palestina. Convertidos en Templarios, los antiguos señores o nobles de gran importancia, olvidaban sus viejos privilegios, su vana ociosidad y defendían las comunidades contra parientes y gentes de su rango, si era menester con las armas en la mano.

Para esto contaban con las lanzas de quince mil caballeros y cuarenta y cinco mil hombres de armas: escuderos y criados. Si era necesario podían equipar a los esclavos que, bien tratados como estaban, no los hubieran traicionado. Los primeros años que siguieron a la partida de Palestina tenían aún con ellos batallones de *turcoples*, especie de zuavos europeos vestidos a la sarracena, y regimientos análogos a los *spahis* franceses y tiradores, mercenarios reclutados entre los cristianos sirios y armenios, grupos a los que se mezclaban a veces algunos caballeros drusos o beduinos, desvinculados de sus países, que habían sido aceptados por los Templarios durante las expediciones al Asia Menor.

Podríamos preguntarnos por qué esas tropas, que habían permanecido fieles, provistas de armas y de subsistencia, apoyadas como estaban por masas populares amigas en Francia, no defendieron a los caballeros cuando éstos fueron arrestados o presos. Es probable que, privados de este modo de sus jefes y acos-

tumbrados a la obediencia absoluta, carecieran de iniciativa, como sucede en nuestros días cuando ciertas tropas indígenas se ven privadas de sus oficiales en alguna escaramuza o batalla. No hablamos de los actuales africanos del Norte, entre los cuales siempre es posible encontrar soldados capaces de impedir una desbandada. Por otra parte, trasplantados a Europa, los auxiliares no estaban quizás versados en la técnica militar de Occidente.

En cuanto a los escuderos, siempre en contacto con sus señores, eran raros aquellos acostumbrados a la acción aislada. Para los criados, la tarea de defender a los Templarios presos o de liberarlos, era aún más difícil.

¿Acaso la palabra de orden de esperar, de no emprender nada sin el consejo del Gran Maestre o de los Dignatarios, era impenetrable hasta el punto de que no se atrevieron a intervenir?

Este misterio ha seguido impenetrable hasta el día de hoy.

La Orden contaba también con una flota considerable. Recordemos que fue en uno de estos barcos que Ricardo Corazón de León volvió a Europa. Esta flota permitía un comercio activo que competía ventajosamente con el de otras potencias marítimas y, tras la reconstitución de una parte de la Orden en Portugal, bajo el nombre de "Caballeros de Cristo", proporcionó a la dinastía de Zviz, que los había recibido, marinos de Gran competencia y comerciantes, que los lusitanos utilizaron grandemente en sus expediciones coloniales.

La historia subraya el papel de tesoreros que los Templarios desempeñaron con algunos reyes. En Francia los monarcas ponían sus tesoros bajo la protección de la Casa del Temple, y los Templarios les prestaban cuando las finanzas nacionales eran deficitarias a consecuencia de guerras o de gastos provocados por fiestas dispendiosas para celebrar matrimonios. Felipe el Hermoso varias veces solicitó en préstamo centenares de libras, cantidad que por cierto no había devuelto ni en la mitad cuando los caballeros fueron arrestados en 1307. Las alteraciones en la moneda, devaluaciones de entonces, y las expoliaciones, no sirvieron para salvar a este príncipe desleal de la ruina.

Fácilmente podemos comprender el enriquecimiento de los caballeros vestidos de blanco por la acumulación de dones y legados, y por el producto de las tierras, del comercio y de las em-

presas de navegación. Lo que más sorprende es cómo, tantos siglos antes de los bancos modernos, los Templarios efectuaban operaciones a distancia; las órdenes partían, por ejemplo, de París o de alguna casa importante de no importa qué país, y se hacían efectivas a millares de kilómetros, en una época en la que los medios de transporte eran lentos y había un número restringido de caminos. Por otra parte: ¿cómo hacían para que sus riquezas monetarias siguieran siendo sanas, cuando las libras o las monedas nacionales, fuera de Francia, perdían valor? No se conocían los billetes de banco, se disminuía el título de las piezas de oro, se declaraba que la libra o el ducado no pagarían la misma tasa y el pueblo murmuraba o se rebelaba.

Es seguro que los Templarios no tuvieron necesidad de recurrir a esos expedientes llamados falsamente *alteraciones de monedas*, porque no se trataba de hacer aceptar otro metal, o una aleación grosera en lugar de oro.

Habían resuelto el problema de hacer viajar las sumas a pagar o a recibir, para ellos mismos o para aquellos que habían recurrido a sus buenos oficios, sin recurrir a desplazamientos molestos, pesados, de cargamentos de oro, para lo que hubiera sido necesario mantener los caballos y los mensajeros, que hubiera sido además necesario defender contra los bandoleros de los caminos.

Debían evitar otro inconveniente: los depósitos se habrían visto tarde o temprano disminuidos o agotados, si hubiera sido indispensable pagar la orden con metal contante. Fue la invención del crédito la que venció todos los obstáculos, por medio de notas escritas en los registros y una especie de letras de cambio o cheques pagaderos en todas las comanderías y aceptados en el exterior si estaban provistos del sello de los Templarios.

Nunca se descubieron indicios de engaño ni de intereses usurarios, y la mayoría de los testimonios aseguran que, cuando consentían en hacer un préstamo, los Templarios ni siquiera cobraban interés. Cobraban en cambio gastos de traslado de los mensajeros, que con frecuencia se hacían por etapas y por los envíos conjuntos, salvo en caso de extrema urgencia, pero a una tasa muy moderada, cosa que, por otra parte, era bien natural.

Cobraban los impuestos para los príncipes, y volcaban la mo-

neda en manos de éstos si así lo deseaban, o la inscribían en la cuenta de depósitos.

Se ha afirmado a veces que habían inventado el billete de banco, representativo del metal, pagadero a la vista y reembolsable en oro. Esto no es del todo exacto: se trataba de billetes a la orden y de cheques, rudimentarios por cierto, pero que fueron ellos los primeros en poner en circulación. ¿Quién les comunicó el secreto, o quién les sugirió este sistema tan ingenioso y práctico, en caso de que no lo hubieran descubierto ellos mismos? Se ha comentado que los judíos de Oriente o quizás algunos comerciantes árabes se lo enseñaron a cambio de servicios extraordinarios. Los orientales, avezados en complicados negocios, conocedores de transacciones entre almacenes de mercaderías separados por enormes distancias, lo habían quizás usado aisladamente, sin darle un carácter general.

Poco importa: el genio consiste frecuentemente en sacar partido de la invención incompleta de un precursor, en desarrollarla, y aplicarla fructuosamente tras haberla perfeccionado. *Branly* y *Marconi* poseen ambos mérito y genio, pero no desde el mismo punto de vista. Lo mismo ocurre con los orientales y los Templarios, lo que no disminuye la contribución de cada uno al progreso universal.

Los trozos de pergamino que representaban un crédito, como debían ser mostrados muchas veces a personas extrañas a la Orden, se preparaban con claridad, pero iban acompañados, como señalamos en nuestro ensayo del *Mercurio de Francia*, por instrucciones confidenciales para uso exclusivo de los Templarios pagadores o cobradores, en lenguaje cifrado. Este lenguaje se basaba en las diversas subdivisiones de una figura simbólica: la Cruz de ocho puntas, llamada de las ocho beatitudes. Estudiaremos luego en detalle este código criptográfico, muy comprensible, que utilizan todavía muchas sociedades secretas en su correspondencia.

Por otra parte, se añadía al conjunto de innovaciones bancarias precitadas, algo muy productivo, totalmente desconocido en Europa, suponiendo que el Cercano Oriente lo haya utilizado antes que ellos. Los cristianos de Levante han sido señalados, sin prueba sólida, por haberlo inventado y usado antes que el Temple. Se trata del *empréstito*, concebido —guardando las debidas

proporciones—, a la manera moderna. Si sucedía que alguna provincia de los Templarios o alguna comandaría más restringida no podía pagar sumas importantes, para comprar, por ejemplo, las mercaderías traídas por flotillas o navíos que no pertenecían a la Orden, o para cubrir un déficit momentáneo, o arreglar imprevistos a terceros, se solicitaba al Centro que abriera un crédito contra otra comandaría, con autorización de cubrirlo por medio de un empréstito suscrito por los propietarios y comerciantes de la región.

Los adversarios han acusado al Temple de haber rarificado por medio de combinaciones de este tipo la cantidad de metal local en circulación, estorbando a los prestamistas en sus asuntos privados, y provocando a veces empobrecimiento y ruina. Incluso han llegado a insinuar que la Orden aprovechaba el marasmo que ella misma provocaba para comprar a precio bajo las mercaderías y terrenos a sus propios prestamistas y revenderlos a mayor precio, cuando la tasación hubiera subido sensiblemente. Pero los Templarios no pasaban por ser gentes de mala fe ni usureros. Por otra parte: ¿tenían necesidad de recurrir a tales expedientes? Aparentemente no. Recibían numerosas donaciones, rentas, realizaban grandes beneficios con sus negocios y con el producto de sus inmuebles y granjas. A veces no se tiene de inmediato dinero disponible para pagar al contado, aunque sea posible reembolsar con una demora larga, y, con más motivo, ilimitada. Sobrios, se diga lo que se diga, sin lujo ni fasto, los Templarios enfrentaban sus compromisos, siempre que fueran espaciados, gracias a tener siempre suficientes recursos regulares y normales.

De acuerdo con su sistema no necesitaban cargarse con envíos molestos de numerarios, ni tampoco deshacerse de éste: bastaba con entregar a los prestadores, sobre todo si tenían correspondientes comerciales lejanos, vecinos de otras comanderías, cartas de crédito ante estas casas.

¿Por qué los monjes soldados, que habían hecho voto de pobreza, y que no poseían nada individualmente, ni siquiera su equipo, ya que todo pertenecía a la Orden, se enriquecieron tan prodigiosamente? Los Templarios no enviaban nada a Roma, o más tarde a Avignon y no pagaban impuesto a ningún soberano. Es verdad que mantenían un enorme ejército de gente pequeña:

trabajadores agrícolas, artesanos, criados, pero, ¿caso no era necesario retribuir, por lo menos en natura, el trabajo que efectuaba esta gente en beneficio de ellos? Socorrían también a los pobres, hospitalizaban y hacían curar los enfermos de esa población protegida.

Quedaban, pagados todos los gastos, enormes cantidades de oro, de grano, de ganado, de mercaderías preciosas, reserva bastante misteriosa en verdad. ¿A quién debía servir?

Los vastos designios sociales y políticos del Temple no podían realizarse más que comprando el concurso, nombrando emisarios y manteniendo una amplia red de observadores, es decir, un *servicio de informaciones* de los Templarios, y agentes de enlace de toda índole. Necesitaban quizás, si se presentaba la ocasión de constituir un imperio internacional, ayudar a aquellos que eran aptos para gobernar y mantener la paz universal. Y antes de esto, ¿no necesitaban acaso medios materiales para levantar un inmenso ejército e imponerlo a los nacionalismos demasado egoístas?

Encontraremos quizás algunas arduas tareas preparadas para los caballeros, y para los cuales era indispensable una fortuna casi inagotable.

Por lo tanto dejemos de lado todas las imputaciones de ateosoramiento egoísta, al igual que la persecución de fines perversos o diabólicos como la destrucción inmediata de toda monarquía y de toda soberanía apostólica. Esto no significa que el Temple no haya preconizado siempre y deseado la depuración del papado y de la realeza, que haya querido reemplazar la herencia por la elección, que haya aspirado al imperio universal.

En cuanto al talento financiero, conviene admirar el ingenio y la audacia, dignos por cierto del espíritu francés, esencialmente original y decisivo.

IV

PAPEL DE LA ORDEN DENTRO DE LA CRISTIANDAD

Clavelle, en el número especial del *Velo de Isis* sobre “*Los Templarios*”, emite una opinión muy inesperada, ya que todo el mundo supone que la Orden era un auxiliar activo de la Cruzada en su calidad de guardiana de Tierra Santa. Afirma que la fundación de la milicia templaria “parece haber tenido la doble misión de servir de enlace entre Europa y el Centro Supremo, y de proteger a este último deteniendo la invasión en Oriente de los barones cristianos”; esto (añade) permite comprender por qué los trovadores, que eran los *Fieles del Amor*, fueron casi todos hostiles a las Cruzadas.¹ ¿Significa esto —si tomamos en serio el pensamiento de Clavelle como una explicación aclaratoria de las relaciones de los caballeros cristianos con el Islam ortodoxo u heterodoxo, y quizás con ambos a la vez—, que los Templarios estorbaban a los cruzados en obediencia a una misión que sobrepasaba los intereses de los cristianos y de los musulmanes?

Aroux va más lejos al señalar el vínculo estrecho de los Templarios con los infieles, la indulgencia singular frente a su culto, el caluroso recibimiento que tuvieron en el Sudán, y el aviso que hicieron de expediciones que podían ser peligrosas para éstos.²

Examinamos de más cerca estas hipótesis, al estudiar las relaciones entre el Islam y los guardianes cristianos de Tierra Santa.

¹ Clavelle: *id.* — Número especial de *Voile d'Isis* (Velo de Isis).

² Aroux: *Dante herético*.

Es probable que, sin mostrarse netamente hostiles a los cruzados, los Templarios intentaran establecer relaciones de cooperación entre orientales y occidentales, de acuerdo con su plan de Federaciones, una para los Estados de Europa, otra para los Estados del Cercano Oriente, asociados por una Paz universal. Opinaban que no era menester usar la fuerza, cuando por el acuerdo se podían obtener los mismos resultados. Ninguna de las dos Federaciones debía estorbar el terreno de acción de la otra. Esto explica por qué podían no ser partidarios de la guerra contra el Islam en el Levante, y ayudar sin embargo poderosamente a los españoles en su lucha contra los moros.

Toda sospecha de islamización, incluso relativa, es pues fantástica y debemos rechazarla definitivamente.

Antes del Concilio de Trento muchas sutilezas del cristianismo, que luego fueron sospechosas o condenables, no eran consideradas heréticas, a condición, naturalmente, de que no intentaran destruir los dogmas esenciales, y que no provocaran disturbios sociales.

Los protectores del Santo Sepulcro eran cristianos y, lo que es más, eran católicos. No desobedecían ninguna de las decisiones del Concilio de Letrán en 1215, reverenciaban sinceramente la Cruz que llevaban en sus vestidos, y la adoraban en fervientes procesiones tres veces por año. No sólo era conocida su piedad, sino que su caridad era presentada como modelo de la cristiandad entera.

X > Cuando no se encontraba otro medio para perder a alguien en la Edad Media, e incluso en el alba de los tiempos modernos, se lo acusaba de herejía, aunque no fuera más que para impedir que se lo defendiera.

¿Existe alguna presunción de que los Templarios hayan estado contra la institución del Soberano Pontífice? Por el contrario: desde el comienzo los vemos solicitar la aprobación del Papa. Le solicitaron la autorización para llevar la cruz roja paté sobre el hombro izquierdo, y para que los caballeros usaran ropaje blanco, negro o pardo para los escuderos o criados.

X Prueba aún más concluyente: hasta el advenimiento de Clemente V todos los Papas les acordaron sus favores y los tuvieron en alta estima. Es así que Alejandro III les concedió grandes privilegios, y que sus sucesores los protegieron contra los re-

yes, defendiendo sus bienes. Bonifacio VIII, que fue insultado por *Philippe de Nogaret*, el torvo instigador del proceso de los Templarios, defendió la reputación de éstos, al igual que Benedicto XI, ya que, antes de lanzar la acusación, los calumniadores y los envidiosos intentaron desacreditarlos ante la Santa Sede.

Inocencio III, es cierto, se quejó, en 1208, ante el Gran Maestre *Philippe de Plessis*, de la intransigencia, de los comandantes frente a los prelados enviados a reivindicar su jurisdicción sobre los protegidos del Temple, pero no llegó a culparlos abiertamente. *Patrice Genty*, en un artículo sobre los Grandes Maestres,³ juzga que el Temple se disgustó fuertemente contra los Papas porque el soberano pontífice había tomado el partido de los hospitalarios acerca de una tierra cuya propiedad reclamaban. Es posible, pero no encontramos ninguna traza de rebelión en el Papado mismo, nada que haga creer que los Templarios tuvieran el designio de apartarse de Roma. No sólo es insostenible por lo tanto la acusación de herejía que retoman periódicamente aquellos que se ocupan del asunto de los Templarios, sino la de una oposición doctrinal a la soberanía religiosa romana. No pensamos en este momento en una simpatía platónica o actuante de los monjes-soldados frente a un movimiento como el de los *cátaros*. Algunos han querido también colocar a la Orden entre los precursores de una especie de Reforma *avant la lettre*, pero nada de esto presenta apariencia de verosimilitud.

Clemente V sólo se sometió a los puntos de vista de Felipe el Hermoso cuando le fue imposible resistir el chantaje que este rey ejerció sobre él recluyéndolo en Avignon. Cuando el Papa llamó a Francia al Gran Maestre, Jacques de Molay, sólo pensaba en la fusión de las órdenes militares en una sola, para poner fin a la rivalidad secular de los hospitalarios y los Templarios. Clemente V fue un Papa disoluto, obligado al rey que lo había hecho elegir, es cierto, pero no tenía deseos al principio de dañar a los caballeros, por el contrario: en su misiva de convocación pone en guardia al Gran Maestre contra las sospechas que circulaban y que habían llegado hasta la corte papal. Es como si hubiera querido permitir a los caballeros preparar su

3 *Voile d'Isis*, número especial, p. 555. Inocencio III era miembro honorario del Temple. Su reclamación fue hecha a título de afiliado.

defensa y poner sus papeles a resguardo.⁴ Sabemos que no condenó en modo alguno a la Orden, aunque cometió, de todos modos, la cobardía de dejarla disolver en el Concilio de Viena. La mayoría de los obispos, y él mismo, tuvieron miedo de Felipe el Hermoso y, en consecuencia, votaron el 22 de marzo de 1312 la afirmativa para la pregunta: "¿Hay que disolver la Orden sin haber escuchado la defensa de los Templarios?" Después de la disolución, el rey ocupó un puesto en la sesión solemne del Concilio, el 3 de abril de 1312.

4 Este punto es muy importante, ya que numerosos investigadores han presentado la cuestión de los *dos Pontificados* sobre la que pronto nos detendremos, ya que vale la pena. Parece confundirse la doctrina de la separación de las misiones de *San Juan y San Pedro* y sus sucesores, con un *juanismo* antagonista de la soberanía romana. No hay nada de esto: pertenecer a una iglesia interior es independiente a la obediencia a una iglesia exterior, lo uno no impide lo otro. Están en dos planos diferentes: la Iglesia de Roma mantiene una disciplina, una unidad relativa, una creencia general, llama a los cristianos a la observación de reglas de justicia y de caridad prácticas, por encima de las naciones y de las pasiones particulares, mantiene una espiritualidad media, cuando está en manos de sabios pastores. La de Juan quiere preparar el reinado del espíritu, aspira a la realización del mensaje sobrehumano que aportó Jesucristo, es la directora invisible que guía al Mundo hacia una superhumanidad cuando el segundo advenimiento de Cristo, dentro de lo que podemos juzgar por las diversas tentativas en gran escala hacia esa meta sublime.

No podemos dudar que los Templarios fueron servidores de esta iglesia interior, por lo menos en tanto que poder espiritual plenamente consciente de su "carácter trascendente", y de sus esfuerzos hacia un pensamiento y una vida superior universales.⁵ ¿No son ellos, acaso los guardianes y los paladines de la Tierra Santa, entendiendo esta expresión en su sentido más alto?

⁴ John Charpentier: *L'Ordre des Templiers*, Paris, Edit. du Vieux Colombier, 1944, P. 88, 89 y passim.

⁵ René Cuenon: *Autorité spirituelle et Pouvoir temporel*, Paris, Vrain, 1929, p. 108.

Por lo tanto no combatieron a Roma, la obedecieron, tal como habían prometido en su solemne juramento, además, fuera de sus obligaciones ante ella y del respeto por su acción conforme al Evangelio, ayudaron a completar su obra.

No se les podía pedir que aprobaran el lujo de los pontifices y de los preladados, que tuvieran una indulgencia cómplice frente a los desvíos de conducta y las costumbres disolutas a veces de los grandes personajes religiosos. Permanecieron en la reserva, esperando pacientemente un retorno a las virtudes, a la modestia, a la simplicidad, sin empujar a nadie a la rebeldía o al desorden.

El ejemplo de su ascetismo, de su dignidad silenciosa, de su justicia y de su caridad edificó a multitud de humildes trabajadores de los campos y de los talleres, a sus amigos y servidores, haciéndoles esperar un progreso social. Es posible que hayan sembrado discretamente a su alrededor, no el germen de reivindicaciones violentas, ya que intentaron impedir las revueltas y dieron asilo a aquellos cuyas exacciones las habían provocado, sino la convicción de que, por el amor, la solidaridad y por el derecho del pueblo a vivir mejor intelectual y físicamente se obtendría la base de una sociedad armoniosa y fraternal. Fueron los anunciadores y los pioneros de la Paz Universal. Y ésta fue quizá la causa profunda del odio que inspiraran a las potencias arrogantes y egoístas, odio del que fueron al fin víctimas.

No puede decirse que esta actitud y este impulso huelan a herejía. Los primeros franciscanos comenzaron a manifestarlos: sus doctores, como el célebre *Raimundo Lullo*, fracasaron al querer arrastrar a una parte de la cristiandad a realizar la Ciudad de Dios, con la que ya había soñado San Agustín —la Federación de los Estados para la Paz— y Roma no los rechazó por esto.

Raimundo Lullo, de quien acabamos de hablar, estableció un plan de control para los obispos tendiente a impedirles abusar de los diezmos y prestaciones, estigmatizó su existencia, con frecuencia fastuosa, en medio de fiestas y festines casi escandalosos, sus vestidos demasiado ricos y sus alhajas de oro y piedras preciosas. Sin embargo, fue beatificado y se piensa ahora en ca-

nonizarlo. Y se trataba de una cosa bien distinta a la reserva, quizá desdenosa, de los Templarios.⁶

De todos modos, preconizar el retorno a la pureza de costumbres de los apóstoles, discípulos y primeros cristianos, era común en la Edad Media, y no se consideraba en modo alguno herético.

El hecho de haber creado, los primeros, una Milicia de Cristo, es una iniciativa fecunda, sobre todo al ir acompañada de una organización militar completa: cuadros de oficiales y suboficiales aguerridos, comandados por los Grandes Maestres. Los comandantes cumplían el oficio de generalísimo y de generales de brigada y de división. Crearon tropas indígenas y europeas vestidas y armadas a la musulmana, muy diferentes a los ejércitos mercenarios de la antigüedad. Habían reconocido antes que los modernos la necesidad de emplear en Oriente tropas coloniales con cuadros europeos e indígenas, con oficiales y suboficiales asiáticos mano a mano con los jefes europeos, exactamente como lo hacemos nosotros. Cuando se replegaron hacia Europa después de la partida de Palestina conservaron ciertos grupos correspondientes a nuestros batallones —en Chipre, por ejemplo— y licenciaron otros. Gran parte de éstos, colmados de regalos, regresaron a Oriente para retomar la vida civil; una minoría, posiblemente bastante grande, fue utilizada en diversas tareas en las comanderías: cuidado de los caballos, trabajos de maniobras, a veces oficios. Ya se sabe que muchas gentes de Levante son hábiles decoradores, artesanos del cobre, bordadores, herreros, tintoreros, sastres.

En Tierra Santa, cuando estaba en poder de los cristianos los Templarios aseguraron la custodia de los caminos para la circulación de peregrinos y la protección de los comerciantes, defendieron el paso contra los invasores sarracenos y protegieron también la seguridad de los agricultores cristianos autóctonos, víctimas bajo la dominación turca de los bandoleros y de las tribus, siempre en guerra las unas contra las otras. Imaginémos el estado de Marruecos al comienzo del protectorado francés. Debieron pacificar poco a poco provincia tras provincia. Del mismo modo que se han construido *bordjs* fortificados en las regiones

⁶ R. Lullo: *Blanquerna*, Cap. 59.

peligrosas, ellos levantaron los *kraks* y las fortalezas secundarias que han resistido a las intemperies, a las guerras sucesivas y que se yerguen todavía orgullosamente sobre las colinas que dominan las grandes pistas y los desfiladeros importantes. Fueron en ese entonces notables servicios prestados a la cristiandad.

Muchas veces fueron tomados como árbitros en las querellas intestinas entre los ritos y sectas cristianas orientales —jacobita, nestoriana, armenia, católica—, que disputan todavía hoy la dependencia de los conventos vecinos, discuten por predios no otorgados o por el disfrute de tal o cual capilla, la fecha de las fiestas de la Iglesia del Santo Sepulcro, o la hora de la misa cristiana, excluyendo la posibilidad de oficiar sin establecer un sistema rotativo. Los franceses que han visitado los Santos Lugares y que han sido soldados en Siria, comprenden, por haberlo comprobado personalmente, las dificultades que encuentra una gendarmería imparcial cristiana, así como la firmeza sin brutalidad inútil y el tacto que los Templarios debieron mostrar.

Antes del desastre de *San Juan de Acre* el prestigio del Temple era inmenso en Levante, e impidió, fuera de los territorios sometidos al rey de Jerusalén, por ejemplo, en pleno dominio musulmán de los sudaneses y de los jefes turcos, que fueran aniquilados muchos cristianos de Oriente, sujetos a los abusos de autoridad. Concedores por sus emisarios de la situación penosa de tales comunidades, unidas espiritualmente a Roma, hicieron intervenir con éxito a personalidades musulmanas que estaban en buenas relaciones con ellos. Y sus antiguos adversarios los visitaban en tiempos de paz o de tregua. Estas relaciones procuraron a las poblaciones cristianas la remisión de impuestos que los no musulmanes pagaban a los gobernantes del Islam, de acuerdo con el derecho coránico. En resumen, la protección de bienes y de personas cristianas en los países sometidos, y el ablandamiento de la condición inferior de aquellos que llamamos *raias*, fueron beneficios que los seguidores de la Cruz debieron a los Templarios.

¿Tuvieron acaso las concepciones particulares de numerosos grupos místicos de la Edad Media, tal como encontramos en la historia de los franciscanos? Como ya hemos dicho, muchos modernos lo han creído, asimilando la preparación del régimen del Espíritu a una especie de *triteísmo*. Para ellos, los Templarios

habían admitido que el reinado del *Hijo* iba a terminar y que sería reemplazado por el del *Espíritu Santo*. Existe la sospecha, llevada muy lejos como en el caso de *Michel Servet* en su *Deo Trino et Uno*, que se trataba de desmoronar el dogma de la Trinidad, donde los tres personajes son consustanciales con Dios. Pero no se ha podido descubrir ninguna huella de esta herejía ni en los documentos escritos ni en los procesos verbales e interrogatorios de los jueces del siglo xiv. Anunciar la intervención sobrenatural, la inspiración soberana que llevará a la humanidad a un estado por así decirlo *edénico*, no es declarar caduco y perimido el *papel del Hijo, que es Amor*.

Que esta gran aspiración haya sido para ellos una idea que los impulsaba es cosa probable, sin ser católicamente reprehensible. Se diría, al leer ciertas obras y ciertos artículos escritos sobre los Templarios para defender sin embargo su memoria, que los autores desean que la Milicia de Cristo haya sido realmente heterodoxa. Olvidan seguramente que, en la Edad Media, independencia de espíritu no significaba herejía, salvo en casos muy precisos, como el del *juanismo excedido*, o el movimiento de los *Hermanos del Libre Espíritu*, estos últimos condenados en el Concilio de Viena.

Los Templarios tenían por *San Juan*, el apóstol amado de Jesús, un culto particular, leían preferentemente los versículos de su Evangelio, a veces prestaban juramento sobre un ejemplar abierto en la primera página: "En el comienzo era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios". Los cristianos versados en las Escrituras, sin soñar siquiera oponer *San Juan* a los otros evangelistas, recurren a su Evangelio por ser el más profundo y espiritual. Las sociedades obreras se colocaban también con frecuencia bajo el patronato de *San Juan*, ya se tratara del Bautista, el Precursor que bautizó a Jesús, o el Evangelista. Este hecho no tiene en sí nada de extraordinario.

Hemos señalado en nuestro ensayo del *Mercurio de Francia*, que la catedral de *San Juan de Lyon* posee una liturgia particular, perfectamente autorizada por Roma y que, según la tradición, se remonta al discípulo, según *Policarpo, Potino e Ireneo*. *Santa Irene*, llamada *Basilida*, ha escrito en su *Tratado contra los herejes*, algo muy sugestivo: "Aunque la Escritura sea la regla inmutable de la Fe, no encierra sin embargo todo. Como es

oscura en muchos puntos, es necesario recurrir a la tradición, es decir, a la doctrina que Jesucristo y sus apóstoles transmitieron por viva voz".⁷

La existencia de una doctrina oral no quiere decir supresión de la doctrina escrita, que sería, a lo sumo, complementaria de la segunda. El comentario que hace *Paul Vulliaud* del ceremonial de Lyon indica incluso que no existe verdadera divergencia. Las particularidades simbólicas y las expresiones de los llamados al Apocalipsis, despertaron especialmente su atención. "Algunas palabras se pronuncian de manera particular y determinan como un trastorno en los movimientos del corazón". Y se "servían de tales medios para expresar la sucesión de los sentimientos piadosos que deben existir en los diferentes puntos del misterio". "En esta iglesia, fundada por los discípulos de *San Juan*, todos los ritos habían sido arreglados de acuerdo con intenciones místicas"; existía el paso de iglesia, el paso de coro, el paso de ceremonia. Más adelante leemos: "Celoso de sus memorables orígenes, el Capítulo de Lyon no quiso jamás comunicar su pontificado. Pero no es el momento de extenderse sobre los principios simbólicos de las ceremonias de esta antigua iglesia; dejo pasar por alto los vínculos del pensamiento de *San Juan* —ya que, por ciertas disposiciones el clero lo ha tomado para formar el cuadro de algunas visiones del Apocalipsis— con la antigua Sinagoga. Los celebrantes del misterio divino se sentaban sincronizando con todo el Oriente, el Pontífice llevaba la lámina de oro a ejemplo de *San Juan*, según la tradición. Los seis sacerdotes en casulla que ayudaban al pontífice en el altar formaban con él el septenario místico, y se llamaban las seis musas". *Vulliaud* cita en seguida una glosa muy explicativa del *abad Jacques*, sabio liturgista, su informante: "Se habían combinado las evoluciones, las palabras y los cánticos de manera que se impidiera toda vacilación, todo hiato, y para hacer del oficio divino un drama edificante, de los más adecuados para representar ante los ojos esa armonía perfecta que reina en el alma sometida a la influencia divina; o, todavía mejor, los benditos ejercicios de los afortunados inmortales en la Jerusalén celeste".⁸

⁷ Basilide, número especial del *Voile d'Isis: La cuestión de los pontificados*, p. 597.

⁸ Paul Vulliaud: *Le Destin Mystique*, París, 1910, ps. 23, 24.

Hasta aquí no encontramos en el juanismo de Lyon más que recuerdos de un ceremonial y de ritos un poco diferentes a los practicados por los discípulos de Pedro. Para los obreros se trataba simplemente de la cristianización de las fiestas de los solsticios, restos de culturas agrarias.

Pero San Juan Evangelista, que representa el Espíritu entre los escritores sinópticos, ha podido realmente ser el promotor de un cristianismo místico para uso de las almas contemplativas, e inspirar un simbolismo delicado que se expresa a través de las enseñanzas más sutiles.

Con todo, y suponiendo que la cosa pudiera probarse, es difícil establecer vínculo entre esto y los planes de Federación europea del Imperio internacional. Por mediocres exegetas que fueran la mayoría de los Templarios, deben haber percibido que, si la gran meta política era en el sentido de una Ciudad de Dios, los medios guerreros que se veían obligados a emplear estaban en contradicción con los principios elementales del cristianismo, hecho todo de resignación y dulzura.

Ser altamente espirituales para seguir una doctrina que llevara a un conocimiento superior y facilitara al hombre piadoso las etapas de la Subida hacia Dios por un camino más rápido que el ordinario, no parece haber sido la finalidad de la mayoría de los monjes-soldados. Es posible que su devoción a San Juan no fuera muy clara, que ellos la consideraran una especie de bandera, de estandarte invisible bajo el que se agrupaban, a imitación de aquellos que los comandaban y que —ellos sí— sabían bien lo que se ocultaba, de que era signo ese estandarte. Muchos años después de la fundación de la Orden, existió sin duda un grupo privilegiado de Templarios que profesaban discretamente una doctrina que fue llamada de origen juánico, para crearle una aureola venerable ante los cristianos, aunque era eco de enseñanzas inmortales transmitidas desde la más extrema antigüedad. El discurso califica de oriental al juanismo en sus disertaciones y parece, como ante otras cuestiones, estorbado por las clasificaciones. Se las ha tomado por realidades cuando son, casi siempre, puntos provisorios de apoyo.

El hecho de que el *Padre Soubise* o el *Maestre Jacques* legendarios no tengan nada que ver con las nociones transmitidas por los *Deberes* de nuestros compañeros, que los toman como

patrones, fundadores e iniciadores, no disminuye en nada el valor del depósito que les ha sido transmitido bajo esos nombres ilustres.

Hablar de dos pontificados es distinguir dos papeles del poder supremo que dirige a la cristiandad, no colocar dos adversarios uno frente al otro. Aunque se hable de una misión de Juan y una misión de Pedro, o de dos tendencias, una mística, vuelta hacia el porvenir, y otra inmediatamente práctica, y aunque estas distinciones sean netas, poco importa. Hemos señalado que se puede ser devoto de San Juan, juanista en este sentido, sin ser partidario de los dos pontificados, o de dos papeles diferentes simbolizados por las grandes figuras de Juan y de Pedro.

Admitamos que se pueda, por comodidad, vincular el movimiento templario a un juanismo que es a la vez de veneración y de tradición intelectual y fecunda; ¿cuáles serían en este caso las ideas dirigentes y sus aplicaciones? Hay cierto número de símbolos que se vinculan a San Juan y a su Evangelio y que han servido como punto de partida a cristianos y a agrupaciones de hombres movidos por el mismo ideal. Sin esta clave se arriesga tomar las apelaciones de Jerusalén y de Tierra Santa al pie de la letra cuando designan la ciudad y la patria del Señor, allí donde está su tumba como centro visible de una gran religión, y confundirlas con la Jerusalén celeste y la comarca suprema, centro espiritual invisible, que puede ser prefigurado por el símbolo del Templo de Salomón.

Desde luego los Templarios serían a la vez los protectores y los servidores del Templo visible e incluso del Santo Sepulcro y de la región geográfica en que éste se encuentra, y también del Templo místico ideal, uno de los Centros del Mundo, de la Tierra Santa, que es la imagen agrandada de ese centro.

Si los iniciados cristianos, como es muy posible, han elegido la Orden como Milicia de lo uno y de lo otro, y si han tomado a San Juan como trasmisor cristiano de la Tradición y de su adaptación a una forma religiosa del Cercano Oriente, tendremos una concepción menos oscura de los dos pontificados, prestaremos menos atención a una especie de dualismo que hay tendencia a confundir con un cisma o una rebeldía contra Roma. Se empieza al fin a entrever, cosa difícil para nuestras mentalidades modernas y occidentales, la utilidad de los dos papeles desem-

peñados por los servidores de San Juan y de San Pedro, que tienden a distintos fines. Naturalmente, en estas cosas misteriosas no es posible profundizar el análisis. No ha quedado nada escrito, porque la existencia de lo que los autores se complacen en denominar los dos pontificados no tiene necesidad de texto, y sería muy raro que los continuadores de las tradiciones se hayan sometido a anotar inútilmente lo que siempre se ha enseñado oralmente.

René Guenon, que no trata explícitamente la cuestión, juzgándola sin duda inútil, escribe: "Análogicamente, desde el punto de vista cosmogónico, el Centro del Mundo es el punto original donde se profirió el verbo creador, y es también el Verbo mismo". El mismo autor añade: "Es importante recordar que, en todas las tradiciones, los lugares simbolizan esencialmente los estados".⁹

Juan fue el evangelista del Verbo, y no es nada sorprendente que los misioneros del Centro hayan asociado su pensamiento y su acción al juanismo. Porque si bien los primeros Templarios no se daban claramente cuenta de cuál iba a ser su misión, los que determinaron la creación de la Orden lo sabían. Más tarde fue distinto, cuando numerosos caballeros de todos los orígenes, algunos cultivados y realmente iniciados, fueron conscientes de los fines que les habían sido asignados. Esto explicaría su juanismo y su vocación a las tareas para la realización del Espíritu y de la Paz. Pertenecían a Roma en todo lo concerniente a disciplina religiosa, a la Fe y a la protección de los cristianos y a la Caridad; eran de la Jerusalén celeste en todo aquello que no estaba en las atribuciones de los discípulos de Pedro. Incluso cuando la derrota los obligó materialmente a dejar la Tierra Santa de Palestina, siguieron siendo la Milicia de la Jerusalén celeste, de la Tierra Santa invisible.

Es inútil resumir la historia de los combates que libraron con gran valentía contra los musulmanes, ya que esta historia se confunde con la de las Cruzadas. Nunca admiraremos bastante su sangre fría y su disciplina. Socorrieron a los cruzados impidiéndoles miles de veces hacerse masacrar inútilmente, ya que éstos

⁹ *Voile d'Isis*, loc. cit., R. Guenon: *Les Gardiens de la Terre Sainte*, p. 517, nota 1, id. nota 2.

ignoraban las dificultades de la guerra en Oriente, y prestaron con éxito su mano fuerte a otras órdenes en peligro. Se dejaron insultar y tratar de cobardes por los barones cristianos, demasiado apresurados por salir al combate, mientras los Templarios, experimentados y sabios, querían por el contrario impedir que se dieran golpes de mano prematuros. Fueron ellos quienes persuadieron a San Luis para que no atacara el ejército del Sultán de Egipto apresuradamente, y le hicieron posponer hasta la primavera la campaña del Delta. La victoria de *Damietta* fue resultado de sus prudentes consejos. Se equivocaron a veces, es verdad, y los dignatarios y comandantes más instruidos no pudieron impedir que los grandes maestros cometieran errores militares, pero, como en todo, la situación no está bastante esclarecida, obedece a impresiones.

Se ha reprochado a los caballeros de la Orden sus amistades musulmanas activas, aunque sirvieran para informar a los adeptos y fueran útiles a los intereses de la cristiandad. No pueden ser acusados de pactos culpables con el enemigo unos guerreros que se hicieron matar secundando las locuras que no pudieron impedir, como el asalto imprudente a *Mansurah* en 1250, donde los Templarios perecieron sabiendo que no iban a conseguir nada, o como en *Hittin*, algunos años antes, en 1187.

Evidentemente se mostraron diplomáticos e intentaron establecer un *modus vivendi* armonioso entre occidentales y musulmanes, respetaron las creencias y las costumbres de sus adversarios, política que hubiera sido muy fructífera si los cristianos hubieran podido seguir siendo dueños de los Santos Lugares, y que fue luego la de *Lyautey* y *Catroux*, seguida luego en general por los grandes jefes coloniales.¹⁰

Parecía extraño a los cruzados recién desembarcados —calco trivial pero exacto de nuestros colonos y soldados de ultramar— ver cómo los Templarios facilitaban al emir *Usama* la práctica de su religión, poniendo de nuevo a su disposición una pequeña mezquita que había sido convertida en iglesia, y cómo apaciguaron a un cristiano que quiso impedir que el emir dijera sus plegarias.

El mismo rey San Luis se engañó y humilló al Gran Maestre

¹⁰ René Grousset: *L'Épopée des Croisades*, 1939.

y a los dignatarios obligándolos a pedir perdón por haber estorbado su política de equilibrio entre los sultanes mamelucos de Egipto y los sucesores de Saladino, que eran entonces soberanos de Siria, porque los Templarios preferían a estos últimos. Los Templarios, que habían combatido a Saladino y mantenido relaciones de noble cortesía con este príncipe, que los estimaba, le habían servido también de árbitros en diferencias complicadas. Finalmente se aliaron a los sirios para proteger lo que quedaba en firme posesión de los cristianos y no había en esto nada desfavorable para la cristiandad.

En todo tiempo, por lo tanto, los precursores fueron víctimas de la incomprensión y del fanatismo ciego, y esto no concierne exactamente a Luis IX, que era un buen rey y de una religión depurada, sino a esa multitud los hombres —que existen incluso ahora entre nosotros— que critican instintivamente, por ignorancia y xenofobia, todo contacto entre europeos e indígenas, entre gentes de razas y religiones diferentes.

No nos extenderemos más. Los Templarios, desde todo punto de vista, son acreedores de la cristiandad por el ejemplo de sus virtudes, lo que hicieron por su grandeza, por el retorno a la caridad y a la simplicidad antiguas que buscaban, y por el ideal espiritual y social que perseguían.

V

HOSTILIDAD REAL E INTERIORIDADES DEL DRAMA

Los Templarios estaban destinados a ser presa de la ira de los reyes —como sucede siempre— en cuanto éstos se dieron cuenta que, independientes como eran, no iban a convertirse jamás en instrumentos o vasallos. Los reyes de Francia recurrieron con frecuencia a sus riquezas para hacer la guerra, y también —cosa que ocurrió más de una vez en la Edad Media— cuando el hambre diezmaba provincias enteras, flagelo que acarrearba la ausencia de prestaciones y la imposibilidad de pagar impuestos.

Salvo algunos gestos desdichados de incomprensión, como el de San Luis, los contactos de la Orden con la monarquía francesa fueron aproximadamente los de dos potencias vecinas, obligadas a hacerse concesiones mutuas, pasaje a través de los territorios y caminos, intercambio de mercaderías, transacciones comerciales diversas.

Probablemente los consejeros de los reyes hubieran intentado desde tiempo atrás socavar la soberanía de la Orden, formando enclaves autónomos en todos los países, si se hubieran dado cuenta del temible peligro que representaba para las autarquías el internacionalismo de los Templarios, mientras todos los países de Europa no consintieran en federarse en un Imperio presidido por un jefe común.

Pero no parece que nadie haya percibido hasta la época de Felipe el Hermoso, y de su inspirador de malignidades *Guillaume*

de Nogaret, cuál era la finalidad a la que tendía la acumulación de riquezas de la Orden: disminuir la importancia de las monarquías particulares en beneficio del Imperio, lo que San Ives d'Alveydre ha llamado la *Sinarquia*.

Para defender la independencia del reino era necesario lograr la supresión de los Templarios. No se podía estorbar sus operaciones bancarias sin hacerlos desaparecer. Vencerlos por las armas era empresa quimérica, debido a sus recursos y a su organización militar. En consecuencia los dos compadres, desprovistos de escrúpulos, emplearon medios tortuosos, la mentira, la calumnia y la traición. Comprometerse en una lucha abierta, incluso con igualdad de armas, era azaroso, ya que la experiencia y el entrenamiento de los caballeros era de calidad. Las maquinaciones sucesivas de Nogaret y del rey vencieron al fin la lealtad y franqueza de los caballeros.

Encerrar a los principales jefes Templarios atraídos a la corte o a alguna solemnidad real en una gran ciudad, hubiera sido muy difícil; guardarlos, hacerlos luego desaparecer, todavía más, sin haber previamente preparado la opinión pública e indispuesto contra la Orden a los nobles, los prelados y otros personajes susceptibles de iniciar su defensa. En este caso el abuso de autoridad real hubiera sido demasiado flagrante.

Tal vez si Felipe hubiera descubierto el secreto financiero de los Templarios se habría contentado con este éxito, que podía servirle ventajosamente en sus dificultades económicas, y no se hubiera embarcado en un asunto tan complejo. Con esta intención había solicitado vanamente ser recibido en la Orden, lo que demuestra que, para él, la cuestión de nuevos y abundantes recursos pasaba por encima de la política general. Los dos profundos motivos no actuaron sobre su espíritu más que después, bajo la instigación de *Guillaume de Nogaret*, que estaba preocupado sobre todo por la defensa de la monarquía francesa. Se ha destacado la ambición de este jurista, deseoso de adquirir títulos auténticos de nobleza, ya que se titulaba, sin ningún derecho, caballero de Nogaret. Su familia sólo alcanzó un título en 1372. Tal vez esto no sea del todo exacto. Antiguo profesor de derecho en Montpellier y juez en Nimes, Nogaret estaba habituado a todas las tretas de los tribunales y, hay que decirlo, al uso pre-

cioso que se puede hacer de confesiones arrancadas por la tortura y de los falsos testimonios.

Los ocupantes del territorio de Francia y el gobierno de Vichy obtuvieron metales no ferruginosos por medio de requisiciones. Nogaret propuso, un día en que el rey carecía de materias primas para emitir monedas, que se requisara gratuitamente la vajilla de oro y plata y las alhajas de los súbditos. Por lo tanto no hay nada nuevo bajo el sol para presionar al contribuyente.

Esto significa rechazar la búsqueda justificada de oro en tiempo de guerra —traída por la necesidad de pagar un apresurado equipamiento y procurar los materiales de que carece un país para la defensa nacional— ante las naciones neutras que se las puedan proporcionar. La sugerencia del asunto meridional prueba únicamente su falta de escrúpulos y su despreocupación de desagradar a los particulares, con tal que el gobierno no llenara las arcas. Ya hemos comprobado antes que Felipe el Hermoso estaba con frecuencia en déficit, que había hecho gastos por encima de sus medios en ocasión de fiestas y para el mantenimiento de su ejército; añadamos a estas causas imperiosas de molestias, el pago de los jueces y agentes ejecutorios de la justicia, de los guardias, los prebostes, los funcionarios de la justicia que en nuestros días, pero que constituían de todos modos una carga muy pesada sobre el tesoro, así como el transporte de mercaderías sobre carretas o navíos franceses o extranjeros.

Un error gráfico de impresión en nuestro ensayo de 1939 debe ser rectificado en este sentido. Nogaret y el rey no obedecían a sentimientos honorables, sino solamente muy *explicables*. Evidentemente en todos los tiempos se ha execrado su memoria, sin tener en cuenta las circunstancias y los fines que, desde el punto de vista nacional, eran naturales. Lo que no se puede perdonar es la inmoralidad de los medios empleados para llegar a estos fines, el desprecio del honor y de la vida de los Templarios inocentes y sacrificados con toda frialdad. Muchas personas hoy en día se manifiestan partidarias de Luis XI, lo que significa que, para ellos, el fin justifica los medios. Muchos hombres políticos actualmente consideran ingenuos, ya que no tontos, a los defensores de la honestidad, tanto en las cosas públicas como en las privadas. Para ellos no existe la moral de Estado, sino solamente

la razón de Estado. Tal vez, pensamos, es probablemente a causa de esto que asistimos periódicamente a crisis de confianza popular y, a consecuencia del descorazonamiento del pueblo se llega a consecuencias incalculables.

No hay que olvidar, de todos modos, que Guillaume de Nogaret no realizaba su primer ensayo. Fue él quien hizo expulsar a los judíos del Mediodía, tras haberles quitado sus bienes y confiscado las riquezas de los banqueros lombardos y cadurcianos. Su conducta, frente a Bonifacio VIII, Papa irreprochable, había sido indigna, ya que marchó con una banda de matones contra *Agnani*, aldea natal del Soberano Pontífice, a donde éste se había retirado, y obligó al venerable anciano a dejarse conducir a Lyon encadenado como un criminal, porque el Papa había amenazado a Felipe el Hermoso con la excomunión y la deposición. Nogaret no pudo llevarse a Bonifacio, pero *Sciarra Colonna*, jefe de los mercenarios a sueldo, lo abofeteó. El viejo Papa fue liberado tras tres días de cautiverio, volvió a Roma y murió de pesar y de abatimiento, un mes después del vergonzoso acontecimiento, el 11 de octubre de 1303.

Se comprende el atrevimiento de Felipe ante la Santa Sede cuando se piensa en las múltiples advertencias que debió hacerle el Papa a causa de diversas fechorías infligidas al clero, atentados contra sus derechos y ultrajes al legado papal, *Bernard de Saisset*, obispo de Narbonne, a quien hizo prender en su lecho, llevó a París y lo tuvo allí preso, por haber matenido fidelidad al vasallaje del vizconde de Narbonne, cosa a la que tenía derecho.

Bonifacio VIII había sido favorable a los Templarios y su sucesor, Benedicto XI, también lo fue. Desgraciadamente para ellos este Papa excelente murió tras un año de reinado.

Los dos cómplices necesitaban alguien complaciente en el trono de San Pedro y encontraron a *Bertrand de Got*, arzobispo de Bordeaux, francés accesible a la influencia del rey, hombre que, obligado por un chantaje a abandonar la Orden, se entregó a los jueces seculares y colmaba ahora en esta forma los votos de éstos.

La intervención del Papa hizo posible el suplicio de los caballeros y el secuestro de sus bienes, que fueron rápidamente confiscados por los agentes del rey. Esta operación no se com-

prende de inmediato. ¿Acaso los Templarios, abandonados por la Iglesia, no podían escapar a las garras de sus enemigos laicos? El maquiavelismo del asunto montado por Nogaret y Felipe es realmente genial en su inmoralidad. Sin duda nadie, fuera de los actos principales, hubiera sido capaz de formar el plan, prever todos los efectos y, para lo que nos ocupa en este momento, lograr varias finalidades de importancia forzando al Santo Padre a entrar en el juego.

En efecto, la Orden era en suma religiosa y militar, espiritual y temporal. Convenía pues separarla del poder espiritual visible, para alienarla de todos los cristianos. Por otra parte, el Papa era menos sospechoso de parcialidad, ya que está por encima y fuera de las naciones. Finalmente, como consecuencia de la autoridad papal reconocida en toda Europa, los Templarios iban a ser abandonados no sólo por los fieles franceses, sino por los de todos los países. Si bien Felipe hubiera actuado sin el concurso del Soberano Pontífice, su ejemplo no hubiera sido seguido. Y era necesario que, triunfante la maquinación, el Temple no pudiera reconstituir sus fuerzas en el exterior.

Se ha dicho que Felipe el Hermoso no actuó solo porque ningún monarca tenía derecho a disolver una orden religiosa.¹ Personalmente creemos que este obstáculo no hubiera detenido a quien osó resistir a Bonifacio VIII, logrando tenerlo a su merced, y desempeñado luego un papel indigno en el atentado de Agnani. Fue más bien el carácter decisivo de una intervención papal internacional lo que determinó al rey a elegir esta arma.

La historia muestra que, a partir del Renacimiento, la influencia de Roma sobre la opinión pública se había debilitado; en la Edad Media, por el contrario, sus aprobaciones y sus condenaciones, incluso morales, se consideraban avisos divinos.

Un voluptuoso lleno de ambición como Bertrand de Got, era capaz de muchas cobardías. Deseaba la tierra y aparentemente Felipe el Hermoso le procuró el dinero para ganar la elección. *Villani* cuenta detalles de una entrevista entre el obispo y el rey, pretendiendo que este último presentó cartas de prelados favorables a la candidatura, y aseguró el éxito, pero hizo prometer al obispo seis favores que debían serle acordados una vez

¹ Ver Charpentier, loc. cit., p. 96, 97 y 55 para las citaciones.

entronizado. Entre estos favores figuraban, según pretende dicho autor, un ataque a la memoria de Bonifacio VIII, el levantamiento de su excomunión, capelos cardenalicios para sus amigos y, sobre todo, el compromiso de acordarle algo muy importante y secreto cuando llegara el momento.

¿Es auténtico el incidente? ¿Realmente hubo un comercio entre ambos? En todo caso, dice *Tabanis*, que no lo admite, existen cartas en las que el nuevo Papa manifiesta una especie de servilismo ante Felipe el Hermoso, un miedo a desagradarle que no convenía a un Papa, respetable por definición por su imparcialidad e independencia.

Lo único que es seguro es que el Papa ordenó, para el caso de que los Templarios merecieran ser suprimidos por sus faltas (Clemente no estaba, por lo visto, convencido de dicha culpabilidad), que sus bienes fueran únicamente utilizados para las necesidades de Tierra Santa, y aseguró que Roma no los reclamaría jamás para otras finalidades.²

Cuando llegó el momento, Felipe supo trampear esta condición, y guardó bajo diversos pretextos, como veremos, los gastos del proceso, el pago de los oficiales de justicia, los derechos de secuestro y la mayor parte del tesoro del Temple en París, así como los muebles e inmuebles. Los príncipes de otros países, con excepción de los de Mallorca, Aragón y Portugal, hicieron lo mismo.

Elegido por una intriga, Clemente V cometió la gran imprudencia de abandonar Roma para fijar su residencia en Avignon, propiedad de los soberanos pontífices. Aunque hubiera tenido ganas de no cumplir las promesas en las que había consentido cuando no era más que arzobispo, se puso, de hecho, bajo la garra de su acreedor.

Uno de los primeros actos de su pontificado fue retomar la vieja idea de Gregorio IX, de la que eran partidarios muchos grandes espíritus, entre otros, Raimundo Lullo, que guardaba sin embargo buenas relaciones con los Templarios —que lo habían recibido tras el fracaso de sus misiones infructuosas— y que consistía en fusionar las órdenes religioso-militares. Convocó para

² Carta del 9 de julio de 1307.

esto en Avignon a los dos grandes maestros de los Templarios y los hospitalarios, que presidían entonces en Chipre y en Rodas.

¿Se daba el Papa cuenta exacta en este momento del papel que Felipe quería hacerle representar? Es permitido dudarlo. Al máximo, si es que se había dado ya cuenta del deseo del rey de ver desaparecer la independencia de los Templarios, debe haber creído arreglar la cosa con esta solución. Felipe, por su parte, no estaba aún decidido a un ataque brutal, y pensaba más bien en arruinar la potencia financiera de los caballeros que en sus otras actividades, sobre todo por no comprender claramente su amplitud. Informado del proyecto, preparó sus baterías para eventualmente hacer nombrar gran maestro de la Orden única y re-creada de esta manera bajo el nombre de "Orden de Jerusalén", a un noble francés a su servicio. Se ha supuesto que Felipe había pensado en uno de sus hijos, y en el reemplazo, a partir de entonces, de la *elección* de superiores de la Orden por la sucesión *hereditaria*.

La Iglesia no admite esta forma de dirección para las comunidades religiosas, no a causa del estado de celibato al que están comprometidos los monjes, incluso los soldados de Cristo, sino porque los primeros cristianos elegían los nuevos jefes cuando se producía el deceso de los obispos, aunque éstos fueran casados y presidentes de iglesia. El Papa no tenía poder para suprimir una tradición que venía de los apóstoles. En este sentido, no hay que creer que la herencia de las coronas reales fuera aceptada por todos los hombres de iglesia. Hemos visto textos de obispos franciscanos, consejeros de los reyes de Valencia y de Aragón, que prevén la elección, cuando un mal príncipe haya merecido la deposición,³ en el siglo xiv. En Castilla, más adelante, clérigos y laicos han escrito libros interesantes de política cristiana, en continuidad con los mejores autores de la antigüedad, donde examinan los inconvenientes de la herencia, entre otras cuestiones importantes para el bien público.⁴

Felipe no tenía esta ilusión. De acuerdo con Nogaret aprovechó la convocación al Gran Maestro, de Molay, buen capitán pero hombre piadoso y sin malicia, y el rechazo de éste a fusio-

³ Francesch Eiximenic: *Tractat de Republica*, du Dotzé, XIV, s.

⁴ Alonso de Castrillo: *Tratado de República*, c. p. Suárez, op.

nar los Templarios a los hospitalarios, para provocar de inmediato el escándalo propicio al proceso, ya decidido y sabiamente maquinado. Nogaret había lanzado y favorecido rumores infamantes sobre la conducta de los caballeros, acusaciones contra su ortodoxia católica, enormidades increíbles para nosotros y aceptadas con indignación por los medievales de tipo medio, es decir, alejados de los clérigos instruidos, esto es, gente desprovista de todo espíritu crítico. Fueron estas acusaciones las que pasaron a primer término: herejía y crímenes contra la Iglesia, que fueron precisados en el acta de acusación.

No había herejía, ya que el sucesor de San Pedro, que tenía derecho a excomulgar a los Templarios, como era de práctica en tales casos, no lo hizo. Fue sólo después de la detención de los caballeros por los hombres del rey y durante el proceso, cuando el Papa los abandonó y consintió al fin en suprimir la Orden, poniendo a los caballeros a entera merced del rey. Habitualmente era lo contrario: el poder eclesiástico informaba y decidía si había o no herejía y el Santo Padre excomulgaba a los culpables, que sólo entonces eran librados a los poderes seculares para las sanciones corporales.

Por medio de las tretas que aquí resumimos, los enviados de Felipe obligaron a los Templarios a confesar cosas que los colocaban fuera de la Iglesia, como si hubieran hecho abandono de los principios y las leyes de ésta. Surge, de los procesos verbales, que los caballeros proporcionaron ellos mismos, en sus confesiones, la prueba de que ya no eran cristianos. Pero fue bajo la tortura que se arrancaron esas confesiones, retractadas en todas las oportunidades que los acusados tuvieron facultad para hacerlo.

El interrogatorio al que fueron sometidos varió según los procedimientos: se les aplicó el botín de hierro, les rompieron los huesos de las manos, los quemaron, les arrancaron los dientes, se usó también el suplicio de la gota de agua helada cayendo gota a gota, durante horas, sobre el cráneo del paciente. Todo aquello que debía practicarse en nuestros días en las *chekas* y que fuera utilizado por los verdugos nazis contra los acusados políticos y racistas, fue usado por la *justicia* de Felipe el Hermoso.

Jacques de Molay y muchos caballeros notables cometieron para su mal graves torpezas o imprudencias. El Gran Maestre,

por ejemplo, renunció a defender la Orden, entregándose a la sabiduría del Santo Padre.⁵

Sin embargo, bastantes personajes, dudando de la seriedad de las acusaciones, quisieron —aunque los acusados fueron generalmente juzgados sin que se les permitiera ninguna defensa— que la Orden gozara de toda su libertad. Bonifacio VIII había dispensado a los inquisidores de los debates públicos y de escuchar a los testigos de descargo y a los defensores.

En los primeros años del proceso, sin embargo, los Templarios pudieron defender su causa ante Roma por intermedio de nobles libres y de sacerdotes. En 1310 quinientos cuarenta y seis caballeros fueron autorizados a defender la Orden, pero los comisionados pusieron toda clase de obstáculos para las declaraciones. Se aprovechó la dispersión de los Templarios y su cantidad para reemplazar los testigos orales por memoriales escritos.

Todos afirman que hubieron acusaciones escandalosas, que demuestran sólo que algunos Templarios, expulsados de la comunidad por algún crimen, y que deseaban vengarse, o los desdichados caballeros debilitados por la tortura, habían confesado cualquier cosa para hacerla cesar, al igual que los criados ignorantes que habían interpretado a su manera trozos de conversaciones durante la recepción, deformando las cosas, o contando puras invenciones. Se presentaron memoriales probando la inocencia de la Orden, las virtudes, la humanidad y la piedad de los caballeros a los arzobispos y obispos presidentes de los tribunales. Los Templarios tenían la vaga conciencia de que existían preladados nacionales, servidores del rey, y preladados independientes, que rodeaban al Papa. La mayoría de los arzobispos y obispos franceses, en efecto, eran hombres del rey, o deseaban ganarse el favor de Felipe.

Sin embargo no se dieron cuenta de la duplicidad del alto clero en Francia y de la debilidad culpable de los cardenales y del Santo Padre hasta los últimos tiempos. Se les hacía nombrar a poderados y se les animaba a presentar súplicas, y esto, naturalmente, no llevaba a nada. Se jugaba, con los desdichados, una siniestra comedia.

⁵ Por consejo de Guillaume de Plaisians, hombre del rey, que estaba presente en el interrogatorio y cuyo entendimiento con sus enemigos ignoraba Jacques de Molay.

Se había autorizado a tres caballeros, Raynaud Pruin, Guillaume de Chambonnet, Bertrand de Sartige y a un sacerdote, Pierre de Boulogne, para que defendieran a los caballeros por medio de memoriales, notas y explicaciones. Sin la intervención del sacerdote, más instruido y experimentado, se hubieran perdido con sus devotos esfuerzos, como casi sucedió poco después de la intervención siguiente.

Los apoderados protestaron contra la creación de un tribunal que arrancaba el caso a la comisión papal pero lo hicieron ante dicha comisión, y también apelaron ante ella. En efecto, se habían enterado que el concilio provincial de Sens debía reunirse al día siguiente, 10 de mayo, para ocuparse de diversos asuntos, entre otros las acusaciones contra los Templarios, y emitir juicio. Pero este concilio estaba presidido por Philippe de Marigny, llamado del obispo de Cambrai al arzobispado de Sens por pedido de Felipe el Hermoso y de Clemente V. Dicho presidente era, por lo tanto, manifiestamente una criatura del rey y, lo que es más, hermano del demasiado célebre Enguerrand de Marigny.

La comisión papal se sintió molesta, no se atrevió a aceptar la apelación y se limitó a recibir la defensa presentada por Pierre de Boulogne. Este intentó poner a la Orden bajo la protección de la Santa Sede, solicitando que acordara un salvoconducto a los defensores para llegar ante el Papa, y apelar a su sabiduría, así como los medios pecuniarios para emprender el viaje. Además solicitaba a los comisionados del Santo Padre que invitaran al arzobispo de Sens a diferir todo examen del asunto y el juicio de la Orden hasta el regreso de los defensores.

A falta de notarios a su disposición, Pierre de Boulogne suplicó que se le permitiera preparar y notificar la apelación al Papa por medio de notarios apostólicos. Si esta demora hubiera sido aceptada, es posible que los 54 Templarios acusados como relapsos, porque se habían retractado de sus confesiones, no hubieran sido condenados a la hoguera y ejecutados.

La solicitud de demora no fue recibida por Marigny, que había dejado sabiamente el concilio provincial, bajo el pretexto de que debía decir una misa. De esta manera evitó incluso enterarse. Sus asesores pretendieron no estar calificados para recibir ninguna súplica ni apelación. Está claro que, en caso de

hacerlo, hubieran reconocido la soberanía del tribunal apostólico, se hubieran visto obligados a inclinarse ante éste y a abandonar el caso. La maquinación hubiera entrado en vías de fracasar.

En cuanto a los comisionados pontificios, tuvieron la inconciencia de demorarse hasta más tarde, el mismo día en que se ejecutó a los cincuenta y cuatro caballeros como relapsos, porque se habían retractado de sus confesiones. Quizás no se atrevieron a tomar partido en favor de la Orden y correr tan gran peligro, aunque fuera éste su deber.

Sin embargo, debemos reconocer que intentaron ayudar a Pruin, Chambonnet y Sartiges. En este sentido enviaron delegados ante el arzobispo de Sens para que permitiera a los tres caballeros y a Pierre de Boulogne venir bajo escolta a defender a los acusados ante el arzobispo y sus asesores.

El arzobispo contestó que en modo alguno quería obstaculizar la misión apostólica, pero que el concilio provincial debía terminar con el asunto de los Templarios.

No se ejercieron presiones contra los tres caballeros defensores: se limitaron a separarlos de Pierre de Boulogne sabiendo que éste les era indispensable. Solos, los caballeros se confundieron, no supieron insistir para hacer llegar por lo menos memoriales escritos, en respuesta a interrogatorios igualmente escritos, que les habían sido llevados adecuadamente a su cárcel, ya que los agentes del rey no les permitían, como antes, salir bajo escolta. Por otra parte, se les había suprimido esta apariencia de defensa prohibiéndoles toda comunicación con los jueces.

No pudieron pues ni presentarse ante el concilio ni hacer valer sus argumentos y numerosos testimonios de descargo por medio de mensajes.

En otras diócesis además de Sens, los concilios provinciales se habían reunido con la misma intención, obedeciendo a las mismas influencias reales. Se interrogó a los Templarios para guardar las apariencias, ya que su condena estaba decretada de antemano.

En Sens, algunos obispos susceptibles de una actitud favorable, no se atrevieron a quedarse, y pretextaron motivos para ausentarse. Tenían miedo: eran los obispos de Narbonne, de Bayeux, de Limoges. Todo fue preparado por el número ínfimo de pre-

lados restante para terminar con los Templarios, que habían sido entregados sin defensa alguna.

El Concilio Euménico de Viena, en octubre de 1311, no tenía más que completar el crimen de los concilios particulares. Debía llegar a la supresión de la Orden. La mayoría, más humana y menos servil, quería que la Orden no fuera disuelta sin haber escuchado antes a los acusados. Sólo una minoría estuvo en favor de rechazar la defensa.

Clemente V vacilaba siempre, pero el rey le había prometido abandonar su intención de atacar la memoria de Bonifacio VIII, y renunciar a la parte de diezmos eclesiásticos que él reclamaba. Sin duda el Papa hubiera preferido lavarse las manos, y no resistir demasiado aparentemente al firme deseo de Felipe, pero no pudo hacerlo. Ya no se trataba de saber si se debían o no sancionar las decisiones de los concilios provinciales, sino de permitir a los Templarios que se hicieran oír ellos mismos, o asegurarles defensores.

El Papa convocó a principios de diciembre, secretamente, la asamblea principal, y puso a votar el asunto. No hubo en contra más que cinco obispos, hombres del rey. Clemente V, molesto por esta oposición, no quiso cargar él solo con el hecho de dar satisfacción a Felipe. Pensó que era preferible hacer recaer la responsabilidad sobre el rey y discutió otros asuntos, tales como la reforma del clero, reservando la cuestión de la defensa de los Templarios para el fin del concilio. Pudo así esperar a Felipe el Hermoso, que llegó a Viena el 17 de febrero de 1312.

El rey designó como representante ante el concilio a hombres ejecutores de su voluntad: Nogaret, Enguerrand de Marigny, de Plasians y otros.

Una diputación de Templarios pidió ser escuchada, su petición no fue aceptada y sus miembros, encadenados, no tuvieron medio de hacerse oír para defender a la Orden.

Cinco cardenales y los enviados reales, en nombre de seis, conferenciaron en secreto, es decir, a puerta cerrada durante varios días. Felipe el Hermoso escribió en seguida una carta al Papa presionándolo para que aboliera la Orden.

Clemente respondió cobardemente en los términos ya seña-

lados, es decir que, si la Milicia de Cristo era suprimida, sus bienes debían consagrarse a la defensa de Tierra Santa.

Felipe esperó varios días dicha misiva; viendo que tardaba, apresuró las cosas, emprendió viaje, se detuvo en Lyon donde reunió los Estados Generales, llegó cerca de Viena con su hermano Carlos, sus hijos y una importante tropa armada.⁶

El Papa, apurado, convocó la comisión principal del concilio euménico y puso a votación el punto: si era necesario disolver la Orden sin escuchar la defensa de los Templarios. Todos los asistentes, con excepción de los delegados de Cataluña y Aragón, votaron por la disolución sin defensa el 22 de marzo de 1312. Doce días después, el 3 de abril, Felipe el Hermoso asistió a una reunión general junto a Clemente, y el voto precedente fue confirmado.

En ambas circunstancias los sufragios fueron obtenidos bajo la influencia del terror. Los miembros del concilio —prelados partidarios de escuchar a los acusados que deseaban el reconocimiento de sus méritos y que podían formar mayoría—, intimidados y asustados tras la conferencia secreta con los enviados del rey, no se atrevieron a hacer nada y votaron la disolución con los cinco franceses enviados por Felipe el Hermoso.

El abandono de la Orden por parte del Papa sancionó los sufragios del concilio, por el Soberano Pontífice, quien dejó entrever en la Bula *Considerantes Dudum* la presión ejercida, insistiendo en el hecho de que la cosa había sido decretada de manera provisoria y no como sentencia definitiva, en virtud de su poder apostólico.

Por lo tanto no podemos culpar en el mismo grado al Papa y al rey. Felipe actuó bajamente impulsado por la envidia, el odio y el interés. Clemente V temía a un monarca tan poco respetuoso de la Iglesia y a sus hacedores de escándalos, por culpa de los cuales el Papado y la religión católica habían sufrido grandemente. Quizás también lo aterró el espectro de un cisma galicano. Ningún sentimiento noble tocó jamás al rey, pero el Papa intentó varias veces arreglar las cosas y ganar tiempo. Pecó, sobre todo, por debilidad. Pasemos por alto la distribución de bienes del Temple que, conforme a la voluntad de Clemente V, de-

⁶ A Sainte Colombe, enfrente, del otro lado del Ródano.

bían ser entregados a los hospitalarios. Felipe el Hermoso y los soberanos de Europa, exceptuando algunos, como los de Aragón y Portugal, se adjudicaron, sin tomar en cuenta la decisión apostólica, las riquezas mobiliarias e inmobiliarias del Temple bajo diversos pretextos, o las hicieron desaparecer. Las confiscaciones de la época del proceso no protegieron, por lo tanto, nada.

La opinión pública, sublevada por los calumniadores, no protestó en modo alguno y juzgó culpables a los caballeros.

Clemente V se había reservado el derecho de juzgar él mismo, para salvarlos, a algunos dignatarios, entre otros el Gran Maestre Jacques de Molay y Geoffroy de Charnay, preceptor en Normandía.

No hay que olvidar que las acusaciones de idolatría, de herejía y todos los atentados contra la religión católica eran juzgados, en la mayoría de los países cristianos, por el brazo secular. La herejía era un delito civil según los jurisconsultos. Aunque los acusados hubieran sido reconocidos culpables por los jueces eclesiásticos, no eran éstos quienes los castigaban, sino que eran entregados a jueces seculares que los condenaban a la hoguera y a la confiscación de sus bienes. El Estado ejecutaba la pena establecida por la ley civil.

¿A dónde llevó este procedimiento? Los Templarios, bajo el testimonio de aquellos expulsados de la Orden por crímenes, de gentes del tercer orden o de criados castigados por faltas graves y que deseaban vengarse, así como por algunos ignorantes que interpretaban equivocadamente los símbolos o las palabras que no entendían, o que se dijeron en confesiones arrancadas bajo la tortura, fueron legalmente asesinados.

La Orden nunca había desafiado al rey de Francia, ni excitado contra él al pueblo, lo que hubiera sido fácil. No había tomado el partido de los parisienses cuando éstos se rebelaron; por el contrario: protegieron a Felipe de la cólera popular, lo defendieron incluso. No pusieron ningún obstáculo a la leva arbitraria de impuestos, evitando entrometerse en los asuntos nacionales. Independientes del rey como era su derecho, mantenían con él vínculos de buena vecindad.

Felipe el Hermoso envidiaba sus riquezas y estaba humillado por tener necesidad de ellos; sólo se atrevió a atacarlos por la fuerza aconsejado por juristas deshonestos, probablemente ins-

trumentos de organizaciones secretas inspiradas por el contra-progreso social y moral y la contra tradición. El rey usó para su fin los medios más infames, las armas del Enemigo del Espíritu.

Las interioridades del proceso revelan despecho, odio frente a quien debemos beneficios, envidia y avidez de parte del monarca.⁷

Aquellos que más tarde hicieron asesinar al duque de Guisa y a Enrique IV trabajan probablemente hoy para impedir la constitución de una Federación europea sin hegemonía de ningún Estado o grupo de Estados, presidida por un emperador neutro, mantenedor de la Paz universal. Y encontramos esto también en el fondo de las maquinaciones de Nogaret y sus auxiliares.

⁷ Felipe el Hermoso sin duda no habría hecho quemar a Jacques de Molay si éste hubiera consentido en revelarles los secretos del Temple. El nombre anciano dio la vida, pero no confesó nada.

VI

CRIFTOGRAFÍA Y CRUZ DE LAS OCHO BEATITUDES

Las letras de crédito o de cambio, especie de cheques primitivos hechos en pedazos de pergamino, eran enviados en clave a los destinatarios por los jefes de las casas del Temple. Usaban un alfabeto secreto, las escrituras comerciales de las cuentas de banco estaban en un lenguaje sólo inteligible para ellos o para los empleados nombrados por la Orden. Aunque no se han encontrado estos pergaminos, poseemos, por lo menos, el alfabeto.

A....V	E....▷	I....◊	N....X	R....▷
B....<	F....▷	K....◊	O....V	S....▷
C....^	G....△	L....◊	P....◊	T....△
D....>	H....▽	M....◊	Q....^	U....△
	V....▷		W....◊	
	X....◊		Z....▷	
	Y....◊			

El alfabeto de los Templarios

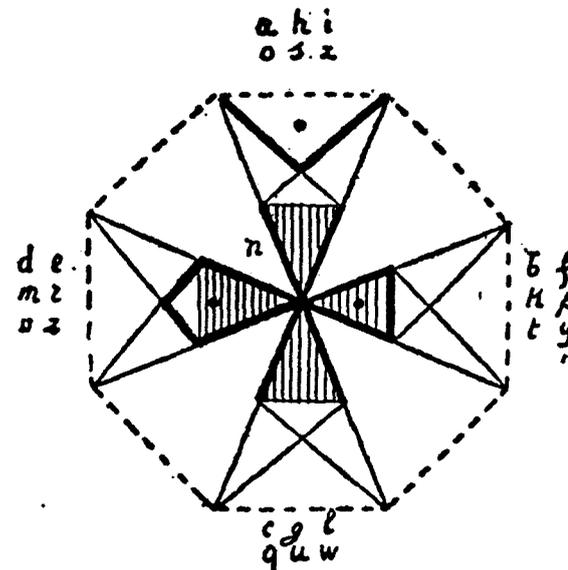
Este alfabeto no puede haber servido para una correspondencia ordinaria y su existencia sólo se explica por las necesidades precedentes. El hecho de que haya sido usado después por fra-

ternidades que se pretenden continuadoras de los Templarios, no prueba nada. Podrían haberlo inventado posteriormente. La obra publicada por *The office of the Comason*, de *Bothwell Gose*, por ejemplo y titulada *The Knights Templars*, emana de la orden masónica anglo-sajona del mismo nombre, y presenta el alfabeto en las páginas 89 y 90, sin verdaderas pruebas de su antigüedad. Se afirma allí que ha sido reproducido de un manuscrito del siglo XIII, lo que lo volvería anterior a la desaparición oficial del Temple, sin indicar dónde puede consultarse.

Felizmente un autor desinteresado y poco conocido, *Charles Maillart de Chambure*, declara que existen tres manuscritos. Primeramente el *Corsini*, ya señalado por el abad Gregoire, historiador de sectas religiosas y sociedades secretas, que lo poseía. Este manuscrito se encuentra hoy en día en Roma. Fue calografiado en el siglo XIII; en Dijon se conserva un alfabeto de la misma época; finalmente el tercero está en la Biblioteca Nacional de París; estuvo perdido por mucho tiempo y fue reencontrado por Guerard, conservador de la biblioteca, que era entonces Biblioteca Real. Este manuscrito está en un pergamino delgado cuyas hojas aparecen divididas con tinta en dos columnas, y las iniciales rojas o azules tienen adornos. Es también del siglo XIII. Todos contienen el famoso alfabeto. El manuscrito de París lleva inscripciones del siglo XIV, que son posteriores a la fecha del manuscrito, y figuran allí las letras del alfabeto secreto. Fue utilizado por lo tanto poco después de la supresión de la Orden.

Este alfabeto deriva de una cruz especial que los caballeros llevaban como una alhaja colgada de una cinta probablemente roja, y se encuentra sobre el collar que rodea el escudo. Tiene ocho puntas y se llama en heráldica la cruz de las ocho beatitudes. El centro de la cruz encierra la cruz templaria regular: paté, con gules y cada uno de sus brazos se injerta en el primer tercio de cada parte de la cruz grande de ocho puntas. Hay que notar una particularidad: la cruz paté sólo tiene aquí tres ramas triangulares de gules, la cuarta es de oro y trapezoidal. Esto es ya especial de los Templarios, pero hay otra originalidad: las ocho puntas formadas por dos triángulos escalenos cada una, no están llenas de gules como en la cruz de Malta, ni de sinople como en la de San Lázaro. El que no es rojo y no forma

V no está unido; comporta una base única de dos triángulos isósceles en cada rama, de manera que forma un tercer pequeño triángulo equilátero, lo que no se explicaría sin su utilización para la formación del alfabeto. Hay puntos centrales en ciertos triángulos, V y trapecios. Los rasgos, finalmente, aparecen de pronto leves, de pronto recargados.



Se comprenderá el sistema refiriéndose a la figura, donde señalamos los grupos de letras por seis, es decir, tres por punta. Es curiosa la disposición variada de las letras. El total de veinticuatro, independiente de la N central, se divide en dos grupos de doce. Uno de los doce repite cuatro veces una figura tomada en una rama: por lo tanto hay tres figuras, lo que da doce letras. El otro, el segundo, reproduce las mismas figuras, pero con un punto en el centro. La A está representada por la V formada por las dos puntas de beatitud de la rama de arriba. La B por la misma V acostada de la rama derecha. La C por la V dada

vuelta de la rama de abajo. La D por la V acostada de la rama de la izquierda.

Sería más metódico examinar las letras una a una y aparentemente más cómodo, pero conviene mejor estudiarlas rama por rama, debido al carácter esotérico del alfabeto.

La E se presenta en la rama izquierda en lugar de encontrarse en la rama alta como la A, primera letra del primer grupo de cuatro figuras. Está formada por la rama paté de la cruz de gules del medio, triángulo cortado con la punta vuelta hacia la derecha. La F se encuentra en la rama derecha en triángulo con la punta dirigida hacia la izquierda. La G es un triángulo cuya punta está en alto en la rama baja; la H es un triángulo, con la punta en bajo en la rama alta.

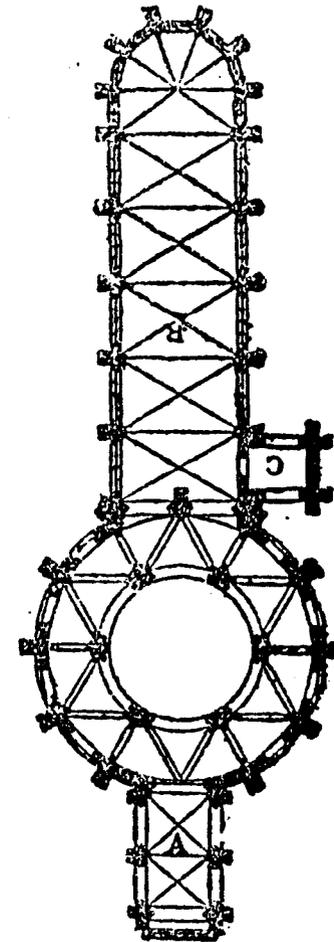
La I, primera letra del tercer grupo de cuatro, está en la misma rama que la H. Está formada por la rama paté de la cruz de gules montada por el pequeño triángulo que prolonga los trazos de una V. Da, con ella, un falso losange en partes iguales de dos en dos. La J no existe, como sucede en las escrituras de este género. La K está en la rama derecha, la L en la rama derecha, la K en la de abajo, la L en la rama baja, la M en la rama izquierda. La N no es la cruz central de San Andrés.

El segundo grupo de 12 está compuesto idénticamente, con puntos en el centro de las letras. Aquí también es necesario tomar las letras una a una, todas giran como en el caso precedente, tomando siempre la N como centro.

La O es una V punteada, situada en la rama alta, la P igualmente, en la rama derecha, la Q en la rama baja, la R en la rama izquierda.

Cuatro letras en falso losange punteado (el falso losange permite no confundir ciertas letras y formar otras); la W en la rama baja, la X en la rama alta, la Y en la rama derecha, la Z en la rama izquierda.

La existencia de la W sorprendía antes un poco. En efecto, esta letra no existe en latín, y no está presente en ninguno de los idiomas de la época. Nos preguntamos si no se tratará de una simulación anglo-sajona, hecha por las sociedades paramasónicas que utilizan hoy en día este alfabeto. Pero la letra aparece en los manuscritos del siglo XIII, según puede comprobarse en la Biblioteca Nacional de París.



Plan de la Iglesia del Templo de París
A) Entrada; B) Gran Nave; C) Campanario.

Es probable que se trate de una sigla lapidaria de los constructores de comanderías e iglesias y que poseyera un valor simbólico para los Templarios ligados a las asociaciones obreras,

que sirviera de abreviatura corriente o quizás de indicación para alguna palabra que debía entenderse con un sentido distinto al habitual.

Muchos han sospechado que se trataba de un alfabeto destinado a la confección de talismanes. Según creemos nosotros no se trataría de letras utilizadas para la magia, sino de una utilización de signos tradicionales corrientes en las fraternidades cooperativas, antepasadas de nuestras compañerías, como claves de un sistema ingenioso de criptografía.

Si tomamos nuestras letras girando de izquierda a derecha. A, B, C y D se siguen en el orden normal, y tenemos la A en alto, la B a la derecha, la C abajo, la D a la izquierda. Esta disposición recuerda la rueda solar o la svastika invertida. No nos demoremos en este último carácter, correcto o no, ya que el signo es común entre los hindúes, los cristianos y los musulmanes. Atribuirle aquí una intención mágica, sería exagerar. Aunque se encuentra en Occidente, es probable que los Templarios la encontraran con frecuencia en las tumbas de Palestina. La hemos notado en los cementerios musulmanes de Rabat y de Fez.¹ Es también una sigla lapidaria de los operativos.

El segundo cuaternario es más complicado de explicar. E, F, G, H están ordenadas en las ramas izquierda, derecha, baja y alta, lo que hace pensar en una cruz dada vuelta. Se empieza con la E horizontal, se pasa a la F a la derecha, se descende a la G en la vertical de abajo, y se termina en alto con la H.



Algunos graffiti del castillo de Kenliworth

I, K, L y M están en una zona solar incorrecta, invertida comenzando desde lo alto: I rama superior, K rama izquierda, L rama inferior, M a la izquierda.

O, P, Q, R, y S, T, U, V siguen la svastika correcta.

¹ Maitro: *L'Alphabet magique des Templiers. Science historique*, 1938. Probst-Biraben y Maitrot: *La croix gammée correcte. Influence méditerranéenne sur les sigles lapidaires de l'Europe centrale*, "Bulletin de la Société de Géographie d'Alger".

W, X, Y, Z parecen ordenadas sobre un segundo signo de cruz al revés pero trazado de manera distinta al primero. Comienza por la W en el brazo de abajo, pasa con la X al de arriba, a la derecha con la Y y termina a la izquierda con la Z.

No creemos que deban interpretarse las anomalías que hemos señalado aquí como signos de la cruz. Al revés, evidentemente indican intenciones malélicas o mágicas. Para nosotros no representa esto sino su uso como reja de una sigla lapidaria, o marca obrera bastante común, el 4, llamado cuatro de cifra en heráldica. Aparece en las armaduras de los nobles de Alsacia, de Suiza, de Austria, aunque posteriormente al siglo XIII. Los Templarios sólo pueden haberlo tomado de los operativos. Como la W precitada, la vemos reproducida en marcas encontradas en los monumentos por el arquitecto austriaco *Franz Rziha*, en su hermoso libro *Studien über Stein*.²

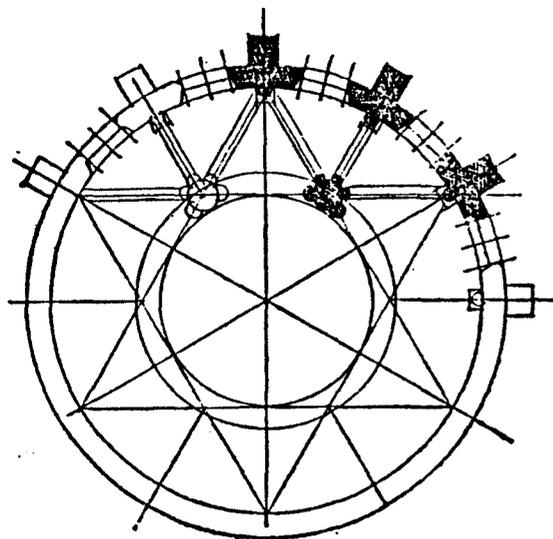
Los mismos signos 4 y W están grabados en los muros del castillo de *Kenilworth*, en múltiples ejemplos. La guía de esta importante ruina, publicada por Cook & Son, de Warwick, menciona el 4 entre las marcas obreras, "Mason or Banker marks", de los siglos XIII y XIV. En una de las planchas se distinguen diversas orientaciones, sobre todo para el ángulo agudo del 4 a la izquierda, también hay otras a la derecha. La W figura en los graffiti del castillo que datan de los siglos XII, XIII y XIV. Los constructores y obreros no fueron necesariamente escoceses o británicos, sino que estaban organizados en equipos compuestos por hombres especialistas de todos los países, incluidos los orientales.

El 4 es el signo zodiacal de Júpiter, pero es también el triángulo de la cruz; son figuras muy comunes entre los manuales, los maestros de obras, los arquitectos, y simbolizan ideas cosmogónicas transmitidas desde hace tiempo con sumo cuidado por el hermetismo. Se le ha encontrado en los graffiti hechos por los desdichados caballeros cautivos y por los capellanes también presos, o por sus servidores, en los muros de castillos franceses y en sus celdas en forma de la cifra sobre un corazón, sigla muy operativa y extendida.

No cabe duda que los Templarios desempeñaron un papel en

² Franz Rziha, *Über Stein*, Metz, Zeichen, 1885.

los gildes y estuvieron con frecuencia en contacto con constructores y obreros. Muchos de ellos en todas partes en las comanderías eran arquitectos y enseñaban a los manuales que estaban a su servicio el *Arte de Construir* y la *Geometría*. Los hermanos capellanes que desempeñaban oficios no eran por cierto raros. Y estos símbolos y signos circulaban en medios técnicos de ini-



Iglesia del Temple de París. La Rotonda

ciados de valor desigual, aunque eran ignorados por gentes ajenas a la construcción.

Volveremos sobre esto a propósito del hermetismo permitido a los Templarios, y lo desarrollaremos más.

Según los métodos modernos para descifrar escrituras secretas, se llega, conociendo la frecuencia de letras de la lengua del escritor, a leer cualquier documento. El sistema empleado por los caballeros en sus mensajes de comercio y de banda hubiera sido fácilmente develado si la ciencia criptográfica hubiera estado más avanzada. Pero, en la Edad Media, cuando más se ser-

vían de alfabetos en los cuales unas letras no eran más que el reemplazo de otras, de textos en claro o de rejillas.

La cruz de las ocho beatitudes es una especie de rejilla. ¿Quién pudo proporcionar el modelo a los Templarios? Nuevamente los constructores u obreros agrupados en fraternidades cerradas, donde los secretos eran celosamente guardados.

Debían tener ya la costumbre de los cuadrados, de las figuras geométricas que forman diagramas, subdivididas en cuadrillos, pequeños triángulos, estrellas regulares de seis y de ocho puntas, en los siglos XIII y XIV, ya fuera para construir las rosetas de las iglesias, o para obtener siglas o marcas de talleres o de individuos. Rhiza da y explica la construcción de rosetas y de matrices y bases de cuatro grandes logias de masones libres de Estrasburgo, Colonia, Berna y Viena. Estas logias eran las *Hauptthütten*, cuyo conjunto era la *Bauhütte*. Esta organización es, en verdad y en lo referente a las cuatro asambleas operativas precedentes, de los siglos XIV y XV, pero está reconocido que podía tratarse de ellas o de enrejados que les eran especiales, continuaciones y desarrollos de los ya existentes. La Geometría era un arte cultivado con respeto y amor, sus aplicaciones se transmitían de maestros a maestros, se enseñaban a los alumnos o técnicos como algo misterioso y sagrado.

Nada heterodoxo, ya que todas las asociaciones estaban bajo la protección de los obispos y que, hasta el siglo XIV, la mayoría de los maestros de obras fueron monjes y clérigos. Aunque hubiera extranjeros, incluso orientales en las pre-compañerías, no había en ellas nada contrario a lo que la Iglesia enseña o profesa. Esto no nos alarmaría, pero así era.

Nadie se ha ocupado de investigar las huellas de una criptografía obrera; sin embargo, es fácil servirse de rejillas formadas alrededor de figuras geométricas y subdividir las para trazar siglas y marcas casi siempre simbólicas, es decir, expresivas de ideas por medio de grafismos, y debemos, en esta ocasión, utilizarlas para los alfabetos secretos.

Es interesante ver cómo los Templarios traspasaron, para sus necesidades, aquello que los operativos habían creado para las de ellos. Si estos últimos partían de los polígonos y de los modelos geométricos regulares, los de las rosetas de las catedrales, los monjes-soldados, en contacto permanente con las confrater-

nidades, partieron de la cruz de su alhaja, que les rindió los mismos servicios.

El autor anónimo del alfabeto bastante complicado, basado en trazos sobreentendidos de ruedas solares, de zig zag regulares y de la cifra cuatro, lo que permitía cambiar las claves para cada grupo, era un hombre sutil e ingenioso. No lo atribuimos a varias personas en razón de su complicación y de los vínculos de los grupos de letras, muy difíciles de armonizar en el caso de autores múltiples y sucesivos.

Si no tuviéramos los manuscritos como testigos irrefutables de la fecha general, durante el pleno vigor de la Orden, la cosa nos parecería demasiado notable para la época. Esto significa que había junto a los Templarios que eran simplemente valientes soldados y religiosos piadosos pero poco instruidos, como el Gran Maestre Jacques de Molay, otros hermanos de alto valor intelectual. Esta comprobación nos permite comprender que había dos clases de iniciados en la Orden, los exclusivamente activos y obedientes a las directivas comunes, y los espirituales e intelectuales elevados, que formaban un grupo poco numeroso. También podríamos explicar por esta dualidad real la actitud, muy digna, pero con frecuencia torpe del Gran Maestre y de los dignatarios durante el proceso.

Los jefes aparentes no eran probablemente las verdaderas cabezas de la Orden. Aquí, como con frecuencia en otras partes, aquellos que reciben los honores y que presiden ante los ojos de todos, no son los enviados de los Maestres desconocidos que trabajan para fines ocultos, mezclados a la multitud de hermanos, sin equipaje ni insignia que los distinga. El creador del alfabeto fue sin duda uno de éstos, y es por ello que podríamos intentar adivinar si no había intenciones precisas de su parte al elegir ciertos símbolos para establecer las claves.

El plan general de la cruz de ocho puntas, si se incluye en un polígono cuyas puntas sean la cúspide de los ángulos, da un octógono. Y gran cantidad de iglesias de la Orden eran octogonales. La rotonda de la iglesia del Temple en París es excepcionalmente hexagramática. El octógono tiene virtudes simbólicas cristianas.

Los cuatro triángulos que forman la cruz paté central, abstracción hecha de las bases, designan la cruz normal de cuatro

costados iguales, cortada por una cruz de San Andrés. Estas ocho líneas dispuestas de tal manera es lo que se llama en heráldica el Ercarbucló.

Este mueble (—) está pintado con frecuencia detrás de los santos en los cuadros religiosos italianos. En las adoraciones de Mantegna hay un escarbucló o estrella de ocho rayos en el medio de los cuatro ángeles, arriba a la derecha. La Virgen está rodeada por ocho angelotes. En un fresco de San Marcos en Florencia *Fra Angelico* coloca la misma estrella de ocho rayos sobre la aureola de Santo Domingo.

Simbólicamente el ocho es el número de la armonía, de la Renovación y Regeneración.

Para los altos iniciados Templarios este signo era el llamado a la Regeneración de la Humanidad, a su restablecimiento en el estado anterior al Pecado, a la Cristificación por el Amor.

No es necesario insistir sobre el sentido del triángulo: equilibrio entre los contrarios. Trinidad hermética a la par que religiosa. La cruz de cuatro ramas iguales son los cuatro elementos, los cuatro puntos cardinales, el esquema de la rueda solar.

La cifra cuatro repetida en la rejilla en cuestión, por el extraño cruce de unos puntos con otros de la figura, y que ha sido asimilada a un signo de la cruz al revés, no es otra cosa, ya sea utilizado con el ángulo vuelto hacia la izquierda o hacia la derecha, que un resumen, síntesis de dos símbolos: el triángulo y la cruz.

El triángulo es rectángulo y dos de sus lados están formados por dos ramas de la cruz. Es el cuaternario y el terciario. Quizás, entre los operativos, una escuadra y una cruz, indicación de obreros o artesanos cristianos. En astrología es el signo de Júpiter.

Este cuatro, correctamente o a la inversa, es frecuente entre las siglas lapidarias, pero no procede necesariamente de la cruz y del triángulo o de la escuadra. Existe en los alfabetos púnicos y celtíberos como letra. De todos modos aquí conviene referirse a un origen de compañía, ya que los Templarios fueron grandes constructores.

Los puntos en grupos de a tres, tan comunes en las piezas compañónicas y masónicas, y que siguen a la firma de los hermanos, existen entre los *graffiti* de los Templarios encerrados en

los calabozos del castillo de Chinon. Eran para ellos una abreviatura del triángulo, como lo fueron para los miembros de las Fraternidades citadas anteriormente. Nada hay de sorprendente pues en que hayan tenido la idea de usarlos en la reja criptográfica de la cruz de las ocho Beatitudes. También es aquí natural haber tomado prestado a los obreros que estaban en su ambiente ese símbolo de la tríada y de la Trinidad.³

Si consideramos las letras, encontramos la W, que no está comprendida entre las veinticinco francesas. Ahora bien, los grandes maestros y los dignatarios eran casi siempre caballeros franceses y que, por consiguiente, escribían en su idioma. Pero hemos emitido la hipótesis de un uso de la W como signo mezclado al alfabeto templario, usado para indicar en una misiva cualquier cosa convencional, incomprensible para otros que no fueran los destinatarios, una mención especial. Si se trataba de una letra de crédito, esto podía por ejemplo significar: a renovar (en caso de imposibilidad momentánea de pago), o simplemente otra orden concerniente a una operación bancaria. Simbólicamente es el signo del Agua y una letra de los antiguos alfabetos: arameo, fenicio, celtibero, que fue con frecuencia tomado como marca o incluso como adorno cuando está repetido.

Las V que son las separaciones de dos puntas de la rama de la Cruz de las Ocho Beatitudes, han servido de modelo a una serie de letras: a la derecha, en ángulo agudo en alto, acostadas a la derecha y a la izquierda, con puntos o sin puntos. Éstas también son frecuentes en alfabetos que no son ni en griego ni el latino, y entre las siglas corporativas.

La X que da en transcripción clara una N formada por las bisectrices de 4 ángulos formados entre los cuatro grupos de dos puntas de la cruz de las Beatitudes, es una cruz de San Andrés. Esta cruz también encierra significados tradicionales. Finalmente puede ser primera letra de CHRISTOS o de chrisma, al mismo tiempo que la cruz cuaternaria, espiritual, activa, y una sigla obrera.

Tenemos pues que analizar un alfabeto secreto, complejo, compuesto por trasposiciones de letras y que ha adoptado, para este

³ Por el seis recordaban el sello de Salomón, signo hermético corriente, frecuente incluso en las siglas obreras antiguas.

efecto, numerosas claves: ruedas girando en dos sentidos, la cifra cuatro correcta y a la inversa, inclinaciones diversas de la V según el esquema de la cruz, del triángulo, del losange de lados desiguales de dos en dos. Los mismos signos con puntos designan otras letras, etc. Además, el lector necesitaba poseer la rejilla: cruz de las ocho beatitudes.

El desciframiento, lo repetimos, era difícil en la Edad Media, pero ya no lo sería hoy en día. Se efectúa siguiendo la regla de las secuencias, es decir, considerando la frecuencia según la cual una letra está seguida por otra. El sistema de los Templarios que usaba una rejilla es de lectura más lenta en el laboratorio, pero obedece a los mismos estudios de frecuencias.⁴

En suma, el Temple empleaba en su correspondencia confidencial un alfabeto especial absolutamente ignorado por los profanos, y para los usos ya indicados. Aquellos que han podido verlo con la traducción en claro de cada letra, en obras como *Histoire des Sectes Religieuses* del abad Gregoire, habrán notado sin duda que este alfabeto comprendía varias V, triángulos y losanges diversamente dispuestos, ya fuera con puntos o sin puntos. Sin duda habrán reconstruido como nosotros una cruz de San Andrés central, que es la X alrededor de la cual se ordenan los otros signos.

Con atención se ha llegado a reconstruir la cruz de las ocho beatitudes.

En cuanto a las claves, hasta ahora no hemos tenido objeción para precisarlas como símbolos obreros y herméticos: ruedas solares y la cifra cuatro, figuras geométricas también del mismo origen.

Como ya hemos dicho anteriormente, no hay que buscar ninguna intención heterodoxa. El alfabeto no fue motivo de acusación durante el proceso, y no corresponde en nuestros días sospechar que haya en él la menor huella de herejía.

⁴ Dr. E. Locard: *Manuel de Technique Policière*, Lyon-Desvignes, memorias diversas sobre las falsificaciones y el método para descubrirlas, íd. Lyon-Desvignes, etc.

VII

IDOLOS Y BAFOMET

Si existe una opinión corriente es la de idolatría, no para todos los Templarios, sino para algunos de ellos. También se asocia con frecuencia el nombre de la Milicia de Cristo a la adoración de un supuesto ídolo, al que se ha llegado a atribuir una apelación precisa: Bafomet.

Se lo representa como la estatua de un atroz demonio con cuernos de chivo, barbudo y con pechos de mujer. No cabe la menor duda que decenas de Templarios reconocieron, en el curso del proceso de la Orden, la existencia de ídolos. Sin embargo es interesante comprobar que la mayoría de los desdichados que habían confesado se retractaron al encontrarse en la calma de los calabozos, lejos de la cámara de torturas. Es inútil discutir la inanidad testimonial bajo suplicios tan crueles como los de la Edad Media. Con excepción de algunos individuos particularmente fuertes, los pacientes sometidos a la tortura terminaban por confesar todo lo que les pedían sus verdugos.¹

Sabemos por los procesos verbales las cosas de las que fueron acusados. Pero las confesiones no prueban absolutamente nada en las condiciones en que fueron obtenidas, no poseen ningún valor jurídico. Es posible que les dictaran lo que se les quiso hacer decir. Hace algunos años señalamos el comentario de un lector: en Inglaterra y en Escocia los Templarios confesaron las

¹ *Pièces du procès* - Michelet *id.*

mismas cosas que en Francia, sin que hubiera necesidad de recurrir a la tortura. Nosotros suponemos que se los puso al corriente de los interrogatorios al otro lado del Canal, y que simplemente el miedo a los suplicios les hizo reconocer no importa qué en el sentido de interrogatorios inquisitoriales, los que, sin duda, fueron bien aprovechados. Es muy fácil aguijonear a un ignorante o a un preso debilitado en sus afirmaciones por medio de palabras inductoras, sin presentar el tema del interrogatorio bajo su aspecto de acusación, e incluso usar las respuestas vagas o fantasiosas y darles fuerza en el proceso verbal.

¿No se procede acaso así ante el juez de instrucción, ante el comisario? Sin referirnos a las novelas policiales podemos imaginar al interrogador diciendo al inculcado: "Esto no tiene la menor importancia, pero quisiéramos saber si ha oído usted hablar de otras estatuas fuera de la de Nuestro Señor Jesucristo, de la de Nuestra Señora o las imágenes de los santos en su comandaría. Nos han dicho que algunos de sus hermanos las adoraban. Sabemos bien que en Oriente existe todo tipo de cristianos, que no tienen los mismos santos que nosotros, y los criados de ustedes son a veces cristianos orientales".

Después, si los Templarios interrogados cometían la imprudencia de reunir algunos recuerdos confusos acerca de extraños relicarios u objetos curiosos quizás coleccionados por los caballeros, o percibidos al azar en poder de alguno de los superiores, los inquisidores los presionaban para que se extendieran sobre el tema, cosa que los presos hacían, creyendo no dañar a sus compañeros, o esperando ganar la indulgencia de los jueces. En situaciones semejantes todo es posible, como hemos visto en la guerra actual. Los verdugos enemigos y sus cómplices franceses han hecho decir muchas cosas verdaderas y falsas, que eran muy peligrosas para las víctimas deportadas. En general no conviene comparar el presente con el pasado, juzgar con mentalidad moderna lo que pudo haber sido pensado o dicho antes en circunstancias análogas. Sin embargo aquí tocamos reacciones elementales de interrogatorios hábilmente hechos y la psicología del hombre cautivo, fatigado, debilitado por restricciones severas, no ha cambiado. Ni la cultura general ni la frecuentación de medios seleccionados han influido la mayoría de las veces en cir-

cunstancias elementales, en las que el hombre esencial, desnudo por así decirlo, está desarmado.

Si pretendier poseer la verdad definitiva, esperamos poder aportar algún esclarecimiento sobre este punto de la historia medieval, que ha quedado muy oscuro. Estamos de acuerdo en reconocer la imposibilidad de una idolatría, ya que Clemente V no condenó la Orden, simplemente la disolvió y, sin embargo, en el siglo XIX, algunos sabios y eruditos han atribuido a los Templarios la posesión de estatuas extrañas, cofres más o menos mágicos, y han retomado con estas seudopruebas las sospechas injustificadas del pasado.

Si existía un ídolo, éste no podía ser otro que la riqueza indispensable para la realización de los planes políticos

De entrada, el prejuicio sobre Bafomet, demonio enigmático, o la idea de bustos de apariencia aterradora, deben ser destruidos definitivamente. Se descubrieron figuras singulares en las comandarías, pero la idea de que se usaran para un culto anticristiano es pura fantasía de parte de los autores que se han ocupado del asunto.

Las confesiones mencionan la existencia y no pintan imágenes de pie sino cabezas o bustos en metal o en madera, en los primeros meses de la arrestación, en octubre de 1307. Más adelante, en 1309, los inquisidores procedieron a requisar todas las casas del Temple, comandarías, granjas, huertas y dependencias. No se descubrió ningún ídolo: únicamente cabezas y bustos de hombres o de mujeres huecos, conteniendo huesos masculinos o femeninos y cráneos. Se trataba simplemente de relicarios, lo que se llamaba los "jefes". Estaban adornados de piedras, brillaban a la luz de las lámparas y, en consecuencia, podían crear la ilusión para las personas simples, de representaciones aterradoras, de seres fantásticos. Para nosotros es evidente que esos relicarios contenían restos venerados de santos o de santas, que se presentarían al fervor de los asistentes los días de fiesta, sin que por eso se pretendiera adorarlos.

Más adelante nos daremos cuenta de cómo la imaginación —incluso entre eruditos investigadores modernos— puede inducir a error a personas instruidas. Un sabio austríaco, al encontrar en Viena estatuillas andróginas con inscripciones orientales, creyó haber descubierto al fin la prueba de la existencia y el carácter

de Bafomet. Autores serios y bien reputados han repetido tras él este juicio, sin intentar hacerlo pasar por la criba de la crítica.²

Es verdad que los ecos de las confesiones mencionan la existencia de relicarios, pero fueron agrandados y propagados por los agentes del rey, interesados en desacreditar a los Templarios ante el pueblo, al igual que ante los medios escogidos nobles y burgueses, haciéndolos pasar por idólatras. El acta de acusación había sido preparada de antemano. Así nació la invención de Bafomet, confundiendo esta seudoidolatría con una connivencia con los musulmanes, y creando el nombre que, a primera vista, parece una confusión de Mahomet, sobre todo si se escribe Bafomet, como se hizo al comienzo convirtiéndose luego en Bafumet.³

Era fácil en el siglo XIII cometer errores tan groseros como el de atribuir al Islam efigies de su profeta. Como todas las religiones semíticas, el islamismo es absolutamente iconoclasta y prohíbe la reproducción de la figura humana. No existen musulmanes idólatras: las prescripciones del Corán son explícitas y muy formales en este sentido, al igual que las del Pentateuco entre los judíos. De todos modos, en esa época no había una idea exacta de la religión musulmana y del carácter real de Mahoma, pintado para los doctores cristianos muy competentes en toda clase de ciencias, y que se codeaban todos los días con los moros en España y en Italia, bajo colores muy extravagantes. Fuera de algún personaje excepcional, como Federico de Sicilia, que vivía rodeado de médicos, astrólogos y decoradores árabes en su corte de Palermo, donde se hablaba el idioma árabe y se vivía a la oriental, nadie estaba al corriente de las creencias y costumbres islámicas.

Dejemos pasar el hecho de que, en nuestros días, algunos autores hayan conocido mal esta religión, pero sorprende que hayan hecho transformaciones ortográficas para convertir a Bafomet en Mahomet. Si uno no es orientalista, conviene en conciencia consultar a los expertos.

Los inquisidores, tomando la palabra forjada por el vulgo de entonces, preguntaron a los Templarios: "¿Es que las efigies que

se mostraban en las fiestas tenían la forma de Bafomet?" Y los prisioneros interrogados contestaban, sin darse cuenta de la importancia y del sentido de la expresión "forma de Bafomet". Los interrogadores y los jueces casi siempre entendían por Bafomet una imagen heterodoxa, horrible o mágica, cosa que los presos ni siquiera entendían, agotados por el cautiverio y las torturas.

Veamos, porque esto debe ser borrado en el futuro para los estudios sobre los Templarios y, especialmente, de la mente de los lectores, por qué gimnasia se había logrado transformar Mahomet en Bafomet. Daremos luego una explicación racional de la palabra.

El célebre arabista *Sylvestre de Sacy* emite la hipótesis de una alteración del nombre propio de *Mahomet* (Mahoma). Basándose en el glosario de *Ducange*, autor del siglo XVIII, donde ha encontrado *Mahumeria* y *Mahomeria* para designar una mezquita, y la transcripción falsa de *Bahomeria* a veces escrita como *Bafomeria*, ha realizado una deducción divertida. *Mahomeria* deriva de *Mahomet* y es, por lo tanto, el templo de la religión de ese profeta; *Bafomeria* debe derivar de *Bafomet*.

El sabio señala que los musulmanes nunca han adorado ídolos, aunque los cristianos hayan podido creer, por ignorancia, en la presencia de estatuas en las mezquitas, como existen en las iglesias, y llamado así Baphomet o Bafomet a las imágenes que se decían habían sido encontradas en las casas del Temple, atribuyéndoles el presunto culto de Mahoma.

Los inquisidores han podido admitir esto, pero ningún Templario, ni el más pícaro, ha podido hablar de ídolos en las mezquitas. Los musulmanes hacían sus plegarias en una sala consagrada al culto islámico, y que era contigua a la casa del Temple en Jerusalén. Los caballeros que estaban en contacto permanente con ellos no podían ignorar la prohibición islámica de reproducir imágenes humanas o caras humanas.

Los Templarios interrogados no podían pues atribuir a la palabra Bafomet el sentido de estatua de Mahoma en las respuestas dadas con sangre fría. El razonamiento de *Sylvestre de Sacy* es traído de los pelos.

Otra hipótesis ha sido imaginada por el orientalista alemán *Hammer-Purgstall*. Perseguido por los recuerdos clásicos del Buey Apis o los bíblicos del Becerro de Oro, ha pretendido que Bafomet

² De Hammer: *Las Minas de Oriente* - Viena 1818. Sobre dos cofrecillos gnósticos de la Edad Media del señor duque de Blacas, París, 1832.

³ Probst y Maitrot: *Les Idoles des chevaliers du Temple*, Mercure de France, 1939.

proviene de la palabra árabe *Bahumid*, que significa becerro. No conocemos esta palabra y los estudiantes de árabe que conocemos no han encontrado en los diccionarios esta supuesta palabra árabe. Hammer abandonó la etimología precedente, pero siguió considerando a Bafomet como un ídolo Templario y le atribuyó un origen gnóstico, deformación de *Bafé*, tintura (por inmersión) y *meteos*, del espíritu en griego, recuerdo de un lustre espiritual por el fuego, bautismo ígneo que reemplazaba al bautismo por agua de los cristianos.⁴

¿En qué se basaba Hammer para afirmar esto? Entre cuatro figuras, de las cuales hay una de pie y las otras de medio cuerpo descansando en zócalos que se asemejan a columnas o *termas* antiguas, conservadas en Viena, sólo la última representa un tronco cortado sobre dos escalones. Todas tienen pechos colgantes y cabezas barbudas. Dos de ellas tienen el aspecto dado por las miniaturas persas a los *ghula*, ogros o gules musulmanes, con sus grandes ojos almendrados, largas barbas y dos cuernitos.⁵ Estas cuatro figuras llevan inscripciones en caracteres árabes. Teniendo en cuenta que poseen senos de mujer se trata, evidentemente, de andróginos.

Como siempre se ha hablado únicamente de cabezas o de bustos y nunca de estatuas andróginas en los procesos verbales, la interpretación de las piezas examinadas por Hammer en Viena no nos convence. En cuanto a las alusiones a cabezas hechizadas esto no hace más que renovar en el pueblo el prejuicio contra las "cabezas de Mahoma", nombre con el que se designan recipientes que contenían sustancias usadas por las brujas para hacer magia. Estas suposiciones —debidas a semejanzas fortuitas en el aspecto para denominaciones vulgares de cosas diferentes— aparecen a cada momento en los relatos antiguos. Pero no resisten el análisis metódico.

Antes de pasar a otro género de los supuestos ídolos, quizá sea útil reproducir la traducción de inscripciones orientales en las estatuas de Viena, de las cuales tres parecen haber sido genios protectores de las comarcas, los *límites* o *términos* como los que los romanos colocaban en sus propiedades. Evidentemente estos

ídolos no sirvieron a los señores romanos, en cuya época no se escribían frases sobre los límites en árabe adulterado. Es posible que estas curiosidades hayan sido traídas desde Oriente, en una época indeterminada, y que sirvieran de talismanes agrícolas a los adeptos de alguna de las innumerables sectas gnósticas, ni cristianas ni musulmanas, que eran frecuentes en el Asia Menor.

Marqués Rivière en su curiosa obra sobre "*Amuletos, Talismanes y Pendientes*" habla de "amuletos sirios en el *British Museum* (Museo Británico) que son un buen ejemplo de la interpenetración absoluta de las corrientes judías gnósticas, cristianas y árabes.⁶ La estatua de pie, vestida a la egipcia, barbada y con largas tetas, lleva una escritura árabe que la atraviesa de uno a otro brazo. Se puede leer muy difícilmente: "*Mulana en nefs norna ben...*", a la derecha, y: "*Kensna musa menna*", a la izquierda. "Nuestro Señor el Espíritu, Nuestro Fuego" y "Nuestra Iglesia es inmensa"... , señales bastante netas de la gnosis heterodoxa. Lo que contradice la suposición de talismanes musulmanes es que, en el Islam, nadie diría "*Mulana*", Nuestro Señor, como entre los cristianos o las pequeñas iglesias de Levante. Un adorador del Dios único emplea el singular, *Mulai*, mi Dueño, o *Alá*, o, con frecuencia, alguno de los noventa y nueve nombres divinos. Evitaría hablar del Fuego empleando la palabra *nar*, de miedo a que se pensara en el fuego del infierno, usado en este sentido en el Corán. Diría, por ejemplo, "*afia*", paz, perifrasis consagrada por la costumbre.

Tampoco hay Iglesia entre los musulmanes, y aquí la palabra "*Kens*" se entiende como en los escritos cristianos. Es la asamblea de todos los fieles y todos los hermanos, abstracción hecha de la jerarquía eclesiástica. Sin embargo, incluso entre los heterodoxos, los musulmanes utilizaban el término "*Djemaa*", que designa por igual toda reunión de personas y un lugar de reunión y, sobre todo, la Mezquita, único edificio público en los primeros siglos de la Hégira, donde todos los creyentes son iguales.

Parece que una de las imágenes proviniera de una secta análoga, ya que no a aquella a la que pertenecen las estatuas precedentes. Esta vez se trata de una columna cuyo modelo ha sido

⁴ Hammer-Purgstall, *Las Minas de Oriente*, Viena, 1818.

⁵ La palabra francesa *goule* proviene del vocablo árabe *ghoul*, pl. *ghoulet*.

⁶ Marqués Rivière, *Talismans*, etc., Payot, 1938, cp. Judge, Londres, 1929.

imitado de los romanos. Lleva en el zócalo, en letras claramente trazadas y bien puntuadas, las palabras: "Musa Kan", es inmensa y es sin duda a la "Ksen", a la Iglesia, a la que se refiere la inscripción.

En el zócalo de uno de los mojonos, que se parece a una miniatura persa por los rasgos asiáticos de la cabeza, hay una carrera precipitada de letras, difícil de leer. Vemos dos invocaciones. Una está en el zócalo: "Saiduna Kan Ali", "que Nuestro Señor sea exaltado". Señalamos aquí nuevamente que *Saiduna* es una forma cristiana, como *Mulana*. Un árabe de hoy en día añade a veces, es verdad, *Sidna*, Nuestro Señor, al nombre de algún santo personaje, profeta del cielo o jefe de cofradía de orden musulmana: "*Sidna Musa, Sidna Aisa*", Nuestro Señor Moisés, Jesús; *Sidi Abdel Qader Diilani*, monseñor Abd el Qader (el santo de Bagdad). Sin embargo, en un talismán en forma de Dios protector, esto no puede imputarse a nadie del Islam. *Kan* es un error en idioma árabe, un indicativo presente puesto en lugar del subjuntivo invocativo: "*Ikun*". Sobre el escalón que sirve de base está trazado: "*Nau araf*", "Sólo él es sabio", gramáticamente correcto, pero totalmente inusitado. Los musulmanes, que ciertamente expresan a cada momento este pensamiento, lo hacen en otra forma, bien conocida por nuestros soldados africanos: "Alá ialem", "Dios solo sabe", como respuesta a algún presuntuoso que cree saberlo todo, o para alguien que les hace una pregunta a la que no pueden responder. Finalmente, en uno de los peldaños y en la piedra mal encuadrada que sirve de soporte al tronco cortado y terminado en una cabeza de "gul" cornudo, con los ojos alargados a la manera de los ogros en las pinturas persas, aparece, bastante mal diseñado: "*Kan malik Musna*", "El es nuestro rey poderoso". Este ser cornudo, con senos de mujer, no puede ser más que un genio talismánico, análogo a los terafín de los antiguos judíos. Su androginismo, como el de los otros tres, expresa el hermafroditismo primitivo, proferido por la Qabbala, y quizás muchas tradiciones que han entrado en la composición del gnosticismo, aunque necesariamente no sea aquí algo gnóstico.

Este mismo simbolismo se encuentra en seguida en los cofres misteriosos de *Essarois* y de *Volterra*, mezclado a escenas místicas y herméticas. Demostraremos que estos cofres, al igual que

los de Viena, no demuestran de parte de los Templarios una adoración a Bafomet o a cualquier otro ídolo monstruoso.⁷

Ni Hammer ni otros eruditos han establecido cómo llegaron estas imágenes a Austria, ni han demostrado tampoco que pertenecieran a los capítulos de la Orden. No las han analizado suficientemente y han quedado clasificadas como gnósticas hasta nueva información. Nuestras posibles traducciones, como en la mayoría de los casos de reconstrucción de textos mal escritos, o sin puntos diacríticos, permiten solamente atribuir las a las sectas del Cercano Oriente o a los musulmanes. Según nuestro parecer, no proporcionan ningún testimonio de que los Templarios hayan tenido, poseído o visto imágenes semejantes o Bafomets legendarios y, en consecuencia, menos aún que las hayan adorado.⁸

El caso de los cofres es idéntico. En el gabinete del duque de Blacas había dos cajitas adornadas de bajos relieves extraños, que para nosotros son sólo antiguas cajas de ungüentos. Se ven aquí animales simbólicos, como el Becerro y el toro, personajes desnudos y vestidos, figuras andróginas, fases de operaciones difíciles de determinar en el primer momento.

Como se ha conservado la confesión de dos caballeros, *Jean de Cassaubras* y *Gaucerand de Montepilato*, afirmando que se les había mostrado para venerar una estatua extraída de cierto cofre: "de quodam cofino, de caxia", hubo apresuramiento en compararlas con las estatuas de Hammer, para confirmar la tesis bafomética.

Hemos comprobado el carácter híbrido de esto, la superposición de sucesivos aportes de siglos y poseedores diferentes.

Uno fue encontrado en *Essarois*, en la Côte d'Or. Veamos cómo se llegó a suponer que había podido pertenecer a los Templarios. Se supusieron huellas de intercambios y ventas entre el señor de esa localidad y los caballeros al leerse los papeles de familia de los descendientes de dicho señor. Dicha prueba es frágil,

⁷ Algunos orientalistas del siglo XIX, como M. de Longperrier - *Ac. des Inscriptions*, 1869, afirman que la escritura árabe es una copia torpe europea, hecha por ignorantes y en caracteres posteriores al siglo XII.

⁸ Patrice Genty atribuye las unas y las otras a los ocultistas más o menos alquimistas del siglo XVIII. *Voile d'Isis, L'Idolatrie des Templiers*, número de enero 1938. Nosotros profesamos otra idea acerca de los cofres propiamente dichos, anteriores al siglo XII.

ya que los arqueólogos burguñones afirman que nunca hubo construcciones Templarias en Essarois.⁹

El otro, el de *Volterra*, fue descubierto en una región que fue habitada por los Templarios, pero no sabemos nada preciso sobre su exacta procedencia. No olvidemos que los dignatarios de la Orden podían, sin presunción de idolatría, ni de afiliación a Fraternidades sospechosas, haber comprado o tomado en Oriente objetos de todo tipo a título de curiosidades exóticas, aunque no insistimos en una coyuntura tan excepcional.

No se trata de cofres que hayan pertenecido a los Templarios, sino de unas cajas como poseían los médicos de antes, muy instructivas a causa de los detalles rara vez conservados sobre medicamentos desaparecidos, y preparaciones abandonadas hace largo tiempo. Las huellas de alquimia y de hermetismo que allí se encuentran merecen también un atento examen, pero se pueden encontrar otras del mismo tipo, por cierto alejados de toda comandaría.

Mignard los ha estudiado sin llegar a demostrar su carácter bafométrico. El doctor *Berillon* afirma que representan escenas rituales de la recepción de los caballeros, que se descubren allí fácilmente "símbolos de compromisos impuestos a los iniciados, al mismo tiempo que sanciones concernientes a la violación de los compromisos".

Las escenas en cuestión son ocho, cuatro por caja, dos pequeñas y dos grandes forman los costados. Se las ha llamado: escenas de bestialidad, adoración de Bafomet, preparación del ágape, conclusión de la recepción del caballero, su apoteosis, adoración del Becerro de Oro, purificaciones, pruebas de incineración y otros, argumentos decisivos para la tesis de idolatría y de la iniciación a ritos secretos anticristianos.

Persistimos, pese a estas designaciones precisas, en sostener que es imposible a observadores poco versados en el estudio del simbolismo y de los ritos de sectas y sociedades cerradas, reconocer sus características.

Corresponsales expertos en la materia y ponderados, que pertenecen a diferentes escuelas, no han encontrado en esto, como nosotros, ningún parecido de conjunto o de detalles con las ini-

⁹ *Mercure de France: Controversia sobre los cofres*, mayo 1 de 1940.

ciaciones antiguas o modernas conocidas. Nos parece que en tales condiciones es necesario amar lo imposible y la fantasía con exageración, o abandonarse a pasiones partidarias, para mezclar los infortunados Templarios a esas extrañas antigüedades.

Las inscripciones orientales, trazadas mucho después de la confección de los cofres, tienen un aire ocultista, y una de las cubiertas presenta particularidades que sólo pueden explicarse por alegorías alquimistas. Todo esto es ya extraño a los pequeños bajos relieves de las cajas, que son lo esencial en estos objetos.¹⁰

Vemos, en las escenas incriminadas, la representación de curaciones de enfermos y preparaciones de remedios, con personajes que son a veces cómicos, voluntariamente crudos y también ingenuos; los animales no son ídolos, sino signos del zodiaco. Hubiéramos lamentado el tiempo perdido en observarlas, ya que no parecen tener vínculo con el paganismo, con los ritos anticristianos e inmorales atribuidos a los Templarios, venidos nueve o diez siglos después, si no hubiéramos descubierto la historia de la *Teriaca*, y su preparación, que ofrece la mayor extrañeza. Los datos que nos proporcionaron para la historia estos documentos, que remontan, según creemos, al siglo III de Jesucristo, compensan ampliamente el trabajo. Si, por otra parte, estamos convencidos de la antigüedad de los cofres de acuerdo con nuestro análisis, se comprende lo absurdo de encontrar en ellos escenas de iniciación templaria. La Orden nació muchos siglos después de la fabricación de los cofres.

El primer cofre proporciona el desarrollo de las fases de la preparación de esta *teriaca*, célebre entre los médicos de antes, descubierta por *Mitridates* rey de Ponto, y que tenía la virtud de ser el antídoto contra las mordeduras de animales venenosos. Se procedía primero a tres operaciones: se *aplastaba* las hierbas y los granos en el mortero, se hacía *hervir* y *cocer* otras sustancias, otras eran *disueltas* en sustancias neutras, lo cual era una tarea muy complicada. El médico de Nerón, el sabio griego *Andrómaco*, descubrió las *troscuicas*, comprimidos que permitían simplificar la composición. Más adelante, Critón, médico de Tra-

¹⁰ Algunos amigos de Europa central nos han hecho observar que cofrecillos con escenas del mismo tipo han sido encontrados en diversos países, muy alejados de los lugares en los que poseían sus dominios los Templarios. Se trata, por lo tanto, de cajitas de ungüentos.

jano, las perfeccionó. Es del tiempo de éste que data el nombre de *teriaca* que sugiere la raíz griega *ther*, fiera, que indica mordeduras venenosas.

Antes de la victoria de Pompeyo nadie había sido tratado con este medicamento. Muchas personas conocían la reputación de Mitridates en materia de inmunidad frente a los venenos y denominaban el medicamento "Mitridate". Otro médico griego, Nicandro de Colofón, en el siglo II (era cristiana), había denominado *teriaca* a todos los medicamentos empíricos empleados hasta entonces, y se aplicó a fabricar el suyo, que consistía en extractos de órganos (corazón, hígado, cerebro, sangre), de animales semejantes a los que habían picado o mordido a los hombres. Fue un precursor de la *opoterapia*, Galien, el ilustre médico de Bordeaux, también en el siglo II, quien retomó la antigua fórmula de la *teriaca* y la redujo a cuarenta y dos elementos: licuó seis sustancias en vino, deshizo todas las hierbas y granos en el mortero, hizo cocer cuatro ingredientes a fuego suave, mezcló, dejó fermentar dos meses y reposar cuatro. El producto sólo llegó a ser perfecto después de meses de preparaciones, cosa que, unido al reposo, volvía la fabricación muy penosa y costosa.

Los detalles precedentes no están fuera de lugar: explican los bajos relieves del cofrecito de Essarois. Es sorprendente que nadie haya percibido antes que nosotros esta correspondencia y esta antigüedad. Más aún: los trajes de los personajes principales, y nadie ha reparado en ello, presentan particularidades que permiten clasificarlos sin vacilación como pertenecientes a la antigüedad. Es evidente que las ropas de la Edad Media y las de los primeros siglos no se confunden entre sí.

He aquí una pretendida escena de bestialidad: un hombre, sostenido por otros dos, está sentado sobre un brasero de ladrillos. Parece a punto de desfallecer. Un sacrificador trae una gacela que han inmolado y cuyas entrañas han sido consultadas; dos victimarios sacan el hígado y el corazón a un oso, y reciben su sangre. En medio de esto un arúspice vigila el estado del hombre sentado sobre el brasero. Su fisonomía está preocupada. Las figuras están muy bien cinceladas y es posible percibir las expresiones psicológicas de los actores. El arúspice se apoya sobre un bastón, cuyo mango es una calavera. La escena se desarrolla a uno de los lados.

En el otro, distinguimos en uno de los ángulos una especie de término, esto es, una estatua sin brazos, con barba, senos de mujer y un sexo visible, sin exageración.¹¹ Dos personajes parecen adorarlo. Una mujer vestida se mantiene de pie tras ellos y se entrega a libaciones. Uno de los hombres parece temer que el líquido de las libaciones manche sus ropas. En el resto del panel se ve al hombre doliente marchando penosamente y apoyado en un arúspice que no parece ser el del costado ya descrito; siguen un cortejo que se dirige hacia un personaje vestido con un largo ropaje oriental. En el cortejo alguien señala a un criado de rodillas, que lleva en la cabeza una bandeja con tres vasos. Un caballero ilumina la escena con una antorcha, pero su cabalgadura es un *carnero*.

En uno de los lados pequeños, el mismo hombre está sentado, acompañado, y parece esperar que cinco galletas redondas, o panes, terminen de cocerse. Está vestido con una toga a medio cuerpo, como llevaban los filósofos y los sabios griegos, y uno de sus criados vigila el brebaje. A su lado se ve un hombre atlético, apoyado en el cuello de un *toro*.

En el otro lado hay un guerrero con coraza, parece romano y recibe una corona de manos de una Victoria alada, mientras un campesino desnudo se apoya en un cayado y parece ofrecer un hacha. Hay dos niños, que el guerrero lleva de la mano, uno montado sobre un *cocodrilo*.

Nuestro colaborador desaparecido y nosotros, interpretamos como sigue: el hombre en cuclillas sobre el brasero a punto de desmayarse y ayudado por los otros dos es un enfermo, probablemente mordido por un animal venenoso, y los sacrificadores traen lo necesario para confeccionar la *teriaca*. El arúspice del medio es un médico que controla la preparación y el efecto de la fumigación sobre el paciente, lo que explica su aire preocupado. Su profesión está indicada por la calavera que forma el mango de su bastón.

La estatua del ídolo sin brazos es un genio del panteón gnóstico reverenciado en la secta a la que pertenecía el médico. La actitud de los orantes da una nota algo cómica sobre el tema

¹¹ Este término andrógino prueba que existían esculturas de este tipo en el mundo latino de la época baja, quizás como símbolos agrarios.

representado. En cuanto al cortejo que se dirige hacia el rey asiático, se trata de un homenaje a Mitridates, inventor de la teriaca. El servidor de los tres vasos simboliza los tres grupos de ingredientes del remedio.

Continuando con los costados menores encontramos: el enfermo siempre débil, acompañado por su médico espera que los *Troshicos* estén cocidos (la palabra *troshico* quiere decir rodaja en griego), éstos tienen forma redonda, como los panes. El sabio griego que vigila la cocción es Andrómaco, inventor de esos *troshicos*, especie de comprimidos que son un perfeccionamiento de la primera medicina mitridática. Los dos animales, *Carnero* y *Toro*, designan dos meses, duración de la preparación del remedio, que, según Galien, es de seis meses.

El sentido de la segunda pequeña cara es el siguiente: triunfo de *Encius Pompeo* honrado por la "Corona áurea" de la Victoria, acompañado por sus hijos o los hijos de sus parientes. Si uno cabalga un cocodrilo, esto significa, sin duda, que se trata de *The-riaco*, palabra que deriva del griego "Ther", bestia salvaje.

Quizá este análisis sólo sea aproximado, pero la naturaleza de lo que está representado en el cofre y los trajes arcaicos de los personajes vuelven la cosa extremadamente plausible. Nada, ni siquiera la adoración del andrógino, podría vincularse a una supuesta iniciación templaria, ya que este detalle cómico se explica por el hecho de que el médico para quien fue cincelado el cofre pertenecía a una de las numerosas sectas gnósticas de los primeros siglos.

El cofre de *Volterra* es también muy significativo desde otro punto de vista. Reproduce una escena de preparación farmacéutica, y nuevamente tenemos que vérsola con una caja de médico tan antigua o casi tan antigua como la primera. Nuevamente nada que pueda vincularse al Temple. Sin embargo se ha querido ver aquí escenas de iniciación, la adoración del Becerro de Oro, diversas pruebas. Los vestidos de los personajes, la coraza, la túnica y la desnudez de otros, indican una época anterior en aproximadamente un milenio a la fundación de la Orden militar cristiana, lo que destruye definitivamente la tesis de admisión de los caballeros a los misterios paganos, o no importa a qué misterios.

Una de las grandes fases presenta la escena farmacéutica con

precisión suficiente y con un simbolismo muy rico. Un hombre vuelca y mezcla en un vaso diversas sustancias, en cantidad de seis, si prestamos atención a la cuenta que hace con los dedos un segundo personaje. Otro, a horcajadas en un *Carnero* (marzo-abril), deshace en un mortero las hierbas que desbordan ese recipiente. Dos hacen calentar un matraz en un horno: uno extiende cuatro dedos, lo que significa cuatro sustancias. En el centro un personaje de pie, Laënus según nosotros, se tapa una oreja con la mano, mientras señala una especie de cuadro que seguramente estaba vacío de inscripciones en tiempo de los romanos. Los orientales, mucho tiempo después de la fabricación del cofre, han escrito en caracteres arábigos muy hermosos:

*Sennha nar nahana betshla ma
mussa kan munnadi.*

Su ley de Fuego nos prohíbe develar el alcance de nuestro aviso.

Esta inscripción sobreañadida comprende también la palabra *nar*, fuego, que evitan los musulmanes. Es verdad que podríamos encontrarla en los textos científicos de los árabes ortodoxos en su sentido de elemento, el contexto que aquí vemos excluye este uso: hay alusión a cierto culto ígneo de pequeña religión del Cercano Oriente, o de secta gnóstica.

El gran lado opuesto parece representar la adoración al Becerro de Oro, cuando se mira superficialmente. Al estudiar con cierta atención al animal percibimos que también puede tratarse de un *Toro*. Su presencia en el bajo relieve se une a la del *Carnero* y corrobora nuestra opinión de que el artista ha buscado simbolizar la duración de dos meses. Recordamos que los dos meses de preparación de la teriaca en el primer cofre estaban indicados por los mismos animales, símbolo de los signos del zodiaco que presiden marzo-abril y abril-mayo, que se siguen. Estos meses, entre los antiguos, eran considerados favorables para las preparaciones farmacéuticas y químicas. La duración total de seis meses también existe en la tradición. En uno y otro caso, se trata del mismo tema. Vemos de inmediato que uno de los preparadores, precediendo a la cocción, tiene junto a él un gran recipiente y muestra cuatro de sus dedos. Junto a los dos signos

zodiacales esto representa justamente los seis meses de operaciones. Detrás de él, el caballero del mortero, esta vez a pie, tiene una corona que simboliza la terminación y el éxito del trabajo. Detalle curioso: del otro lado del Toro un segundo preparador señala el animal con el índice de una mano y tiene la otra levantada, con los dedos separados, marcando así el número seis. Muy cerca de él hay una cruz con las ramas en forma de paleta, lo que en otra parte representaría el símbolo cuaternario general, pero que aquí podría representar las cuatro estaciones, o sea un año. Si se admite la posibilidad de numeración, se obtienen seis años y seis meses (indicados por los seis dedos y los dos animales) para el conjunto de la preparaciones, lo que concuerda con las prescripciones de Galien. Al final del panel Laënus tiene un rollo de pergamino, desplegado, sin inscripciones, recordando que es él quien descubrió la fórmula y designa con la mano libre la cruz anseática egipcia. Los lados pequeños reproducen el lavado e incineración del cadáver de un hombre que ha llegado demasiado tarde para ser curado.

Muchas conclusiones pueden extraerse de la descripción precedente: los cofres o cajas de ungüentos dan datos sobre las etapas de preparaciones antiguas de remedios muy raros; los vestidos de los personajes son romanos de los primeros siglos o griegos, en uno de ellos; el trabajo del orfebre parece muy anterior a un trabajo medieval: los signos gnósticos poco numerosos permiten atribuir estos objetos a adeptos de alguna forma heterodoxa; finalmente las inscripciones árabes han sido añadidas y no tienen relación de sentido con las escenas representadas.

Sabemos que se ha pretendido descifrar en el cofre de Volterra una sesión de alquimia. Para esto sería necesario colmar muchas lagunas, explicar personajes que contradicen toda la iconografía conocida, y que no presentan los aspectos simbólicos de los actores de las operaciones espagíricas. Tampoco hay jerglíficos similares a los de los tratados que reproducen. Los que juzgamos susceptibles de poder ser designados están aislados y han sido usados por fraternidades cerradas y por sectas filosófico-religiosas de las que formaban parte los gnósticos. Por lo tanto no son exclusivamente alquimistas.

Estos objetos no sirven para acusar a los Templarios de inmoralidad, de paganismo, de afiliación a sociedades secretas.

El cofre de Volterra no tiene tapa, el de Essarois tiene una, añadida a la caja, que carecía de tapa antiguamente.

A causa del tema, cuya intención puede ser interpretada por la alquimia, y de la inscripción árabe añadida, y que es aparentemente gnóstica o heterodoxa oriental, debemos añadir algunas palabras. La tapa, al igual que el resto, no proporciona elementos a la tesis hostil a los Templarios.

La Gnosis presenta toda clase de variedades y se la invoca siempre como inspiradora de herejías. Esto es posible, en medios que no sean los del Temple. Sólo algunos símbolos equívocos por el empleo generalizado que se ha hecho de ellos en las riberas del Mediterráneo y familiares a los artesanos y obreros, han podido encontrarse en los *graffiti* del castillo de Chinon. Los analizaremos al estudiar los vínculos de los Templarios con los constructores y operarios.

La Gnosis propiamente dicha era tanto oriental como occidental, y reunía enseñanzas y creencias de las viejas civilizaciones semíticas de Caldea y Judea y del antiguo Egipto, de Persia y de la Grecia pitagórica y eleusiana. Finalmente se infiltró en los medios cristianos y musulmanes, dando nacimiento a herejías en las dos religiones, y a pequeñas sectas derivadas del islamismo, como la de los Drusos, los Nosairis, los Anasarianos y los Ismaelitas.

El mundo, para los gnósticos, sean cuales fueren, no es únicamente obra de Dios absoluto, incomprendible a nuestra razón, sino una producción de diversas fuerzas, personificadas o no, que emanan del Un. Si el mundo no es perfecto es porque esas fuerzas, entre las cuales la más creadora es la del Demiurgo, son imperfectas en tanto que emanaciones del Ser, único perfecto, que es el Dios invisible.

Es a esas fuerzas que se dirigen con frecuencia los cultos de las sectas gnósticas y el Fuego desempeña en ellas un papel importante, efectivo o simbólico. Por otra parte, una de sus enseñanzas es la del hermadroditismo primitivo, universal y afirmado en el hombre por la existencia de Adán antes del nacimiento de Eva. Esta creencia en el androginismo previo a la separación de los sexos se encuentra desarrollada en el Zohar y muchos otros libros de la Qabbala judía, que es uno de los componentes del gnosticismo. Además hay un androginismo simbólico en

la alquimia para designar la fusión entre dos cosas, el famoso *Re-Bis*.

La tapa de Essarois muestra un hermafrodita caracterizado por la barba, los senos y el sexo femenino, vestido con un manto corto o capuchón, como llevaban los romanos en los viajes, tanto hombres como mujeres, lo que es perfectamente apropiado para un hermafrodita. Sobre la cabeza lleva una corona con tres motivos de torres. En las manos tiene dos astas que terminan, a la izquierda, en un sol con cara humana; a la derecha en una media luna con perfil humano. Los dos astros están dados vuelta, con la boca hacia arriba, la frente hacia abajo. A los pies del personaje monstruoso hay una calavera adornada a la izquierda por una estrella de siete puntas, formadas por siete losanges pegados, a la derecha de un pentagrama. Al costado se distingue una inscripción árabe con puntos diacríticos, bien escrita, exceptuando algunas letras, bastante raras. Ciertas particularidades demuestran su independencia de las escenas del cofre, y también que no fue copiada por un musulmán. (La inscripción no ha sido hecha de derecha a izquierda, sino de izquierda a derecha; está mal equilibrada, hay palabras cortadas al final de una frase y que se continúan en la otra). Los expertos orientalistas y nosotros, hemos descifrado:

Fase de abajo: *Hatunatna* (nuestra reina).

Fase de la derecha: *hud Melchar nar mussa ben Hind teghli nez* (él, Melchar, luz, inmensa, hijo de Hind y aparecido en...).

Fase de arriba: *lu el Ila Sidna* (proveniente de la parte de Dios Nuestro Señor).

Fase de la izquierda: *nestena Melchratna na hatum* (esperamos a nuestra Melchra, nuestra reina).

Notemos dos nombres, el uno masculino, *Melchar*, el otro femenino, regular del primero, *Melchra*, lo que se explica por el carácter andrógino del sujeto, al que se puede atribuir, si se desea, el nombre de los dos. *Hind* es un nombre de mujer antiislámico, muy usado entre los mediterráneos orientales, como vemos en los poetas que preceden a la Égira. De todos modos aún se usa en Siria y Palestina, aunque raramente, según nos dicen viejos militares que han vivido largo tiempo en Levante. *Sidna*, Nuestro Señor, no parece tener aire musulmán, ya que nunca

es mencionado por los seguidores del Corán. *Na hatuna* por *hatuna* es una forma frecuente en la poesía antiislámica.

Por los motivos precedentes la inscripción no es musulmana, y también por otros más: imposibilidad de aplicarla a las imágenes talladas, uso del término "*Nar*", nefasto, alusión, por ejemplo, a una reina.

Nada permite suponer que el cofre perteneció a los Templarios. Por otra parte, de ser cierto, podría haber formado parte de los objetos curiosos coleccionados por ellos en Oriente. Pero no hay nada de esto. La tapa parece gnóstica si nos atenemos a la inscripción, inspirada por una secta heterodoxa del mismo tipo.

Podríamos detenernos ante esta opinión si la inscripción, que no es de la misma época que el cofre, correspondiera al andrógino de la tapa. Pero hay independencia de factura: el cofre, la figura de la tapa y la inscripción han sido cinceladas por tres artesanos distintos. Si la inscripción parece adecuarse a la imagen bisexuada es porque las fases de la tapa que fueron primitivamente lisas, han sido cubiertas posteriormente bajo la inspiración de alguien que sólo vio un sentido gnóstico en el tema. Para nosotros, es alquímico o hermético.

El *Sol* simboliza el *Oro*, la *Luna*, la *Plata*, el andrógino la Fusión. Para pegar juntos el oro y la plata hay que disolver y fundir: *Corpora non agent sine soluta*, dice el adagio, y hay que añadir: unir los metales por el calor. Los dos planetas vueltos el uno hacia el otro indican también la conjunción de los planetas afirmada por el andrógino. La corona ornada de torres es el horno del alquimista. El manto con capuchón, es la cubierta del capitel por el fundidor. La calavera es el crisol en materia fosforescente o polvo de huesos. Da quizá, por la suma de sus cavidades que es de 46 partes, la correspondencia con el 21 de la plata y el 25 del oro, y repite los mismos números incluidos en los veintiún ángulos de la estrella de siete puntas y los 25 del pentagrama vaciado. La calavera, según un corresponsal lector de tratados espagíricos, indicaría el aspecto cristalino del cuerpo obtenido por la fusión.

Sin presumir descubrir otros significados, el carácter gnóstico del cofre tampoco es indiscutible y la inscripción significaría solamente que alguno de los propietarios sucesivos del cofre des-

de su descubrimiento, creyó poder explicar así el hermafrodita cincelado.

Talismanes limitados fueron en cualquier caso los pretendidos Bafomets, ídolos de Viena, según Hammer. Cajas de ungüentos muy antiguas utilizadas por los médicos mucho antes de la Edad Media, los cofres de Essarois y Volterra, tampoco tienen ninguna vinculación con los Templarios.

En cuanto a las cabezas que muchos testimonios recogidos en el proceso afirman haber sido presentadas a los caballeros los días de procesión y de fiestas, eran unos "jefes", es decir, relicarios, por otra parte normales en una comunidad religiosa.

No hubo idolatría templaria, ninguna huella de contactos culpables con los sarracenos, por cierto más enemigos que la Milicia de Cristo a cualquier imagen susceptible de ser adorada.

El asunto ya no ofrece misterio, lo hemos estudiado en los documentos que se suponían pruebas irrefutables para demostrar un poco extensamente quizás la naturaleza extraña de las pruebas que, por lo tanto, quedan fuera de debate.

Ante la persistencia de los prejuicios, esto no es inútil.

VIII

POLÍTICA Y SINARQUIA

"Los Templarios (escribe *John Charpentier*) que sólo estaban instruidos *oralmente*, no dejaron jamás que saliera a luz ninguna de las verdades que sostenían. Sólo propagaron ideas de carácter social y político basadas en la solidaridad, el compañerismo..."¹

Estamos enteramente de acuerdo con él, ya que las únicas concepciones que exteriorizó la Orden son sociales y políticas. Todo el resto ha quedado en secreto, nunca fue revelado.

Pero no debemos, sea cual sea la admiración que nos inspiren los caballeros, ver en su sistema una creación absolutamente original. Tuvieron ilustres antecesores espirituales entre los cristianos surgidos del agustinismo y entre los franciscanos a la vez ortodoxos y audaces, que encontramos a cada paso en la España mediterránea.

Estos, como los Templarios, intrigaron a los hombres de su tiempo por sus planes de organización gubernamental y su visión profética sobre el porvenir del Mundo, renovado por la armonía y la Paz. Sus tratados llevan nombres significativos: "Lo que debe ser la República, lo que debe ser el Príncipe". Sin duda los religiosos habían disertado en latín sobre estos temas, continuando el gran pensamiento de San Agustín y su Ciudad de Dios. Lullo, Dante, escribieron y enseñaron para todos en lengua

¹ J. Charpentier: *L'Ordre des Templiers*, p. 197.

vulgar, y el primero intentó hacer penetrar sus ideas en la corte de los reyes y hasta en los concilios. No se les puede negar la condición de hombres de acción, aunque sus grandes designios no podían alcanzar siquiera un principio de ejecución, ya que ellos eran los únicos en defender esta concepción y no tenían los medios materiales para realizarla. Por el contrario los Templarios, ricos y bien armados, disponiendo de gran número de protegidos, obreros manuales y agrícolas, así como de servidores al abrigo de recintos fortificados, podían preparar la obra de cooperación y determinar ellos mismos las reformas sociales de seguridad colectiva, de asistencia, de bienestar de todas las clases, sin que los molestaran las guerras en los estados circundantes y los cambios de soberanos.

El Federalismo no era todavía posible, pero ellos lo volvieron inevitable. Queridos, escuchados por sus hermanos y súbditos, a los que aseguraban condiciones de existencia superiores a las de las poblaciones sometidas a los príncipes y los señores, demostraban definitivamente a los humildes los beneficios de la solidaridad social, por encima de las fronteras aisladoras de los reinos y de las provincias, lección que iba a servir luego de guía segura.

¿No es acaso gracias a sus enseñanzas, a su aliento desinteresado que las corporaciones y los gildes pudieron fijar sus reglas profesionales y administrativas, la jerarquía de sus adherentes, la división razonada del trabajo, y formular sin violencia la naturaleza de sus libertades?

Creemos que el ejemplo de concejos elegidos para regir los asuntos de los burgos en el seno de las comanderías sirvió a los notables burgueses y artesanos en las ciudades de todos los países, para el ordenamiento equilibrado de la vida municipal y, especialmente en Francia, llevó a la emancipación relativa de las comunas.

Una vez regeneradas, esas comunidades locales debían integrarse normalmente a la Federación nacional, como células sanas de un cuerpo robusto. La disolución de la Orden demoró la llegada del cooperativismo generalizado, pero la idea no se perdió. Transmitida fielmente de siglo en siglo, muchas veces estuvo a punto de triunfar, por lo menos parcialmente.

Los tiempos tan pacientemente esperados están quizás próxi-

mos, y la solidaridad económica y política templaria será adoptada por todos los europeos, a la espera que los pueblos de África del Norte y del Asia Menor imiten su ejemplo.

Sabemos que, mediante la institución de nuevos métodos bancarios, los caballeros permitieron al comercio internacional efectuar operaciones de gran envergadura, facilitando las relaciones lejanas, y, por consiguiente, las alianzas y las amistades económicas. No aceptamos la objeción que esto haya sido en detrimento de la producción nacional. Los Templarios, aunque se atribuya a otros el mérito de haber logrado el sistema de equilibrio entre las importaciones, la utilización racional de los recursos locales o regionales y la exportación de lo que restaba, habían generalizado esto gracias a sus poderosos recursos.

Al secreto monetario, exclusivamente explotado por ellos, se añadía una industria rudimentaria por falta de máquinas, que fue sólo posible en los tiempos modernos gracias a los progresos científicos, sabiamente utilizados. Justamente, por falta de maquinarias, no pudieron tener como nosotros usinas y fábricas, pero, en caso de haber tenido esta facultad, se hubieran guardado bien de amontonar trabajadores manuales en recintos gigantescos y en ciudades obreras. Por el contrario, eran partidarios de los talleres familiares, de las aldeas poco alejadas las unas de las otras, si las materias primas y las fuerzas motrices hidráulicas lo exigían, sobre todo en esas épocas.

La finalidad de la economía no estaba en el dinero por sí mismo, sino en la satisfacción de las necesidades normales, en el bienestar, no de algunos favorecidos de la fortuna, sino de todos. Pensaban poco en el lujo; tal vez nos parezcan un poco macizos y pesados los objetos que fabricaban sus obreros, y que han sido encontrados en sus dependencias. Pero al menos estaban fabricados a conciencia, eran bien adecuados a su uso y proporcionados.

Los autores de obras sobre la compañería reconocerán de buena gana que los Templarios cooperaron en la organización de los oficios, y en la enseñanza de la geometría de las artes de la construcción junto a los continuadores de las sociedades de artesanos y obreros romanos, y probablemente también —punto sobre el que insistiremos muy pronto— cooperaron con los ope-

rativos del Cercano Oriente que trajeron consigo o emplearon inteligentemente en Palestina.

Es comprensible que habituados a la división de las funciones y tareas en el seno de la Orden, hayan reforzado la que ya existía en los oficios: la jerarquía de las competencias y habilidades técnicas, donde se aplicaron a crear una moral profesional y una solidaridad que actuaba entre los trabajadores, dando así un bienhechor impulso a la industria.

Asegurar la paz para los que producen, animar el perfeccionamiento y la iniciativa, primeramente entre ellos, y después en el exterior, entre sus clientes y corresponsales, no son por cierto los menores beneficios que dispensaron los Templarios al mundo del trabajo. Éste no lo ha olvidado jamás, y hoy como antes rinde homenaje a la memoria de los caballeros generosos y de su gran maestro mártir, Jacques de Molay, en las ceremonias y en las leyendas transmitidas de compañeros a compañeros.

El comercio de la Edad Media, antepasado del actual, no les debe menos. Son ellos quienes retomaron con sabiduría y sagacidad la vieja institución druídica de la federación de los puertos, limitados antes de ellos a la explotación de la pesca y al transporte de mercaderías raras, sobre todos de metales, como el cobre o el estaño, que no se extraía por cierto en todas partes. Crearon la *hansa*, compendio de actividades múltiples, en cuyo espéculo ^{8º} se engloba lo que la posteridad debía hacer a sus sectarios.

En los comienzos, estas hansas conocieron la concordia y la conciliación de intereses: eran unas ligas destinadas a extender el comercio y asegurar su libertad, y la prueba de que los Templarios fueron a la vez instigadores y reguladores de ellas nos ha sido proporcionada por las envidias y las querellas intestinas entre los puertos o ciudades industriales después de la desaparición de la Orden.

Se ha establecido un paralelo entre la hansa y la caballería: pero no es acaso un punto de gloria para el Temple el haber sabido adaptar sus principios y sus virtudes militares a la circulación de las riquezas? Las convenciones de fijación de precios recíprocos, del costo del transporte de las mercaderías y el costo de los peajes en Francia, Italia, Flandes y Alemania, fueron es-

tablecidos de acuerdo con el modelo de lo ordenado por los caballeros en sus propias transacciones.

Sus adversarios, para quitarles el mérito, atribuyen el auge del comercio internacional al descubrimiento, por parte de navegantes portugueses, del Cabo de Buena Esperanza, que permitió establecer relaciones con el Oriente. Pero, ¿olvidan acaso que los Templarios que escaparon a la persecución fueron recibidos en Lusitania, donde se constituyeron en Orden de Cristo, y aportaron sus experiencias marítimas y comerciales a las expediciones portuguesas?

V. E. Michelet les atribuye la transformación, bajo San Luis, de la *hansa de París* en municipalidad, con las libertades y administraciones fundamentales que ésta desarrolló. Su espíritu práctico se ejercía, añade, en el sentido de *función mesiánica*. Serían ellos quienes instituyeron los *Estados Generales*, que, regularmente convocados, hubieran evitado a Francia experiencias desastrosas. Dueños de la finanza y del comercio y no para sí mismos, suscitaron así la rebeldía de sus esclavos, e intentaron dirigir sus esfuerzos hacia el bien común, dice el mismo autor, porque eran autoridad espiritual, dueña de la gleba.²

Más notable aún fue su grandioso plan de construcción de la Ciudad de Dios sobre la Tierra, donde una modalidad capital era "el encastramiento jerárquico para la paz y la prosperidad" de los tres grupos humanos que esperaban mantener en reconciliación definitiva y en cooperación: cristianos, musulmanes y judíos.³

Esto explica su neutralidad aparente en bastantes conflictos entre señores y reyes. Sin duda en Occidente, al terminar su papel de guardianes de la Tierra Santa visible, debieron, para la buena marcha de sus especulaciones y de sus negocios, evitar que pareciera que tomaban partido. El misterio de su actitud por encima de las discordias, se descubre cuando se considera su misión de edificar el Templo de la Humanidad regenerada. Las querellas intestinas preparaban el terreno en el que las naciones, tras la eliminación de elementos egoístas y factores de desequilibrio, podrían, sin abandonar sus originalidades regionales, unir-

² V.-E. Michelet: *Le Secret de la Chevalerie*, París, Bosse, 1928.

³ V.-E. Michelet, *id.*

se para hacer germinar y madurar la cosecha común de los bienes materiales al servicio del Espíritu.

Reemplazar el odio por la solidaridad era algo que no podía lograrse por medio de la brusca intervención armada de los Templarios en todos los países simultáneamente; debían esperar el momento favorable, preparar las diversas tendencias de los nobles enjuiciados, de los burgueses, los artesanos, los campesinos, convergir hacia unidades nacionales con el mismo ideal y, en seguida, dirigirlos hacia la Federación internacional.

En este sentido diversos observadores por encima de la Historia, como V. E. Michelet y, antes que él, el esoterista San Ives d'Alveydre, discípulo de Fabre d'Olivet, han sospechado que los caballeros fueron los inspiradores de los Estados Generales de tipo análogo, regularmente reunidos y compuestos por delegados elegidos en todas las categorías sociales, representantes de todos los intereses legítimos y encargados de esclarecer a los príncipes y de contener sus poderes. La creación de impuestos necesarios pero soportables, la vigilancia del empleo del dinero contante, la invariabilidad de la moneda, la leva de un ejército de defensa en cada país, la prohibición de guerras locales entre nobres, la regularidad de la justicia, el respeto de la libertad y de la vida, que no siempre los Estados Generales pudieron instituir sólidamente, son concepciones templarias, y también el fruto de la experiencia de cada uno de los grupos representados. Tenemos derecho a pensar que, tras haberlo realizado en sus dominios, los hermanos del Temple supieron aconsejar su aplicación conforme a sus reglas y sus métodos.

Tanta gente de todos los medios eran clientes suyos o les debían favores, que la penetración de su influencia no tiene nada de sorprendente. Su éxito y su prestigio daban a sus sugerencias una fuerza persuasiva extraordinaria.

Se tiene la costumbre, en los siglos XIX y XX, de atribuir a causas naturales, principalmente a la evolución de lo simple a lo complejo, el desarrollo de las instituciones primitivas, por así decirlo de manera instintiva. Se cree haberlo explicado todo, como por ejemplo, el gran Auguste Comte, al decir que las sociedades pasan por tres estadios sucesivos: teológico, metafísico y positivo; otras veces se analiza la progresión de los clanes hasta

convertirse en reinos y en imperios, la densidad creciente de la población y, en fin, la división del trabajo social.

Los grandes principios de *Tarde* siguen siendo verdaderos: ni las sociedades ni sus subdivisiones progresan por sí mismas. Los inventores o los jefes no pueden ser seguidos por no importa qué hombre. Es necesario que en el medio exista ya la actitud para una mejora, aspiraciones a sobrepasar el estadio en que la sociedad se encuentra, para poder seguir o escuchar a los innovadores o reformadores. *San Pablo* fue un santo de genio, que supo generalizar prácticamente la doctrina cristiana y volverla aceptable a temperamentos étnicos muy diferentes, pero nunca hubiera cristianizado a los gentiles si éstos, desdichados, desilusionados, ávidos de consuelo y fraternidad, no hubieran tendido los brazos hacia una cosa mejor.

El mundo occidental, oprimido por presidentes de comunidades o de Estados, hombres impulsivos, caprichosos, inclinados a considerar a sus semejantes como a su servicio, que se habían arrogado todos los derechos, sin cumplir con ningún deber hacia sus administrados o sus súbditos, tenía necesidad de guías, de instructores para liberarse de los abusos. Sería exagerado ver en los Templarios a los únicos pastores de los pueblos medievales; sería no menos injusto no reconocer su intervención, discreta, pero fecunda.

John Charpentier ha sentido muy bien que los Templarios ponían en práctica una síntesis de nociones aprobadas por la experiencia de los hombres en todos los terrenos, y "las utilizaban para los fines de un imperialismo, por otra parte, desinteresado".⁴

Charpentier proporciona, en su libro, opiniones que con frecuencia concuerdan con la nuestra: "La idea de la constitución de un imperio que comprendiera a toda la humanidad civilizada es un sueño muy antiguo y, en la práctica, ha sido necesario reducirlo a proporciones más modestas. Los Templarios estaban informados de las reformas de los Fatimistas del Cairo, que preconizaban la posibilidad de un universalismo pacifista, renovación del preconizado por el faraón Amenofis IV. Los Fatimistas, en el Islam, tomaron por otra parte los conceptos de los grandes

⁴ John Charpentier, loc. cit., p. 206.

cristianos, pero, desdichadamente, debieron padecer la locura de algunos sultanes, como Hakim.

Los romanos, que se apoyaban exclusivamente en la fuerza, sólo pudieron mantener la unidad durante cuatro siglos, fueron desbordados por los ciudadanos que habían cometido la imprudencia de dejar afluir de las provincias asiáticas y que llegaron incluso a proporcionar emperadores, gente insuficientemente penetrada de la armonía greco-latina, y que fueron factores de desorden y de fantasías criminales.

Correspondió al cristianismo, religión y cultura universal, re-tomar aquella concepción grandiosa, basándose esta vez en el Amor, y la Solidaridad de las almas, y no únicamente en la Gleba. Recordemos las tentativas de esos grandes pensadores, importantes por la influencia que ejercieron sobre la imaginación, las ideas fuerzas que actuaron sobre hombres generosos y activos, únicos capaces de persuadir de su oportunidad a todas las clases sociales y, en especial, a los más desheredados. Desde San Agustín hasta Raimundo Lullo y Dante Alighieri, la instauración de la República cristiana, o un estado de paz duradera, estaba destinada a reemplazar al fin la discordia entre los conductores temporales de los pueblos, volviendo así imposibles las masacres, los pillajes incesantes, que eran de una frecuencia increíble después de la caída de Roma, de los administradores sabios y mantenedores del derecho.

El error de los unitarios mal preparados en la práctica fue el mismo de los promotores de nuestra Sociedad de las Naciones. Confiaron en la razón de los jefes, que debían estar instruidos, para ejemplo de todas las edades, sobre la inanidad de las guerras, inclusive las victoriosas, y sobre la realidad de los males que éstas ocasionan, de los cuales los vencedores son finalmente víctimas, como los vencidos. Apelaron a los sentimientos profundos de fraternidad, postulados por la enseñanza de las Escrituras. Pero no era bastante.

La Fuerza en el Espíritu no produce nada duradero; la Materia, si no está al servicio de una idea, no lleva más que al sometimiento de los hombres y a la destrucción de las cosas.

El Espíritu, sin una Fuerza a su disposición que obligue a los enemigos de la Paz a respetarla e impedir que los egoístas usen para provecho propio la actividad económica normal, des-

tinada a la satisfacción legítima de las necesidades de todos, es impotente para realizar el bien general, para hacer subir al hombre.

Los Templarios, como los organizadores de la ONU, vieron la necesidad de una policía internacional, destinada a obligar a los agresores a deponer las armas, a prevenir los conflictos y a mantener el orden entre las naciones. Los sobrepasaron en audacia y, en lugar de soñar solamente en federar los Estados de Europa, trabajaron, dentro de lo que les permitían sus poderes, en suprimir la herencia de las monarquías, haciendo penetrar en los medios populares la convicción de que sólo se defienden los derechos por medio de concejos elegidos en todos los niveles. Es, nunca lo repetiremos bastante, curioso que los esfuerzos intentados hasta ahora para obtener el gran resultado hayan sido quebrados casi siempre violentamente.

Las consideraciones a las que nos entregamos, al mostrarnos defensores de la cooperación de los pueblos, no surgen de ninguna doctrina política partidaria, no obedecen a ninguna orden. Nos parece simplemente que los males que abruman a la humanidad entera, provienen de la desobediencia a la Gran Ley de la Unidad. Si por un lado admiramos a *Raimundo Lullo*, y a los *Templarios* por otro, es porque ambos fueron nobles y desinteresados campeones de la Unidad.

La Sinarquía, que no es en modo alguno lo que los polemistas recientes designan con ese nombre, sino algo infinitamente superior y muy lejos de las veleidades contemporáneas, consiste precisamente en la Federación de Estados autónomos, bajo la dirección de dos grandes jefes supremos, uno espiritual, el Papa, el otro político, el Emperador, el *Imperator*.

El término aplicado a la cosa es de San Ives d'Alveydre, escritor bien alejado de nuestras mezquinas querellas bizantinas del siglo xx.⁶ La Sinarquía tradicional es voluntaria, hecha de sacrificios, nunca de intereses particulares ni impuesta por la fuerza.

Nadie debe reprochar a los caballeros preconizar la hegemonía apostólica, bajo el pretexto de que no es católico, ni el he-

⁶ San Ives d'Alveydre, *La France vraie*, obra donde se expone magistralmente el papel político y social de los Templarios, París, 1887.

cho de querer confiar a un imperator el mando temporal de los países y de los jefes autónomos federados. Poco importan las denominaciones si nos entendemos sobre los principios. Los Templarios sólo podían pensar en los Papas, que disfrutaban de mucha más autoridad que hoy en día, y quizás en la doble matriz espiritual del representante de San Juan y el de San Pedro, invisible el primero. En cuanto al emperador, era un título comúnmente empleado en la Edad Media, que reemplaza al de Presidente de los Estados Unidos de Europa, que usaríamos hoy en día, pero que nos ha parecido conveniente guardar aquí.

Conociendo el apoyo que siempre dieron los Templarios a la elección libre y a los concejos elegidos en todos los niveles, la sombra del despotismo y de la tiranía no amenaza empañar la belleza de su plan social.

Nunca manifestaron abiertamente su oposición al encastramiento de lo espiritual sobre lo temporal en los países europeos, aunque sin duda hubieran establecido la separación normal de los dos poderes si el peligro hubiera sido amenazador. Los Papas mismos confiaban lo temporal a los laicos, señal evidente de la imposibilidad de realizar las dos funciones. Que esta dualidad fue en el pensamiento de los Templarios exclusivamente de acción, es evidente. Esencialmente unitarios, la sometieron a la dependencia del "Señor de la Tierra, el que mantiene el equilibrio del Mundo, *Adonäi Tsedek*, el Amo único soberano de la Gran Paz", según la expresión de Basilde.⁶

Antes de los Templarios, Carlomagno había intentado constituir esta sociedad, aunque los pueblos no tenían aún bastante cohesión. También quiso comenzar por la pacificación de los países en camino de unirse: las comarcas germánicas, Francia, Italia, la España cristiana, frente a las incesantes incursiones de los bárbaros sajones, lombardos, hunos, ávaros y sarracenos de la Península Ibérica. Redujo el número de señorías independientes en el seno de las comarcas citadas, sometiéndolas a la autoridad imperial, único medio de impedir el estado de guerra perpetuo alentado por las rivalidades. Todos los pueblos vencidos obtuvieron los mismos derechos que los francos. La aristocracia, ce-

losa de sus antiguas prerrogativas, no aceptó en todas partes de buena gana la unificación regional y la obediencia a su soberanía. Carlomagno, por su ascendiente y su espíritu de justicia, supo hacer de los barones de todas esas provincias y marcas sus colaboradores. Durante las treguas acordadas a sus enemigos en los periodos de paz, se aseguró la preciosa ayuda de los aquitanios, lombardos, bretones, de los sirios más sabios, y aprovechó sus esclarecidos puntos de vista para organizar la administración, la legislación y la justicia, así como las finanzas (fundadas en los dones de los vasallos, las rentas de propiedades imperiales y las amendas judiciales) y el ejército. Fue él quien instituyó un verdadero servicio militar obligatorio para todos. Conocemos su obra escolar, la creación del sistema de instrucción primaria gratuita y universal, evidentemente confiada a clérigos, pero los clérigos eran prácticamente las únicas personas instruidas en esa época. Fue él quien desarrolló las escuelas superiores, destinadas a los clérigos, pero que fueron en suma embriones de las facultades de teología y de derecho, tan prósperas más adelante.

En todas las cosas Carlomagno asoció sus súbditos a sus reformas y a sus acciones, e hizo controlar en las diversas regiones de Europa, incluso en las más alejadas, la buena marcha de las instituciones, donde cada uno encontraba seguridad y protección.

El emperador de la barba florida no fue un general victorioso, ávido de gloria, que sacrificaba los pueblos a sus insaciables ambiciones. Sólo usó la fuerza para instaurar, en una Europa federada, bajo su sabia presidencia, "la forma de gobierno más perfecta que ha habido en Europa, permitiendo el desarrollo futuro de la admirable y mal conocida civilización franca".⁷

Durante su vida nadie intentó estorbar la obra de sinarquía tan inteligentemente comenzada. Después de su muerte se trabó para levantar a los hermanos contra los hermanos, a los padres contra los hijos, provocando así la dislocación de Europa y el retorno al sistema perimido de los reinos particulares. Bastaron menos de cien años para aniquilar la obra gigantesca

⁶ Basilde: *Le but social des Templiers*, número especial de *Voile d'Isis*, sobre la Orden de los Templarios.

⁷ Basilde: *Le but social des Templiers*, *Voile d'Isis*, número especial sobre los Templarios.

y retardar en varios siglos la realización de los Estados Unidos de Europa.

Hemos hecho un esquema de la tentativa de Carlomagno, porque no era superfluo hacerla. Anterior a la de los Templarios —que también estaba destinada al fracaso—, fue estropeada por la misma categoría de hombres: los que tienen interés en las divisiones, los nacionalismos estrechos. Fueron ellos quienes ayudaron a los sajones paganos, vencidos por el emperador, a hacer subir sus descendientes al trono de Francia y de Alemania. No es sorprendente ver que los prelados y Gerbert, que debía convertirse en Silvestre II, hicieran elegir a *Hugo Capeto*, que era de la familia de Saxe y fue aliado de ellos, como rey de Francia, en la asamblea de Senlis presidida por *Adalberon*, arzobispo de Reims, si recordamos el papel desempeñado por los arzobispos nacionalistas franceses y por Clemente V —que debían favores a Felipe el Hermoso— en la vergonzosa disolución de la Orden del Temple.

Poner a votación es la única manera de deslindar dos tendencias contrarias, pero incluso aquí es necesario que los sufragios sean libremente expresados, cosa que no sucedió ni en uno ni en otro caso, porque los prelados no supieron mantenerse por encima de las naciones y de los gobiernos y defender el Punto de Vista Universal, como católicos integrales.

La dispersión de Europa en estados particulares mantiene —si son enteramente independientes de un jefe único— un estado de guerra indefinida entre ellos. La Federación de Estados Unidos Europeos, con un solo presidente o imperator a la cabeza, pondría fin a las dicordias y rivalidades. Esto no significa que cada comarca no conserve su originalidad, sus costumbres, sus gustos, bajo la dirección de un jefe emanado de su territorio, pero todos los conductores regionales de pueblos deberían constantemente acordar la economía y la vida de su grupo nacional con los generales de la Federación, y considerarse terratenientes del Presidente Supremo. Y esto no es imposible, ya que la Confederación Helvética y los Estados Unidos siguen estos principios.

Los partidarios de la federación fueron obligados a ocultar la preparación de otras tentativas. Se refugiaron, de acuerdo con sus aptitudes, en las órdenes religiosas, las sociedades obreras o la

caballería. El plan sinárquico de los Templarios no es, por lo tanto, de invención de ellos, sino una renovación depurada, agrandada de la obra de Carlomagno, inspirada y desencadenada por los Maestros del Espíritu, los servidores de la Unidad.

Los amigos de los carolingios, enemigos de los capetianos, ¿traspasaron acaso a los Templarios —fortalecidos con tantos éxitos guerreros, bancarios y comerciales— la gendarmería internacional, única capaz de hacer respetar las tropas menos ordenadas y mal dirigidas de los príncipes belicosos en los grandes y los pequeños estados, y de vencer definitivamente, a la espera del brazo protector del imperio?

La experiencia sirvió a los caballeros, pero, ¿siguió siendo un apoyo en el momento del proceso? ¿Acaso tenía el Temple un candidato de otra familia, o no hubo acuerdo porque el papel confiado a los caballeros no fue bastante preponderante ni en el sentido de sus propios designios? Parece singular que teniendo tantos amigos entre el pueblo de París su encarcelamiento haya sido tan fácil. ¿Cómo es que los clientes y los corresponsales, las corporaciones, las órdenes religiosas vinculadas a ellos no refutaron las fábulas que circulaban y que sabían eran calumnias? La historia nos dice que las clases populares estaban, antes del asunto, muy indispuetas contra el rey y, sin embargo ellas, que sin los Templarios, lo hubieran hecho prisionero y probablemente depuesto o asesinado, dejaron que realizara su crimen. Las clases populares hubieran podido contener la fracción de pueblo arrastrada por Felipe y sus pérfidos consejeros y exigir la liberación de los Templarios.

Suponemos que el Gran Maestre no lo quiso, o que no se impartieron las órdenes necesarias. Y nadie podrá develar este misterio.

Dante, que parece bien informado sobre las ideas y los métodos de los Templarios, en su tratado político *De Monarchia*, expone opiniones precisas, resumiendo: imperio unificador de las monarquías bajo un soberano, electivo y no hereditario, como lo eran por otra parte los emperadores germánicos y los grandes maestros de la Orden, elegidos por asambleas de pares semejantes a sus Capítulos; aminoración de los intereses particulares,

causa de guerra entre reyes y países, para lograr una paz necesaria a la dicha de todos. Las aspiraciones a la libertad social se ven satisfechas en este sistema, al igual que la liberación general.

El poeta toscano expone también la tesis templaria de la independencia del soberano y del Papa, y entiende que el detentor del poder temporal no debe nunca tiranizar a sus súbditos. En tal caso, los electores tendrían el deber de deponerlo y elegir a otro.

Por encima del Emperador y del Pontífice una autoridad misteriosa (quizá el representante de Juan según los juanistas), ya que el gobierno político civil no estaría capacitado para inmiscuirse en las cosas espirituales, o el Papa para estorbar en lo temporal.

El plan del Temple estaba, por lo tanto, por encima de las religiones de Oriente y de Occidente, porque se trataba de una unión de federaciones, una europea y cristiana, la otra asiática musulmana.

El secreto no fue arrancado en las confesiones. Felipe sentía confusamente el peligro que hacía correr a la dinastía el poder de los Templarios, aunque no parece haber tenido la certeza. Sólo, ya lo hemos señalado, Guillaume de Nogaret y algunos legistas entrevieron una futura lucha entre las monarquías hereditarias y nacionalistas por una parte, y las electivas y federalistas por la otra, y estas últimas tenían grandes posibilidades de triunfo. Se utilizó la avaricia del rey y la cobardía de Clemente V para eliminar al poderoso adversario.

Basilide, Michelet y otros observan que la sinarquía estuvo a punto de triunfar cuando los *Guisa*, del linaje de Carlomagno, intentaron arrancar el trono a los degenerados Valois, con el apoyo de los clérigos, las corporaciones y los partidarios diversos de un gobierno susceptible de realizar el gran designio.

Enrique IV, más audaz que los *Guisa*, iba a retomar la cosa cuando también fue asesinado. Sus partidarios eran los mismos que defendieron a los carolingios, los que, después de las divisiones, acordaron su apoyo a los Templarios.

Los hombres generosos que reclaman hoy en día los Estados

Unidos de Europa y quieren que la ONU tenga una fuerza armada internacional a su disposición para castigar y detener al agresor, son, en consecuencia, los continuadores de los mártires del pasado.

Los hombres han perecido, la idea sigue viva, porque está de acuerdo con la Ley de Armonía Universal.

IX

CONTACTOS ISLÁMICOS Y GUARDIANES DEL TEMPLE

Una de las acusaciones más graves formuladas por los jueces en el proceso fue la de complacencia hacia los sarracenos, y se afirmó que los Templarios habían llegado a favorecer a éstos en detrimento de los cristianos. Guillaume de Nogaret fue el instigador. Si esta acusación hubiera sido fundada, los Templarios hubieran faltado a su vocación, a su razón de ser: combatir a los infieles y conservar la posesión de los Santos Lugares.

Probarlo era difícil y se insistió en los detalles susceptibles de destruir la reputación de piedad y de pureza de los caballeros ante la opinión pública. Se exageró la importancia de la frecuentación entre los caballeros y los musulmanes y la tolerancia que mostraban ante los cautivos, evitando molestarlos en el ejercicio de su religión, y permitiendo a los creyentes ir a orar en el lugar donde, según la tradición, el Profeta había descendido a las regiones infernales (*irra*), y luego subido al paraíso (*miradj*), en su viaje nocturno, así como visitar también los lugares santificados por los recuerdos de Abraham, padre de la raza. Transformar los ejemplos de una hábil política colonial en pactos con el enemigo, crimen tan aborrecido entonces como ahora, fue la tarea en la que triunfaron juristas e inquisidores.

Si vamos al fondo de las cosas vemos que los acusadores, muy poco competentes en materia de psicología oriental e ignorando todo acerca del Islam —como la mayoría de los europeos medievales—, no estaban obrando enteramente de mala fe, y

creían realmente en un acuerdo de intereses comunes entre sarracenos y Templarios. Lo hemos señalado en otra parte: los sentimientos delicados, la cortesía, las intenciones de concordia futura entre dos mundos, para beneficio de Occidente y de Oriente, se les escapaba, mientras las apariencias groseramente apreciadas alimentaban su odio.

No puede desconocerse el carácter singular de muchos hechos conocidos. Los Templarios tenían servidores musulmanes: obremos agrícolas o artesanos, tanto en sus plazas fuertes como en sus aldeas; sus dignatarios elegían secretarios intérpretes entre los sarracenos instruidos que vivían dentro de las murallas de sus comanderías; los orientales no formaban siempre batallones enteros, "vestidos a la turca", pero aparecían a título de auxiliares muy numerosos. Algunas originalidades, como la de llevar velo en las comarcas ardientes o desérticas, la costumbre de acostarse vestidos, con sus calzones, la de llevar lana contra el cuerpo, la de tener invierno y verano su manto blanco flotante que plegaban a la oriental, llamaron la atención a las imaginaciones prevenidas.

Un Gran Maestre habría rendido homenaje al sultán. Los Templarios armaban caballeros a los infieles, repetían los cruzados que volvían de Palestina.

Examinaremos estas interpretaciones sin valor, reservando para el fin el estudio de los contactos entre la Orden y el Islam y los elementos que han podido pasar ante los historiadores por concesiones sospechosas, o por pactos. Iremos más lejos: señalaremos métodos, disciplinas, cuadros, diversas costumbres prácticas tomadas a los árabes.

Salvo las sospechas de una coalición dañina a la cristiandad, cuya eliminación necesitaba un análisis atento, el resto es tan poco extraordinario como la adopción del traje árabe por nuestros oficiales africanos, o del "chech" o velo de muselina protector contra la arena del desierto, al igual que todo el atuendo musulmán, comprendida la *chechia*, de nuestros Padres Blancos.

Los caballeros utilizaron sabiamente a los "tordjans" indígenas para poder escribirse con los musulmanes, enviarles propuestas de rendición, condiciones para el armisticio, intercambio de prisioneros, leer sus mensajes y preparar actas concernientes a los servidores y "fellahs" de las comanderías. Las pre-

fecturas, subprefecturas y municipalidades importantes de Argelia se sirven corrientemente de funcionarios de este tipo, como en todos los países bilingües o políglotas. Y seguramente los prefectos y subprefectos en la Francia de ultramar no han sido jamás acusados de complicidad con los musulmanes. En cuanto a servirse de batallones y regimientos indígenas, lo han hecho todas las naciones colonizadoras: Inglaterra, Francia, Holanda, Italia, España, convirtiendo esto en una regla general.

Los príncipes del Islam en Egipto y en otras partes, tuvieron sin que hubiera quejas, en la época de su grandeza, tropas cristianas bajo sus órdenes. Fuera de las revoluciones de palacio o de las rivalidades dinásticas, hay que reconocerlo, estas tropas cristianas impusieron a veces sus favoritos y su influencia, cosa que jamás se ha observado entre nuestros regimientos indígenas, siempre leales y disciplinados en los más tristes momentos de crisis de autoridad.

Hemos señalado al refutar la confusión de simples relicarios con ídolos y Bafomets increíbles, la incompetencia de la gente no especializada en materia de costumbres musulmanas y de islamología. También hemos podido darnos cuenta de la ignorancia de los investigadores, en unos siglos en los que la ignorancia de la etnografía y el conocimiento de los idiomas orientales vivos, era poco menos que inexistente en Francia. Si hubiera habido entre los acusadores religiosos españoles más familiarizados con las costumbres y las creencias de los moros, se hubieran podido establecer comparaciones más provechosas. Escritores de la península ibérica, imitadores de la filosofía y literatura de los árabes sus vecinos, con los que se veían diariamente cuando los reyes de Mallorca y de Aragón los vencieron, han dejado pasar sin embargo errores infantiles referentes a Mahoma, su religión y el Corán, en tratados muy sabios desde otros puntos de vista.

Nada de lo que fue dicho durante el proceso merece por lo tanto la crítica. Hay que proceder exactamente a la inversa de lo que hemos recomendado para otros temas: hacer tabla rasa de las charlatanerías de la época y considerar los hechos a la luz de lo que nos han enseñado los estudios orientales de nuestros maestros en las universidades de París, de Beyruth y de

Argel, en el Instituto Marroquí de Rabat y lo que sabemos por la experiencia colonial de nuestros funcionarios y oficiales.

Incontestablemente los Templarios, sin islamizar en lo más mínimo, imitaron las instituciones musulmanas y utilizaron conocimientos adquiridos en su frecuentación de los sarracenos. Sin embargo es necesario, para comprender mejor, distinguir lo que proviene del Islam ortodoxo y lo que es particular de las sectas disidentes. Éstas son tan delicadas de clasificar, aunque estén al margen de la religión del Profeta, que muchos cruzados las tomaron por sectas heréticas cristianas, como la de los "Assacis" o "Assacine", guardianes *ismaelitas* de Tierra Santa. El mismo rey de Jerusalén, Baudoin II, que casi se alió con ellos, no creía verdaderamente en su islamismo. Ni siquiera es seguro que el Gran Maestro de los Templarios, que aconsejaba esta alianza, conociera el carácter verdadero de estos ismaelitas. Tantos cristianos de Oriente presentaban originalidades, que es casi imposible discernir la separación entre las sectas cristianas orientales y las derivaciones del Islam convertidas en pequeñas religiones de iniciaciones graduadas.

¿Tenían algo que ver con los Ismalis (es el verdadero nombre árabe), los grados superiores —que sin rechazar el Corán no aplicaban en la integridad sus prescripciones, o incluso las descuidaban como terminadas o alegóricas en el Santo Libro—, lo que les permitía en sus conversaciones con los cristianos no contradecir ninguna de sus creencias? Los orientales adeptos a estas pequeñas religiones han sido maestros en el arte de la restricción mental, el "Ketman", de lo que el *Conde de Gobineau* habla largamente en su "*Religions et Philosophies de l'Asie Centrale*".¹

Los caballeros debieron conocer sin duda a los Ismailia, esos hermanos de la Orden de los Guardianes o "Assacine", denominados así porque tenían por objetivo la protección de Tierra Santa, cuyo sentido era de centro, eje del Mundo Espiritual, la *Montaña mística, lo que explica el título de su Gran Maestro*, el "Sheik el Djebel", interpretado por los europeos como el *Viejo*

de la Montaña, nombre bajo el cual se volvió célebre.² Sus afiliados, a consecuencia de una falsa asimilación de la palabra *Assasin*, han sido con frecuencia denominados los "Asesinos", calificación injuriosa. *Assacine* es el plural de la palabra árabe *Assas*, guardián. En Argelia se llama frecuentemente *assas* al sereno nocturno.

Sería desplegar una erudición inútil discutir otra etimología propuesta anteriormente: *Assasins*, alteración de la palabra árabe *Hachaichia*, los fumadores y comedores de hachish o cáñamo indio, porque los hermanos del *Sheik el Djebel*, usaban, según se dice, *hachish* mezclado a sus confituras para obtener visiones paradisíacas. Hay que dejar de lado esta explicación muy forzada, pura leyenda.

La organización de esta Orden, guardiana de la Montaña Ideal, del *Qotb* o Polo del Espíritu, valía la pena de ser imitada y los Templarios, sin duda, lo hicieron. Había tantas tierras santas particulares como formas de tradición regular, porque representaban, nos dice *René Guenon*, los centros espirituales correspondientes. De todos modos eran imágenes del *Centro del Mundo*, único y supremo, *Tierra Santa por Excelencia*, a la cual estaban subordinadas todas las otras.³

Los Templarios, como los Assacine, eran guardianes y, por lo tanto, su primera función era prohibir el acceso a la Tierra Santa de su tradición a los que no estaban calificados; la segunda, asegurar las relaciones, el vínculo entre la Tradición Suprema primordial y las tradiciones secundarias o derivadas de ésta. Cada orden, por su lado, permanecía en contacto permanente con el Centro Superior por una parte, y con los representantes de las tradiciones particulares por la otra.⁴

Es comprensible que en estas condiciones, desconocidas para la mayoría de los cristianos y de los musulmanes, nuestros caballeros hayan mantenido relaciones continuas, sin aceptar por eso la fe de los Ismailia, con los Assacine del Sheik el Djebel.

¿En qué se basaron para suponer que se habían tomado co-

² *Sheik* en árabe significa a la vez Maestro, superior de una cofradía y viejo, es decir, persona digna de respeto.

³ René Guenon, *Les Cardiens de la Terre Sainte*, número especial de *Voile d'Isis*.

⁴ Id., *Voile d'Isis*.

¹ Se escribe con frecuencia Ismael por Ismail, ismaelitas por ismailia, De Gobineau: *Religions et Philosophie de l'Asie Centrale*.

sas? Hay coincidencias entre las dos jerarquías de dignatarios y de guerreros, es verdad, y éstas son demasiado grandes para ser fortuitas.⁵

Comparemos con la jerarquía esotérica por así decir dominante: el Gran Maestro de los Templarios y el Sheik el Djebel disfrutaban de una autoridad absoluta, ciegamente obedecida; los Grandes Priors y los Daís el Keber (los grandes emisarios) los Priors y los Daís o misioneros se asemejaban. Por debajo, en la jerarquía de afiliados y hermanos devotos a las órdenes hasta el sacrificio de la vida, estaban: los caballeros y los *refiks* (compañeros), los escuderos y los *fedaquis* (devotos), los simples hermanos y los *Iassiks* (afiliados).⁶

El paralelo puede llevarse muy lejos, ya que los oficios de los *Assacine* jerarquizados corresponden bastante exactamente con los papeles que llenaban las diversas categorías de la Orden del Temple y el noviciado de los unos y de los otros presenta sorprendentes analogías.

Del mismo modo que los caballeros construían sus fortalezas sobre alturas que dominaban desfiladeros donde las tropas armadas, los peregrinos y las caravanas estaban obligados a pasar, tanto en Europa como en Siria o Palestina, el primer Viejo de la Montaña, *Hassan Sabah*, había hecho construir en *Alamur*, Persia, una *casbah* inexpugnable, sobre un pico rodeado de precipicios. Los *Assacine* tuvieron otras, notablemente en *Azriat* en Siria; dominaban siempre países ricos o rutas frecuentadas, posiciones estratégicas claves.

Si el ascendiente que tenía el Sheik sobre sus *refiks* o *fedaquis* llegaba a una devoción fanática, a marchas entusiastas ante el peligro y al martirio por su causa, el ascendiente del Gran Maestro y los dignatarios Templarios no era menos grande sobre los caballeros, escuderos, hermanos y criados.

La leyenda ha explicado la obediencia fanática de los *Assacine* por la ingestión del *hachish* y otras drogas embriagantes. Pero la sabiduría y las virtudes del *Sheik* bastaban para justificarla. Es verdad que exigía una obediencia pasiva y absoluta. Se le atri-

⁵ Id., *Voile d'Isis*.

⁶ Id., *Voile d'Isis*. En los párrafos que siguen hay que distinguir entre Mohammed o Mahoma, el Profeta, y Mohammed, hijo del 7º imán Ismail o Ismael.

buye la frase: "No necesito sus juramentos ni su fe para que ellos sean en nuestras manos como el cadáver entre las manos del lavador de muertos". Los maestros del Temple sin duda han tomado este principio rígido ya sea a los *Assacine*, ya sea de alguna de las fraternidades de contemplativos musulmanes que la ponían constantemente en práctica.

Examinemos brevemente la historia de los *Ismailia*, de la que los *Assacine* son una fraternidad derivada. Toman su nombre del hijo mayor, *Ismael*, hijo del 6º imán *Djafar* o *Çadiq*, a quien éste había designado como su sucesor, pero luego, volviendo sobre su decisión, transmitió el imanato a su hijo menor, Musa. Los *chiites*, partidarios de Ali y su descendencia, fijan la sucesión del Profeta en el quinto califa *Ali*, su yerno; en la filiación a partir de la hija de Mahoma el Profeta, es decir de Fátima y de Ali, priman el mérito y la ciencia. Muchos pretenden que Ismael descendía de Ali por su padre y por su madre, mientras que Musa sólo era descendiente por Djafar o Çadiq.

Sus partidarios lo reconocieron como el único imán legítimo, pero se vieron obligados a constituirse en comunidad secreta. Detalle curioso que —según los iraníes actuales— provenía de una discusión sobre la pureza de la sangre alide de Musa, los ismailia abandonaron el principio hereditario por el de la elección: los imanes ismaelitas elegían a sus sucesores antes de la muerte. Fijaron la sucesión natural de los imanes en Ismael, desaparecido antes de la designación de su hijo Mohammed, pretendiendo que ninguno de los dos estaba muerto. Pero, como necesitaban imanes para dirigir la comunidad, imaginaron, para no volver al sistema de sucesión de los califas ortodoxos, un relato misterioso de revelación de la cualidad de imán, que debía ser designado por signos misteriosos. El imán se convertía así en una emancipación directa de Dios, participaba de su sabiduría y de su infalibilidad.

Los primeros imanes no se distinguieron por nada notable. Hacia el 860 de nuestra era un imán más capaz operó sin embargo en una revolución en el ismaelismo. Tal vez su sincretismo provenga de su hibridez: se decía que era hijo de un judío. Se trata de *Abdallah ben Maimun*, nacido en Susiana. Al fijar la doctrina, la apartó del islamismo mahometano, sin escándalo, secretamente, para hacer de ella un compuesto de la filosofía griega,

gnóstica y cristiana influidas en cierto grado por la Qabbala judía. Añadiremos que ya había entre las tendencias de los *sufis* de Persia, que eran más o menos practicantes musulmanes para no ser molestados, pensadores que tenían opiniones heterodoxas análogas.⁷

Dios era para ellos sin atributos e incognoscible. Se manifestaba por una primera encarnación de la *Razón Universal*, que tiene como cualidad esencial la Ciencia, que el hombre puede adorar. Ella misma crea el *Alma Universal*, cuyas emanaciones son la *Vida*, la *Materia Universal*, el *Espacio* y el *Tiempo*. Los seres que conocemos son las participaciones terminadas de esas irradiaciones del Alma Universal. Las criaturas y sobre todo el hombre tienden a elevarse hacia ella y a volver, lo que es la meta de su evolución. Alma y Materia Universal entrarán con la *Razón Universal* en el seno de Dios al fin de los tiempos.

Debemos, según los ismaelitas, para ayudar a esta revolución y este retorno a Dios, adquirir la ciencia transmitida por los profetas en número de siete: Adán, Noé, Abraham, Moisés, Jesús, Mahoma y Mohammed, hijo del 7º imán Ismael. Cada uno de estos profetas, dueño de un ciclo, tuvo 7 imanes, encarnación de su alma, para guiar a los fieles. Mahoma tuvo a Alí y sus seis primeros sucesores, entre ellos Mohammed, hijo de Ismael. De éste proceden por filiación directa Abdallah ben Maimún y sus sucesores. Juzgando que todos los hombres, lo que es verdad, no tienen las mismas aptitudes para comprender, el maestro de los ismaelitas envió por todas partes *Daís* o misioneros instructores, con desarrollos que no podemos dar aquí, en siete grados escalonados: el primero es de piedad musulmana activa; el segundo informa al adepto sobre el papel de los imanes; el tercero da la interpretación alegórica del Corán según el *Bathen*, ciencia de significados secretos que se confunde con el sentido oculto transmitido, se dice, después de Alí,⁸ acercándose así a los cristianos unidos por preferencia a las enseñanzas juánicas; el cuarto instruía al ismaelita sobre el significado de los 7 ciclos, de cada

⁷ Ben-Maimón (Maimonides) es el nombre célebre de un gran filósofo judío. Donde aparece este prenombre hay presunción de origen judío.

⁸ Se ha apodado *Batinia* a todos los partidarios del sentido secreto, gente que ha rechazado, sin gritarlo desde los tejados, el sentido literal de los Libros Sagrados. Incluso han dado su nombre a una secta: los batinianos.

profeta sucesivo y de su religión, particular de una época o de una comarca o parte del mundo; el quinto develaba la inutilidad de la religión revelada para el hombre llegado a un estado metafísico; el sexto es el de los *Daís*; el séptimo proporcionaba los medios para penetrar en el mundo superior y terminar los conocimientos adquiridos anteriormente.

La iniciación estaba terminada en el 7º grado, pero se la llevó a nueve. En este complemento residen los agravios que la posteridad debía hacer a estos sectarios. El octavo especula sobre el fin del universo, la vida de ultratumba, en términos enteramente distintos a los de la dogmática musulmana. Se pretende que es en este grado donde se aprende la importancia de la polaridad para la manifestación de la vida en el pasado y en ulteriores recomienzos, y que se menciona aquí el androginismo primitivo, doctrina tanto cabalística como gnóstica. En el noveno, el iniciado está libre de practicar o no, de crearse o no una creencia.

La secta se propagó en Siria, en Persia, en la India y, principalmente, en Egipto, donde se fundó una logia directora de la mayoría de los grupos ismailia, llamada *Dar ul Hikmet*, "Casa de las Ciencias"; allí la espiritualidad y la política, como en muchas fraternidades cerradas, y ésta era una de las más formidables, se mezclaron rápidamente.

La conversión al ismaelismo está en la base de la creación de la cofradía de los *Assacine*, la de su fundador y primer Gran Maestro, *Hassan Sabah*, hombre muy instruido, ministro del sultán de Ispahan. Perseguido por el odio de sus antiguos correligionarios *chiitas*, se refugió en la *Montaña*, donde edificó la ciudadela de *Alamut*, de la que hemos hablado antes. Organizó el ismaelismo en una administración menos blanda, dándole una disciplina y una organización casi militares, que hemos comparado con la de los Templarios. Redujo los 9 grados a los 7 grados primitivos.⁹

¿Con qué *Assacine* estuvieron en relación los hermanos? ¿De qué grado? Esta es la pregunta que debemos hacernos antes de hablar de una influencia sobre la ortodoxia de los Templarios.

⁹ Los esoteristas entienden por Sheik el Djebel al sheik de la Montaña simbólica y los profanos leen esotéricamente: el maestro de la Montaña concreta de Alamut.

Este interrogante provoca otro: ¿cuáles eran, entre los hermanos del Temple, los más susceptibles de comunicarse con los ismailitas que suponemos iniciados medios?

Si los caballeros hubieran sido todos, como al principio, nobles virtuosos, valientes, llevados a Palestina por el solo deseo imperioso de servir a la causa del peregrinaje a los Santos Lugares, tras haber ayudado a su conquista, la influencia de peso de una Orden sobre la otra hubiera sido más difícil. En el siglo XII especialmente los Templarios habían recibido en su Orden un número importante de caballeros de todos los países de Europa; éstos eran más o menos aventureros, estaban adaptados a la vida y las costumbres de las gentes de los países orientales, eran más instruidos y refinados que los primeros. Los excomulgados proporcionaron también hombres que tal vez eran de ideas amplias y de calidad, y que poseían iniciativa. Entre los unos y los otros había maestros de obra y arquitectos, inclinados a ponerse en contacto con sus cofrades los *Assacine*, también grandes constructores de fortalezas elevadas, de *Qalaat*, como se dice en África del Norte. La arquitectura de castillos e iglesias fortificadas que nos han dejado los Templarios testimonian antiguas lecciones árabes. Si se tomaron formas arquitectónicas, podemos también suponer que se han tomado prestadas muchas cosas.

No creemos que hayan penetrado entre los Templarios las doctrinas racionalistas ismaelitas. Al máximo se habrán utilizado algunos símbolos, como veremos, en los oficios y compañerías musulmanas. Hay posibilidades que los *Assacine* frecuentados por ellos no hubieran alcanzado grados muy filosóficos, como el séptimo. Los arquitectos y los contra maestros pueden haber estado instruidos sobre el sentido alegórico de las doctrinas semejantes al juanismo, sobre todo de aquella que considera a las religiones como formas sucesivas de una misma Verdad. Pero no son estos artistas los que podían y, sobre todo, querían islamizar a los Templarios. No hay ningún espíritu de proselitismo en esas sectas de iniciación. La enseñanza del gnosticismo es poco creíble; cuanto más el contacto puede haber familiarizado a algunos Templarios poco fanáticos con conceptos distintos a los de sus compañeros.

De parte de los *Assacine*, pues, no hubo más que penetración de las virtudes leales de los francos y algunas técnicas de

construcción; del lado de los Templarios hubo inspiraciones ismaelitas de jerarquía en varios estadios, de administración mitad religiosa mitad civil, se calcó un ejemplo de noviciado donde se expulsaba al orgullo; se ejercitó largamente la paciencia en los humildes oficios de los servidores, ya se tratara de alguien de la tribu del Profeta o de un caballero de sangre real, se profesó una obediencia absoluta al Gran Maestro y se estableció una organización militar sólida.

Las relaciones entre ambos grupos no son hipotéticas, la historia las registra. Añadimos, para terminar con la heterodoxia musulmana, que ésta dio sobre todo a los Templarios lecciones de autoridad y de disciplina que les fueron muy preciosas. La posibilidad de haber persuadido a algunos caballeros de la necesidad del secreto, y de la expresión de ideas por medio del simbolismo, es bastante grande. Algunos provenían de cofradías de constructores europeos, donde el secreto y el simbolismo eran transmitidos desde tiempos inmemoriales. Los *Assacine*, sobre todo los del mismo género operativo, deben haberlos fortalecido, reavivado. Los puntos de encuentro eran muy naturales.¹⁰

Hemos indicado lo que el Islam ordinario había enseñado a los caballeros. Podríamos añadir lo que las órdenes religiosas musulmanas les ofrecían y que posiblemente adoptaron.

No hay ninguna barrera fija entre los contemplativos islámicos y los de otras religiones. Los *taruq* o *camino*s místicos, lo que designamos, a falta de un nombre mejor, con el calificativo de cofradías, están formadas por los hermanos Juan o *foqara*, pobres (ante Dios), dirigidos por un *sheik* y sus *Julafa*, tenientes, que tienen sus comunidades locales bajo las órdenes de instructores, los *moquaddemime*.¹¹ Entre los Juan hay una *élite* apta para alcanzar los estadios superiores, los del conocimiento elevado y la proximidad más o menos durable de Alá. Los otros son afiliados amigos, gente que debe favores, protegidos de la *Tariqa* o *Qudryia*, los *Aisauyia*, los *Shadelyia*, órdenes que tomaron los nombres de los santos musulmanes fundadores: *Sidi Abd*

¹⁰ Bouthoul: *Le Grand Maître des Assacins*, 1938. El autor es uno de los eruditos mejor informados del esoterismo ismaeliano.

¹¹ Plural árabe de *Ju*, hermano, y de *faqir*, palabra por palabra pobre (ante Dios); *Julafa*, plural de Califa, teniente, asistente; *moquaddemime*, plural de *moquaddem*.

el Qader, Sidi Mohammed ben Aissa, Sidi Omar ech Shadeli. Se reunían en un convento o *zauia*, *tekke* en Oriente, verdadera aldea o incluso ciudad —con sus anexos, viviendas, jardines alrededor de la sala de plegarias y de reunión piadosa o *hadra*—, que estaba a veces fortificada. A su sombra vivían cantidad de servidores o *Jeddám*. No existe la vivienda perpetua en la *zauia*, reducida por las innumerables filiales a una capilla, *qubba*, con una casa para los Juan, donde pueden permanecer varios días o semanas. La *tariqa* es, por lo tanto, una *tercera orden*. La mayoría de los *foqara*, palabra muy frecuente en las bocas musulmanas, habitan en sus casas y sólo van a la *zauia* o a la *qubba* las noches de *hadrat* o para hacer retiro.

Todos obedecen pasivamente, están “entre las manos del *sheik* o del *moqaddem* como el cadáver en manos del lavador de muertos”, origen de nuestro “perinde ad cadaver”. Los que hacen larga estada están obligados a hacer trabajos de reparación, de cultivo, a enseñar la escuela a los hijos de los *foqara*, a cambio de su mantenimiento. Las *taruq* o cofradías viven de los dones considerables de los hermanos, considerados individualmente pobres, como el *sheik* y sus representantes, aunque tienen en realidad riquezas en común, que son su fuerza. Los acontecimientos de los últimos años han llamado la atención sobre los *Snussis*, en árabe *Snussia*, que los italianos no solamente vencieron —toda una población armada estaba afiliada a la Orden de Sidi Snussi y vivían independientemente en Cirenaica— sino que también diezmaron en grande, ejecutando incluso a sus *marabuts*.

No todos tienen esta importancia material. Por el contrario, tienen con frecuencia afiliados aislados o forman pequeños grupos en alguna comarca, probablemente en toda el África del Norte, algunos incluso se han extendido desde India al Senegal.

Los Templarios podían, para sus desplazamientos, tener necesidad de un verdadero salvoconducto, que era el *dzikr* de la orden, letanía especial repetida en el rosario de 99 cuentas, la *sebja*, y palabras o frases de paso originales de alguna *tariqa*. Una, por ejemplo, es *Astafferallah* (“Pido perdón a Dios”), otra *La ilaha ila Allah* (“No hay otro Dios”), todavía otra, *Subjan Allah* (“Gloria a Dios”). Las cofradías a las que habían prestado servicios en dinero, las caravanas a las que habían acordado su protección contra los bandidos, los afiliaban individualmente

en cambio, sin pedirles que se convirtieran al Islam. Muchos oficiales enviados en misión al extremo sur o al corazón del África han encontrado guías y defensores en todas partes gracias al rosario de la orden, el *dzikr* o a un diploma del *sheik* o *idjaza*, escrito en árabe, pudiendo así pasar por los lugares más peligrosos, llenos de fanáticos xenófobos, solos o con una escasa escolta. Conocemos ejemplos en Argelia. El Temple utilizó este indispensable socorro.

Nada hay de reprehensible en esto y los caballeros no debieron someterse a ninguna complacencia grave. Decidir si la organización de los *taruqs*, además de la de los *Assacine*, ha influido en el ordenamiento bien regulado de los Templarios, es inútil: el Viejo de la Montaña ha creado una *tariqa* muy severa y muy fuerte, sobre el modelo de las cofradías árabes y persas. Ésta y las otras existían en Palestina y en Siria, estaban en contacto por los incontables hermanos casi diariamente y en mil circunstancias lo estuvieron con los caballeros cristianos. No siempre peleaban entre sí los partidarios de la Cruz y los fieles de la Media Luna; hubo períodos de tregua, es decir de paz bajo los reyes de Jerusalén.

Tal vez los Templarios armaron entonces caballeros a algunos nobles sarracenos que habían probado su lealtad y les habían hecho servicios eminentes. Esto no tiene nada de sospechoso, fue, por el contrario, una buena política.

No prolonguemos más el examen de los exotismos lícitos que los Templarios debían a sus vecinos musulmanes. Volveremos a propósito del simbolismo empleado por los caballeros que coincidían con las tradiciones obreras, ya en sí muy coloreadas por los aportes orientales. No se ignora por cierto cómo los peregrinos, los soldados, los artesanos viajeros contribuyeron a la propagación de las ideas, las técnicas y las formas a distancias considerables.

No tenemos ningún motivo para admitir que los Templarios hicieran concesiones a los dogmas musulmanes opuestos a los cristianos. No las hubo. Todas las imputaciones sobre esto son odiosas. El Temple realizó una excelente política colonial y nada más.

Luis IX impuso una injusta penitencia a los Templarios cuando éstos —prevenidos por los orientales de los peligros que ofrecía para los francos la actitud del rey frente a los mamelucos

de Egipto y los herederos de Saladino en Siria, entre los cuales el rey pensaba poder mantener el equilibrio— intentaron moderarlo. Los Templarios estaban en buenas relaciones con los príncipes sirios, sin dejar por esto de servir a los intereses cristianos. San Luis, considerado tan justo, se dejó engañar por los nobles envidiosos que lo rodeaban y creyó lo contrario. Los Templarios tenían razón: los mamelucos eran mucho más peligrosos que los sirios y lo demostraron.

Los combates encarnizados de los caballeros y los guerreros musulmanes demuestran el heroísmo de los primeros y su fidelidad a la causa de los cristianos, tan torpemente sostenida por los jefes venidos de Europa, que eran unos torpes sin finura ni tacto. Los del Temple, aunque combatían valientemente, no se lanzaban nunca a una batalla costosa o inútil. Si ahorraron sangre musulmana junto con la de los cruzados en las circunstancias que hemos enumerado, no fue porque prefirieran a los sarracenos. Ser soldado no excluye toda humanidad. Hicieron campañas prematuras como la proyectada en Egipto en 1168, donde, lejos de merecer reproches, sus actos de prudencia deben anotarse en su honor.

Guardaron la palabra a Saladino cuando otros jefes musulmanes violaron los armisticios. ¿Era necesario que imitaran la mala fe de estos detestables sarracenos? Por otra parte, es cierto, sirvieron de árbitros entre el califa fatimista del Egipto ismaelita, y los reinos turcos de Siria. Estos servicios les permitieron obtener muchas ventajas para los cristianos. Recordemos cuán útil fue, desde el comienzo del Temple, el acuerdo entre los grandes maestros y dignatarios y el *Sheik el Djebel* y los ismaelitas. No sólo decidieron en 1118 a Baudoin II a negociar con el ismaelita *Abu-i-Fewa* el intercambio de Tiro por Damasco, tanto más rico en recursos y bien situado, sino que ayudaron en la transacción. Su alianza con el ismaelita, salvo raros accidentes en el largo período de ochenta años, no fue por cierto sin provecho para la cristiandad.

Nada queda pues de las calumnias sobre este tema. Los Templarios fueron quizá una orden original, coloreada de orientalismos inocentes, que parecen hoy en día una excelente táctica, seguramente precursora de la política colonial moderna de asociación.

X

ASOCIACIONES OBRERAS Y ORDEN DEL TEMPLE

Aquel que busca el origen de los ritos y símbolos encontrados a cada instante en el alfabeto, la recepción, las construcciones de los Templarios y en muchos detalles de su equipo, aguijoneado por los interrogatorios del proceso y las respuestas con frecuencia comprometedoras de los acusados, en fuentes sospechosamente orientales, no se equivoca enteramente. No cabe duda que el largo contacto con los adeptos de las pequeñas religiones del Asia Menor y los musulmanes de las cofradías, comunicó a los hermanos dispuestos a recibirlas muchas prácticas, costumbres y emblemas extraños en Occidente. Este folklore especial podríamos decir, no es enteramente anticristiano. Por otra parte, los Templarios ya tenían, como lo demuestra la recepción, bases irridiáticas y herméticas universales.

Sin embargo, otra fuente de las particularidades templarias, de los simbolismos, ritos, detalles extraños, quizá mucho más oculta y extremadamente rica, se encuentra en las asociaciones obreras y compañerías, verdaderos museos de leyendas, de ceremonias, de signos jeroglíficos, incluso de hermetismo, conservados y transmitidos desde hace milenios.

Los Templarios, aunque no todo el conjunto de caballeros y hermanos de la Orden, recibían la iniciación compañerónica, ya fuera antes de la recepción como caballeros de Cristo o como capellanes, probablemente estos últimos la recibían en mayor número a causa de su instrucción teórica y profesional; tal vez la

recibieron después del ingreso, cuando eran llamados en razón de sus talentos a dirigir los trabajos de construcción o a instruir a los aprendices.¹

Aquí, como en las otras particularidades observadas, el error capital de los autores ha sido generalizar. No todos los miembros de la Orden presentaban características que permitían unirlos a una compañería: se trataba de una selección, una *élite* de maestros de obra sobre todo. Nadie de los que los rodeaban se inquietó porque dieran forma octogonal a las iglesias o hicieran una rotonda de acuerdo con el plano del sello de Salomón. Los hermanos exclusivamente guerreros, los escuderos, los cuidadores de armas, se acostumbraron a signos que tomaron por simples decoraciones. Ignoraban los ritos inusitados.

Se ha hablado de pisotear la cruz, de renegar de Cristo. Si estos pretendidos sacrilegios figuraron en algunas ceremonias, no todo el mundo asistió a ellas, porque se trataba seguramente de ritos de colación de grados, y los criados ignorantes, que habían oído trozos de conversaciones, los interpretaron locamente.

Se habla con frecuencia de la regla ordinaria del Temple y de una regla interior secreta. No había necesidad de dos reglas: los caballeros instruidos, capellanes y criados compañeros, se reunían bajo la presidencia de un maestro de obra en una especie de "cayena" o logia compañónica de grado superior, y recibían allí nociones de historia del trabajo y les explicaban los símbolos y secretos del oficio.

Esta categoría hacía penetrar el espíritu de los compañeros en toda la Orden, lo que explica la unanimidad en las comanderías de todos los países para obtener reformas sociales.

Dejemos pues de lado las vinculaciones de los Templarios con los obreros y artesanos, y los juicios que exageran la influencia de las comanderías sobre los grupos operativos. Éstos deben haber sido alumnos sociales del Temple, y probablemente aplicaron con éxito las lecciones de los hombres de Cristo con la cruz paté de gules y el manto blanco; admitimos que hubo acción educativa y moral recíproca, y que los monjes artistas de *élite* fueron

¹ Los Templarios son corrientemente llamados caballeros de Cristo desde su creación. Después de ellos, por abreviatura, se da ese título a los miembros de la Orden transformada, llamada de Cristo de Portugal, cuya sede está en Thomar.

en su mayoría seleccionados y después preparados a las tareas difíciles porque eran compañeros o algo equivalente.

Si hubo una iniciación templaria, no podía ser más que una adaptación de los principios de los antepasados de los *Deberes*, llegada por trasmisión ritual, lo que explica la similitud de ideas y de formas. Los artesanos y los obreros, ya fuera por las necesidades de sus oficios, ya fuera para poder reclutar excelentes compañeros, se afiliaban también a la Orden.

Si hubo algunas variantes en la recepción normal, en las que justamente se basan los relatos fantasiosos de los acusados —profanos en cuanto al ritual y los símbolos mencionados—, nosotros vemos aquí el resultado de la introducción de manuales de iniciados entre los Templarios.

Tampoco conviene negar la iniciabilidad de la mayoría de los caballeros en el sentido mismo de la palabra. Todos no fueron iniciados de la misma calidad e intelectualidad que los herméticos, pero el *armamento* de su madurez, muy solemne, comporta ritos que constituyen la iniciación de los guerreros, los *Kchatrya*, como dicen los hindúes; era menos desarrollado, es cierto, pero procede de los mismos principios tradicionales. Toda otra cosa no podía ser más que la continuación, algo como los grados superiores.

En efecto, el ceremonial contiene lo esencial de todas las iniciaciones: despojamiento de las ropas, purificación por el agua, revestimiento de nuevo hábito blanco, rojo y pardo, ayuno y comunión (pruebas y símbolos de consagración), recepción de la espada y acolada. Las piezas de la armadura tenían significados morales.

V. E. Michelet escribe en su *Secreto de la Caballería*: "A la caballería corresponde el compañerismo obrero". Para enunciar esta opinión se basa en el hecho que: "Todo caballero, toda corporación, toda ciudad presenta su personalidad simbólicamente formulada en su blasón. Porque el arte heráldico tiene por base el arcano. Es inmemorial".²

² Probst-Biraben: *Compagnonnages européens et musulmans*. En los relatos legendarios los detalles pueden variar. El fondo es idéntico y proviene de una misma fuente antigua a la cual los elementos orientales han venido a sumarse.

Iremos más lejos: los dos manifiestan en medios diferentes, por medio de funciones distintas, los mismos arcanos.

La iniciación caballeresca no era incompatible con la compañónica. Sobre planes diferentes servían a la idea y a la acción.

La concordancia de los ritos y de los símbolos principales se concibe porque todos emanan, tanto en Oriente como en Occidente, de la Tradición Unica primordial.

Sin embargo, el estado de barbarie general de Europa que precedió a la Edad Media, sucediendo a la cultura refinada de Roma, había borrado necesariamente la enseñanza de los colegios latinos de artesanos favorecidos por Numa. ¿Quién podía reavivarlos con más vigor y añadirles algo, sino las compañerías del Cercano Oriente? Estamos persuadidos de que el *Sinf*, movimiento semirreligioso, semisocial de iniciación igualitaria, es decir, sin consideración al nacimiento noble y sin tomar en cuenta la raza o la fortuna, estaba en la base de las corporaciones del Islam y de las cofradías obreras que las dirigían. Además, el *Sinf* y sus filiales *taruq* transmitían los secretos de la Tradición oral por grados, por medio de símbolos herméticos y ritos. ¿De dónde sacaron si no sus ceremonias, sus signos misteriosos, sus colores, las compañerías europeas? Las coincidencias no se deben al azar. Hubo préstamos. Los *Deberes* no heredaron de las cofradías del *Sinf* todas sus enseñanzas y todo su ritual, pero detalles importantes muestran orientalismos que fueron tomados por los Templarios.³

Señalamos una diferencia entre europeos y orientales: entre nosotros las corporaciones pueden ser independientes de las compañerías, y lo son en general, es decir, son exóticas, sin iniciación. Entre los orientales, la corporación entendida como asociación de intereses obreros, es sólo la parte visible, exterior de la compañería. Los europeos hablan equivocadamente de *corporación* y de *hansa* de Marruecos, sin pensar en los trabajos de la escuela de Rabat sobre las cofradías de artesanos. No existen en el Islam corporaciones como las nuestras —tan defectuosas que se han tardado siglos en reprimir los abusos, las injusticias y los favores hereditarios—, sino solamente cofradías.

³ Probst-Biraben: *Compagnonnages européens et musulmans*, influencias u orígenes comunes, *Revue de folklore français et colonial*, junio 1936.

No son diferentes en espíritu a las cofradías religiosas o *taruq*; estos *taruq* se dicen fundados por personajes santos, se anexan por las plegarias a la religión musulmana, plegarias bastante anodinas como para poder ser pronunciadas por los afiliados de otras confesiones. En África del Norte no existe, según nuestro conocimiento, ningún cristiano o judío en estas cofradías, pero en Siria es distinto. Es inútil repetir cómo se establecen los cuadros de una *tariqa*, ya lo hemos hecho anteriormente en grandes líneas.

El carácter religioso del trabajo, hasta el Renacimiento, no era discutido por nadie. Era, por así decirlo, *sacerdotal*, se transmitía en secreto por una iniciación. Entre los orientales, el maestre en jefe, *nakib* o *ckeij*, el título varía según las comarcas, era un *aarif*, esto es, el que conoce los misterios del trabajo y ha recibido de su iniciador el poder espiritual para formar los *mutaallime*, los aprendices. Existen maestros obreros para secundarlos o suplirlos, los *maallemime*. Se supone que reciben su autoridad del santo fundador, y éste la recibió de Alí, del Profeta o de un ángel; esta autoridad es transmitida oralmente a través de la larga cadena de los que han precedido. Entre los servidores del Temple, entre los obreros que empleaban los Templarios en Palestina, también entre los hermanos y capellanes, estaban los *Juan* y sus cofradías compañónicas.

Señalamos su eclecticismo. Encontramos lo mismo en el *Deber extranjero de Libertad*, del que con frecuencia forman parte los tallistas de piedras, y que quizá sea el más antiguo. Las leyendas obreras atribuyen la introducción de la compañería a un grupo de artesanos del Templo de Jerusalén, en el primer siglo antes de la era cristiana. Sabemos ya por la Biblia que los equipos de los que era jefe *Hiram* el tirio estaban compuestos por hombres que pertenecían a todos los pueblos del Asia Menor: hititas, fenicios, judíos, egeos. Este primer grupo vino a la costa de Provenza y se estableció en el Mediodía de Francia. Una segunda inmigración también habría desembarcado en Provenza, guiada por Santiago el menor, hermano de Jesús, que los compañeros veneran bajo el nombre de *Maestre Santiago* (*Maitre Jacques*).

Comprobaremos luego que bajo este título los *Deberes* designan, por una confusión surgida bastante más tarde, a muchos

personajes notables que desempeñaron un papel en la historia, entre ellos *Jacques (Santiago) de Molay*, indicación preciosa de los vínculos entre las asociaciones obreras y los Templarios. El hecho de conmemorar el desembarque en Galia de refugiados orientales, esto es, obreros del Templo de Jerusalén, podría indicar un simple ennoblecimiento religioso del origen de los compañeros. No es absurdo (las asociaciones no escriben nada) ver también un recuerdo confuso de la Orden del Temple y de un núcleo central de iniciados del Trabajo, en suelo francés, con anterioridad al siglo xii. Los caballeros llevaron con ellos un tercer aporte oriental, el de los obreros y artesanos de las comanderías de Palestina y de Chipre.⁴

Los símbolos siempre ligados a las doctrinas referentes a los Templarios y que fueron usados por ellos, provienen en gran parte de los gildes, *bauhütten* y pro-compañerías, y muchos han sido introducidos en las asociaciones por los orientales. Por otra parte, lo mismo ocurre con ciertos ritos y costumbres: la *Escuadra y el Compás* disimulan el sello de Salomón o el escudo de David; el *Árbol Sagrado* de los devotos, convertido en la Acacia, es judaico; el Compás, con su cabeza circular o punto central y sus dos puntas, representa el Sol, el Hogar espiritual y sus rayos entre los árabes; el *Pasaje*, es el recuerdo espiritualizado de transhumancias semíticas; el *Triángulo*, cuyas tres puntas forman el esquema, es cabalístico; la *Estrella*, ya sea de cinco o de ocho rayos, es oriental. Los colores tienen antiguas significaciones greco-latinas, pero también sin duda judeo-árabes; la dirección sagrada de los compañeros es el Oriente, fuente de Luz, de donde los antepasados llegaron a Provenza, *misrach* hebraica o *quibla* musulmana; la *Comunión del Pan y el Vino*; el *Bastón* con mango del compañero transeúnte es de la misma familia herméutica que el ábaco del Gran Maestro.

Citemos algunas ceremonias rituales. A la muerte de un hermano o compañero obrero —como hicieron más tarde con otros ritos—, los asistentes realizaban alrededor del cuerpo en algunas

ocasiones, una ronda circular, que es un rito ambulatorio universal, aunque también muy semítico, como lo hacían los *tawaf* en la *Casa de Alá*, en La Mecca. Éstos se lamentaban y gritaban sobre la tumba, como los antiguos semitas. Las señales de reconocimiento se efectuaban por presiones de manos, gestos, y esto existe igualmente en el *taruq*, y las acoladas. Todo esto no fue probablemente adoptado por los Templarios, pero lo que acabamos de decir permite afirmar que tenían ya operativos compañeros y artesanos de sus comanderías orientales, sin tener necesidad de recurrir como tanto se ha creído a imitaciones musulmanas directas. El símbolo del Temple es esencialmente oriental y particularmente dominante. Los profetas Moisés y Salomón debían ser conocidos y venerados por los cristianos asiáticos, hebreos y los musulmanes, lo que aleja la hipótesis de dos desembarques más o menos exclusivamente judíos. El *Sinf* y las cofradías son anteriores a la fundación de la milicia templaria incontestablemente.⁵

En la iniciación del *Sinf* se encontraban ceremonias de iniciación muy significativas. Un manuscrito del siglo xv, el *Kutub ul Futuwa*, las relata junto con la historia de la composición de las cofradías, el papel de las *achiajs* y *maallemime*, y la mención secreta de la trasmisión oral; es seguro que este documento resume una organización existente desde hace muchos siglos, quizás simple continuación de las cofradías anti-islámicas. La *Enciclopedia del Islam* no va tan lejos, aunque sospecha aquí la influencia de los *Ansariejs* o *Nosairis*, que recibían sus neófitos de manera análoga, aunque con frases y rituales conformes a su creencia en la divinidad de Alí.

Las iniciaciones de las cofradías del *Sinf* son todas del mismo género. El *le Kutub uf Futuwa* da una idea. Es el *Shadd*, cuyas peripecias son las siguientes: recitación de la oración *Fatiha*, con la que los musulmanes comienzan la plegaria, 7 saludos o *salama*, recitado en común del colegio del Profeta del Islam o de todos los profetas: Abraham, Moisés, Sliman o Salomón, Mahoma y Alí; juramento del recién elegido. Se lo revestía luego con un chal o *futaj*, que le rodeaba el torso, el hombro y la

⁵ Designamos para simplificar las cofradías derivadas del *Sinf* con el término *Sinf* — *Achiaj*, plural de *cheij*.

⁴ Probst-Biraben: *Compagnonnages européens et musulmans, Revue du folklore français et colonial*, Paris, 1936, ídem.

Decimos hermano de Jesús, porque es así como se designa a Santiago en la antiguas leyendas obreras, quizás justamente influidas por los orientales.

frente, se le rodeaba el talle con un cinturón de 3, 4, 7 u 8 nudos según la *tariqa*, mientras recitaba una plegaria por cada nudo, para el ángel Gabriel, Mahoma o Alí, etc. En Persia el iniciado era vestido con una *Jirqa* análoga a la *gandura*, vestido siempre de lana en este caso, y era tocado con un bonete alto o *tadj*.

Dejemos el simbolismo de ese *shadd* para dar aquí una idea del reconocimiento entre los hermanos de esas cofradías. A falta de palabras exactas, que no está prohibido publicar, ellos se abordan y cambian frases de este tipo, que hacen alusión a la iniciación o a las particularidades del ritual: “¿Conoces la *Tariqa* (el Sendero)?” — “Sí, el que me ha mostrado mi *cheikh*” — “¿Cómo te ha vestido?” — “Con una *Jirqa*, un cinturón y una futa”. — “¿Cuántos nudos tenía tu cinturón?” — “Cuatro: *Djebraïl* (Gabriel), *sidna Mahoma*, *sidi Alí*, *sidi Sliman*”. Si indicaba 3, 5 u 8 nudos, significaba que el interrogado no era de su *tariqa*, de ahí el cinturón a cuatro nudos del ejemplo escogido.

Como los *Ansariejs* o *Nosairis* estudiados por *Dussaud*, la palabra de agradecimiento *Djms*, estaba formada por las 3 letras *Djim*, *Mim*, *Sin*, iniciales de *Djebraïl*, *Mahoma* y *Sliman*. En esta cofradía se podía, si en ella se veneraban 4 nombres, ser *Djmas*, representando a *Djebraïl*, *Mahoma*, *Alí*, *Sliman*, etc.

Todas estas *taruqs* tienen en su ritual presiones de mano rítmicas y acoladas distintas de parte de los hermanos que se encuentran, ya sean zapateros, tintoreros, tejedores, etc., y esto ocurre en la calle, donde nadie presta atención. En el Temple debía existir algo análogo.

El simbolismo de los colores, de las herramientas, era usado como en nuestras compañerías, y era idéntico.

En los *taruqs* ortodoxos como el de los *Qudriya*, hay recepciones rituales y manera de reconocerse entre los hermanos que las compañerías y otras asociaciones han debido imitar, traspasar a sus iniciaciones.

La orden de los *Qadriya*, fundada por *sidi Abd el Qader Djilan* de Bagdad en el siglo vi de la Hégira y xii de Jesucristo, inicia a sus neófitos individualmente como sigue: tras haber recibido el juramento y haber hecho acto de contrición, el *cheij* afeitado al neófito la cabeza, lo toca con un *tadj* (bonete alto de lana o fez), lo reviste con un manto, le rodea los riñones con

un *cinturón* y lo inicia en la ciencia espiritual; se sienta con él sobre una gran *alfombra* de plegaria, o en una alfombrilla sacralizada, limpia. Come con él un manjar dulce, lo envía luego a los Juan ausentes y hacer servir a éstos regalos en la sala de recepción. Tras fórmulas piadosas, invocaciones diversas, le enseña las preguntas y respuestas que a la vez instruyen y permiten reconocerse como compañeros de la *mano*, del *cinturón* y de la *alfombra*.

El cambio de vestido es, en general, símbolo del ingreso en una nueva existencia, y sus piezas corresponden a las facultades del hombre. El manto aísla del mundo profano y de las fuerzas malas. La alfombra desempeña el mismo papel, como en la plegaria musulmana, pero en más alto grado. La mano que ha prestado el juramento es la que debe tener el libro sagrado, o de los preceptos de la orden cuando el hermano estudia; cuando reza es ella la que, abierta hacia el cielo, recibe las influencias superiores. La colación es una comunión. He aquí algunas preguntas y sus respuestas, muy similares a las de nuestras sociedades secretas.

“¿Quién fue el primero que recibió el cinturón?” — “El ángel Gabriel, a quien se lo llevaron los ángeles enviados por la Verdad” — “¿El segundo?” — “Mahoma” — “¿El tercero?” — “Alí” — “¿El cuarto?” — “Sliman y Farsi” — “¿Quién lo ciñó?” — “Alí” — “¿A quién pertenece el cinturón y a quién la mano?” — “El cinturón es de Alí y la mano de *sidna Mahoma*, porque Dios ha dicho”, etc. — “¿Cuántos cinturones hay?” — “El cinturón superior de Gabriel está en el cielo, el cinturón inferior que es de Alí, está sobre la tierra, es la *tariqa*” — “¿Qué es la *tariqa*?” — “Es la ciencia, la continencia y la sabiduría” — “¿Qué es la alfombra del camino?” — “Es la alfombra de plegarias del *cheij* sobre la cual nos prosternamos y sobre la cual se aprenden los misterios” — “¿Cuántas palabras simbólicas tiene la alfombra y cuántas son éstas?” — “Cuatro” — “¿Cuáles son?” — “Gabriel, Miguel, el Haçan, el Hoçein” — “¿Cuántas letras y cuáles son?” — “Cuatro: Ta, Mim, Ha y Nun” — “¿Qué significan?” — “*Ta* significa que el compañero de la alfombra debe ser el polvo de la gente del sendero (*trab*); *Mim* que debe ser puro como el agua corriente (*Ma*); *Ha* que debe ser como el céfiro (*Hasui*) que sopla entre los árboles, es decir expandir los favores divinos

entre las gentes del sendero; *Nun* que debe ser como el fuego (*Nar*) que quema la casa del perverso” — “¿Cuál es el lugar de Alí?” — “Aquel trazado por los ancianos experimentados”. — “¿Cuántos puentes hay que atravesar para llegar hasta el lugar de Alí y sentarse sobre la alfombra?” — “Tres”. — “¿Qué hay a tu derecha, a tu izquierda, detrás de ti, delante de ti, sobre tu cabeza y bajo tus pies?” — “Gabriel a mi derecha, Miguel a mi izquierda, detrás de mí Azrail, delante de mí Asrafil, por encima el Soberano glorioso bajo mis pies la Muerte, más cercana que la vena yugular de nuestra garganta”. — “¿Qué hay en tu corazón?” — “La impureza y la ignorancia”. — “¿Quiénes son tus testigos?” — “Mi mano derecha y mi mano izquierda, que testimoniarán ante Alá”. — “¿Dónde fuiste recibido?” — “Sobre la alfombra de la Verdad, bajo los pies del trono divino, sobre el lugar de Alí”. — “¿Cuál es la llave de la ley y su cerradura, etc.?”

Los caballeros o los capellanes maestros de obra, ya iniciados en el equivalente de uno de nuestros Deberes, eran voluntariamente recibidos en el *taruq*. De ahí proviene la comunidad de jeroglíficos, signos y figuras geométricas, tan frecuente en los edificios templarios, o los dibujos que han intrigado a tantos investigadores y que sólo pueden provenir de la iniciación obrera. Este origen es muy importante conociendo la importancia del arte de construir y de los oficios en la Orden del Temple, más que un pitagorismo exclusivo, directo, cuyo camino hasta llegar a los caballeros parece difícil de seguir. Ha habido influencias lejanas de los pitagóricos, de los neo-platónicos, de Egipto en todas las Fraternidades cerradas del Mundo Mediterráneo, que terminaban en un sincretismo hermético. Se encuentran pues huellas en el medio operativo donde vivían algunos Templarios, debido a las necesidades de sus funciones de arquitectos o de instructores.

En vista de esto es inútil recurrir a hipótesis de práctica de la magia, de satanismo especial, o de ritos maniqueos en el contacto con los orientales, y servirse de esto para afirmar la herejía de los Templarios. Las cosas, como acabamos de mostrarlo, eran mucho más simples.

Comprendemos ahora de dónde vienen las huellas extrañas, los diseños enigmáticos para los profanos. Son de la misma familia

que los de los *Deberes*, perfectamente aceptados por la Iglesia, a los que pertenecían los sacerdotes y los monjes antes de la Revolución, y contra los cuales los Papas no pronunciaron jamás bulas; también provienen de los *Bauhütten* de los masones operativos, que estaban bajo el patronazgo de los obispos de Colonia, de Estrasburgo, de Berna, de Viena, muchos siglos después de la disolución del Temple.

Los *símbolos* no fueron decoraciones anacrónicas sino *vehículos de ideas*. Había, por lo tanto, doctrinas herméticas o, cuando más, una selección de estas ideas, encaminadas en el sentido citado, cuya penetración se efectuó progresivamente entre los Templarios. Conviene recordar las más importantes. En primer lugar, la creación del mundo según leyes matemáticas, de ahí la aritmología sagrada y la geometría, consideradas como lenguajes divinos; en seguida la oposición de fuerzas (la polaridad), y el equilibrio entre ellas; el ritmo en la concentración y la expansión, momentos necesarios de la vida y del Pensamiento; el dominio del Espíritu frente a la materia; la correspondencia justificada del Macrocosmos y del Microcosmos, o la del Temple de piedra y ladrillos de Jerusalén con el Temple invisible; la regeneración del hombre, etcétera.

Enumerarlas todas sería resumir la teogonía y la metafísica universales, todo el hermetismo cuya enseñanza es, sobre todo, cosmología. Fueron ellas las que inspiraron y dirigieron esos poemas arquitectónicos que son las iglesias, o las moradas de iniciación, como ha dicho tan admirablemente el lamentado *Fulcanelli*; esos libros de mármol y de piedra, mudos para los hombres superficiales y profanos, sin duda conmovidos por las hermosas proporciones y el ordenamiento armonioso, por la simetría y la conveniencia de los edificios, elocuentes por el contrario para el iniciado y el contemplativo. Estos últimos encuentran aquí infinitos temas de meditación, que les permiten sobrepasarse a sí mismos, subir hasta los Principios o alcanzar los Estadios Superiores del Ser.

¿Quién puede haber dado a los caballeros el gusto por las iglesias de planos inusitados y, sin embargo, tan estéticas? ¿Quién les hizo construir la rotonda de la capilla del Temple en París con la forma interior neta del Sello de Salomón? ¿Por qué levantaron iglesias fortificadas de apariencia árabe en el exterior, con

troneras orientales, y cuya disposición es octogonal? No pueden haber recibido estas enseñanzas más que de los compañeros de equipos obreros, europeos y judíos, cristianos de Oriente —fieles a las pequeñas religiones del Levante— y de algunos musulmanes que colaboraban en las tareas comunes obedeciendo las mismas tradiciones generales, coloreadas con las propias.⁶

La decoración puede variar, la geometría, los principios herméticos son inmutables. El monumento, ya sea de líneas curvas o rectas es, sobre todo si es tradicional, una imagen reducida del Universo, razón por la cual antes siempre estaba orientado, fuera o no religioso. Los judíos, los cristianos y los musulmanes tienen un Oriente ritual, *Misrach* o *Quibla*, hacia el que se vuelven en sus plegarias. Todos los templos y los lugares de asambleas de Europa y de Levante y del Asia menor estaban vueltos hacia el Este (o el sudeste para el Islam), dirección de donde proviene la Luz y el Conocimiento.

Las *cúpulas*, que pasan del *cuadrado*, símbolo del cuaternario de los elementos al *triángulo* de la Trinidad y a las Triadas por las trompas, y finalmente al *domo*, símbolo de lo Único divino, no fueron construidas así por simples motivos de técnica, sino con intención. En tiempo de los Templarios las hubo primero en Capadocia y en las islas del mar Egeo, antes de ser propagadas entre nosotros. Se dice generalmente que fueron los monjes que regresaban de Tierra Santa quienes las importaron; pero trabajos recientes demuestran que fueron introducidas en Italia y en Francia por las cofradías de constructores, entre las cuales había albañiles y talladores de piedras, acostumbrados a las formas tanto cristianas como musulmanas que se usaban en Oriente. Estas formas fueron aceptadas por los donadores, prelados o sacerdotes que se ocupaban de los trabajos, muchos de los cuales, ellos, sus parientes o sus amigos, habían estado en los Santos Lugares, donde habían apreciado la belleza de construcciones menos pesadas que las de los edificios romanos anteriores.⁷

⁶ Ambeljan: *A l'Ombre des Cathédrales*. Fulcanelli: *El misterio de las catedrales - Las moradas filosóficas*.

⁷ Antes del siglo XI hubo muchas iglesias octogonales, pero de todos modos debemos recordar las templarias de esta forma.

(Trabajos del R. P. de Japhernion sobre las iglesias cristianas de Oriente;

Por otra parte, la bóveda de las iglesias fue siempre una figuración de intención celeste, aunque menos pura que la cúpula o el domo.

Hubo por lo tanto numerosas interpenetraciones de enseñanzas expresadas en lo simbólico, y basadas todas en las compañías. Los Templarios, entre los que algunos habían recibido lecciones de los monjes cisterciacos especializados en el arte de la construcción, estaban ya preparados a fraternizar con los operativos. Fueron estos últimos quienes les comunicaron, tras la afiliación, lo que parece tan raro en sus costumbres y en sus signos.

A propósito de los *graffiti* del calabozo de Chinon, estudiaremos los estandartes y las marcas de los talleres, emblemas susceptibles en buena parte de provenir de fuentes compañónicas internacionales. Si nuestra teoría es justa, todas las otras hipótesis concernientes a la magia y el satanismo de los Templarios, y la ilusión que se tuvo de demostrar esto, se vuelve caduco. Los acercamientos con sectas heteróclitas del Cercano Oriente, tampoco tienen mayor solidez, con excepción de algunos raros detalles probablemente confusos.

¿Cómo, si lo que acabamos de exponer es erróneo, se explica que tantos Templarios —y hay que entender bajo este nombre general los criados y todos los afiliados—, fueron después de la disolución tan fácil y fraternalmente recibidos por los arquitectos y obreros de los gildes de Gran Bretaña y Escocia? Si no existen en otra parte documentos incontestablemente auténticos concernientes a la supervivencia de los Templarios, escribimos nosotros en 1939, en las Islas Británicas, por el contrario, en medio de mucha poesía e imaginación es posible precidir cómo han debido pasar las cosas. Un erudito norteamericano G. C. Laurens, de Newark, USA, escribió a amigos privados en 1935 que la familia de *Robert Bruce*, que llegó a ser rey de Escocia en 1274, era de origen flamenco y protegió bajo este título a muchos Templarios exiliados, tanto más que en la misma familia había caballeros de la Orden. El rey Robert Bruce los ayudó, continuando la tradición del rey David. Había atraído, por otra parte, a Es-

las inscripciones bizantinas, la iconografía cristiana en *Mélanges de la Faculté Orientale et de l'Université St. Joseph de Beyrouth*.)

cocia muchos artesanos flamencos (particularmente organizados en gildes), con la promesa de garantizar la práctica de los antiguos usos y costumbres.⁸

Estos gildes eran internacionales como reclutamiento y provenían de Bélgica, sobre todo de Bruges. Se poseen documentos que establecen que los monarcas de las Islas Británicas acordaron diversos favores y privilegios a los tejedores, cardadores de lana, albañiles y carpinteros.

Hubo hospitalidad y protección para los Templarios refugiados de parte de los gildes, entendiendo esta palabra en su sentido más amplio, ya que ellos mismos habían sido recibidos y protegidos por los soberanos del otro lado del Canal.

Los caballeros, en su mayoría guerreros, fueron individualmente escondidos bajo distintos disfraces en Francia, en Italia y en los países donde los príncipes los habían hecho quemar o dejado quemar por las jurisdicciones seculares; sus parientes nobles o algunos burgueses a los que habían hecho favores los hicieron pasar a Aragón, a las Baleares y, sobre todo, a Portugal. Recordemos que en España estos reinos habían rehusado perseguirlos y que Lusitania favoreció su renovación bajo la apelación de Orden de Cristo.

En Italia, los hermanos de la *Fede Santa* y los *Fideli d'Amore*, cuyas aspiraciones sociales comprendemos por el elogio que hizo de la asociación *Dante*, que era uno de ellos, así como por sus vehementes apóstrofes en la *Divina Comedia* contra Felipe el Hermoso y Clemente V, los ocultaron y los ayudaron en general.

Ignoramos por qué los judíos e incluso los gitanos, cuando no eran artesanos ni obreros, estaban en relaciones amistosas con las compañías. Es un hecho misterioso, que merece ser estudiado. Los *bohémios*, *gitanos* y *ziganos*, no aparecieron en Europa hasta el siglo xv y no pudieron por lo tanto ofrecer seguro refugio en sus tribus a los Templarios en fuga. Ayudaron con frecuencia a los *marranos* y los *moriscos* de España, y a veces se casaron con ellos, tras haberlos utilizado como veterinarios

⁸ Probst-Biraben y Maitrot: *L'héritage des Chevaliers du Temple*, en *Mercure de France*, 1939, c. p. Laurens, correspondencia privada, 1935. Empleamos el término de guilda en el sentido más general.

para los caballos con los que comerciaban, uniéndolos a sus caldereros, tejedores de alforjas, de telas de carretas y cesteros. Artesanos de todos los orígenes encontraron refugio entre ellos durante las guerras, las crisis o las persecuciones religiosas.

Los judíos y los nuevos cristianos, sus descendientes, en los otros reinos ibéricos, socorrieron a los capellanes y criados constructores escapados, cuentan viejos relatos del país vasco. Si lo que presumimos es real, muchos más judíos y gitanos de lo que se supone fueron artesanos u obreros. Como nadie trabajaba en tiempos pasados sin estar afiliado a las compañías, los servicios y también los sufrimientos mutuos deben haber cimentado esta alianza secreta entre judíos, gitanos y compañeros. Estos grupos, constantemente perseguidos y molestados, contaban también con afiliados aislados en los gildes. Una especie de francmasonería solidaria más eficaz reinaba en ese Mundo del Trabajo.⁹

En resumen, los Templarios estaban en términos excelentes con las asociaciones operativas de Europa o del *Sinf*, ocuparon siempre a sus miembros en sus dominios, ingresaron en su seno por iniciación obrera y cumplieron los papeles de maestros de obra, arquitectos e instructores de la geometría y de las ciencias, especialidad de las escuelas monásticas. Es de este compañerismo del que sacaron parte de su simbolismo, y quizás su hermetismo. El resto fue transmitido por los cisterciacos u otros *religiosos constructores*, mezclados a antiguos recuerdos pitagóricos, *bárdicos* del mismo tipo y orientalismos menos importantes de otras fuentes. No conviene en estas condiciones buscar en otra parte el origen, aunque podemos ahora examinar de más cerca las influencias, manifiestas para quien sabe leerlas en las alegorías, los símbolos de los monumentos, las ropas, las oriflamas, los diseños y siglas de los Templarios.¹⁰

⁹ Probst-Biraben: *Compagnonnages européens et musulmans*, en *Revue du folklore français et colonial*.

¹⁰ Probst-Biraben: *Compagnonnages européens et musulmans*, en *Revue du folklore français et colonial*.

XI

GRAFFITI TEMPLARIOS DE CHINON Y HERMETISMO

Paul Le Cour publicó en abril de 1926 un estudio muy interesante sobre *Les Graffiti du Chateau de Chinon* (Los graffiti del castillo de Chinon), libro de piedra, dice el autor, donde los caballeros Templarios escribieron en un idioma, en verdad simbólico e inaccesible al vulgo, cuáles eran sus creencias y a qué tradiciones se vinculaban. Este libro de piedra es el castillo de Chinon, donde algunos caballeros, entre ellos el mismo *Jacques de Molay*, Gran Maestro de la Orden, fueron encarcelados en el año 1308, durante su transferencia de París a Poitiers, donde debían comparecer ante las autoridades eclesiásticas encargadas de juzgarlos. Existe en efecto dicho libro de piedra desde hace 600 años, milagrosamente salvado del vandalismo de los visitantes.¹

Más precisamente, el libro está en los alféizares de la torre de Coudray. Se notan aquí inscripciones, y los escudos de los caballeros, a menos que se trate, suposición poco creíble, de los escudos de armas de otros nobles, antes prisioneros en el mismo lugar. *Paul Le Cour* y *Chabonneau Lassay*, sabios descifradores del simbolismo cristiano, señalan, lo que es más importante para nosotros, figuras y signos de la misma familia que los pertenecientes a las asociaciones obreras de las que acabamos de hablar;

¹ Paul Le Cour, *Les graffiti du château de Chinon*, en *L'Illustration*, 1926.

algunos que son herméticos. Signos cristianos corrientes aparecen mezclados a signos compañónicos y a algunos inesperados, como el *Corazón Radiante*, al cual Charbonneau Lassay ha consagrado un estudio: *Le Coeur Rayonnant du danjon de Chinon* (El Corazón Radiante del calabozo de Chinon).²

Los blasones proporcionan datos útiles sobre la identidad y las familias de los caballeros cautivos y, por lo tanto, no nos ocuparemos de esto, y probablemente los blasones no tienen nada que ver con los *graffiti* simbólicos, con excepción de algunos en los que los *muebles* se encuentran entre grabados extraños, con escudos trazados encima.

Los principales símbolos son: cruces por encima o no del círculo punteado; el *Sello de Salomón*; una especie de S en espiral; un *yn-yang*, manos, *los tres puntos*, tres círculos, punteados en el centro y entrelazados; eso que denominamos en heráldica los *escarbucllos*, especie de estrellas de ocho rayos, distribuidas en los cuarteles o en los escudos, simples o cuatro veces repetidos; un signo formado por dos triángulos que se unen por la punta; *corazones radiantes* o sobremontados por hinchazones, que pueden ser el esquema de una flor o una llama; una especie de media luna dada vuelta, que nos negamos a suponer sea emblemática.

Tras dar el sentido esotérico de estas figuras analizaremos aquello que no se encuentra en Chinon, sino en las disposiciones del *Bucéfalo*, en las rotondas, en la cruz de ocho beatitudes del alfabeto y también en algunas costumbres y ritos atribuidos a los Templarios.

Más arriba hemos separado el examen de los *graffiti* del de los blasones, porque nada demuestra que todos los diseños provengan de mano de los caballeros. Bien pueden haber sido grabados por los capellanes, los maestros de obra y los artesanos recibidos en la Orden. Pero la vigorosa presunción de que son comunes a todos los Templarios no queda debilitada por esto.

Hubo varias categorías de hermanos en tránsito por el castillo de Chinon, todos más o menos familiarizados con la expresión usual simbólica de las ideas herméticas y místicas corrientes

² Charbonneau-Lassay, *Le Coeur Rayonnant*, Secrétariat des Œuvres du Sacré-Cœur, Paray-le-Monial, 1922.

en la Orden, aunque fueran de iniciación desigual, y aplicaran conceptos fundamentales a objetos distintos.

Mantengámonos, para no confundir, en los *graffiti* estudiados por Paul Le Cour, elegidos entre muchos, sin seguir siempre sus interpretaciones personales. A la derecha de la puerta le ha parecido distinguir un hacha doble, que él juzga emparentada a la *labrys* de Creta. Es posible, pero, para nosotros, testimonia aquí otra cosa: la presencia de compañeros entre los presos.

Señalamos de paso que los *graffiti* de Chinon no aportan nada nuevo al conocimiento de los glifos y pantáculos templarios, por interesantes que sean: por el contrario, nos indican las calidades y categorías, por así decirlo, de los encarcelados, permitiendo discriminar jeroglíficos y diseños concernientes a los jefes, a los caballeros, a los capellanes y a los compañeros obreros.

Su fin no fue distraer su aburrimiento, sino hacer saber a los que ocuparon los calabozos después de ellos, incluso por medio de los blasones y algunos signos raros, que determinados hermanos habían estado encerrados en los calabozos.³

A la izquierda de la misma puerta, en lo alto, hay tres puntos profundamente grabados en el revoque, formando un triángulo equilátero, como en los documentos y correspondencias de los compañeros y francmasones. Están varias veces repetidos en otra piedra del mismo muro. Paul Le Cour los vincula a los tres puntos revelados en el manuscrito templario de la Biblioteca Corsini, el mismo que hemos mencionado a propósito del alfabeto secreto.

Este temario resume múltiples verdades metafísicas, psicológicas, físicas y técnicas en tres términos. Su sentido general es el equilibrio de las fuerzas; veamos otros: expansión, concentración, estabilidad; el de las tres personas que no son más que una Unidad en Dios; las tres Facultades: Razón, Memoria y Voluntad en un alma humana única; la Fuerza, la Materia y el Movimiento, la Acción, la Resistencia y el Trabajo.

Corresponden a planos de pensamiento y de acción diferentes. Notamos que el primer término es activo, el segundo pasivo, el tercero intermedio.

³ Consultar las reproducciones fotográficas de los *graffiti* en el artículo de Paul Le Cour de *L'Illustration*.

Estos tres puntos están repetidos 4 veces en el zócalo de una cruz de *graffiti*. No es posible pensar que hayan sido grabados después del siglo XIV, o hechos por los visitantes del calabozo. Hemos visto otros semejantes en las puertas de casas medievales de tallistas de piedras en el valle d'Ossau, en los Pirineos.

El círculo punteado existe ya en los megalitos: se los puede notar muy bien trazados en Chinon, y también tres círculos punteados entrelazados. Es la Trinidad, pero en el trazado que forman los entrelaces hay 7 triángulos curvilíneos, recuerdo de los 7 planetas, colores, sonidos, etc., esto es, el septenario con sus significados correspondientes.

El signo astrológico y alquímico de la Tierra, círculo sobremontado por una cruz latina, es bien neto: pero en heráldica es el mueble llamado el Mundo; significa, con frecuencia, la autoridad imperial, y pensamos aquí en el *Imperator* de la *Sinarquia*.

Un símbolo no menos importante y quizás más frecuente que el anterior es la estrella de 8 rayos, formada por una cruz de San Andrés y una cruz griega. La notamos rodeada de un cuadrado, como las armas de un escudo rodeando todo el campo y el cuádruple engaste de un cuadrado. Es a la vez el *escarbucló* del blason y un pantaclo hermético, así como un emblema cristiano. Aparece en las armas de Navarra y de España, que ha hecho de ella uno de sus cuarteles. Es, en hermetismo, la generación espiritual, el cuaternario espiritual neutro atravesado por el cuaternario espiritual activo; en simbolismo cristiano, es la Regeneración. La frecuencia del signo entre los Templarios indica su gran meta social y espiritual. El octógono estudiado más adelante es análogo.

El sello de Salomón, el escudo de David o de Miguel, formado por dos triángulos opuestos entrelazados, representa el Macrococosmos. En Chinon tiene la cantidad de 19 puntos, centros de ángulos y de triángulos alrededor del centro del pantaclo. A propósito de arquitectura, lo encontramos en los planos de los edificios.

Muy extraordinario para la época es el *Corazón Radiante*, representado al lado del *escarbucló*. Es emblema del *Sagrado Corazón*, símbolo del centro del Ser integral, del Calor y de la Luz, tanto entre nosotros como en el islamismo, Fuego de Intelectualidad y de Amor. Los árabes no lo consideran únicamente co-

mo afectivo en su teoría del *Qelb aqel*, del corazón inteligente, y se unen al hermetismo que profesa una teoría análoga sobre este punto. Los Templarios, discípulos de Juan, Maestre del Amor, ellos, cuyo grito de guerra era *Viva Dios Santo Amor*, tendían también al conocimiento superior, ése que se obtiene amando a Dios de todo corazón.⁴

Nos parece que algunos escudos de los *graffiti* son corazones. Un diseño curioso es aquel en el cual el signo aparece sobremontado con 4 tipos de hojas ovaladas, que bien podrían ser una flor. En este caso, sin duda no se trata del corazón radiante, sino de una sigla lapidaria de obrero, ya notada en las piedras de las catedrales de Europa central, del mismo modo que el corazón con apéndices que caen. La obra de *Franz Rziha* da muchos ejemplos.⁵

Hay una mano muy bien reproducida sobre la primera piedra a la derecha del conjunto de ocho, notadas por Paul Le Cour en la página 323 de su estudio. Desde la mano hechizadora de las grutas prehistóricas —pasando por la mano de la bendición— hasta la *Kef Meriem* de Oriente, llamada en África *Mano de Fathma*, este signo ha representado numerosas intenciones religiosas e incluso mágicas. Como no conocemos otros ejemplos en los documentos templarios, no la comentaremos. Situada en el muro, no lejos de una letra H y de un corazón trazados, como la mano en cuestión, sin adornos, opondremos los dos emblemas.

Su presencia, por así decirlo, lado a lado, nos hace pensar que el capellán o criado que los grabó quiso hacer conocer a los Templarios prisioneros que podrían ser encerrados en el calabozo tras la partida del primer grupo y que en este grupo había Dignatarios de la Orden (corazón central, Luz y Amor, etc.), y operativos (mano, acción, trabajo).

No es ésta una prueba absoluta del encarcelamiento de artesanos y obreros en Chinon, aunque, unida a la presencia del hacha doble, utensilio quizá desusado, pero útil de todos modos, representa un serio comienzo de prueba.

⁴ Charbonneau Lassay: *Le Cœur Rayonnant*, Regnabit, 1926. R. Guenon, *Le Cœur Rayonnant*, Regnabit, 1926. Hay corazones inflamados en las tumbas de los compañeros de Aliscamps d'Arlés.

⁵ Franz Rziha, *Über Stein*, Metz Zeichen, 1886.

El corazón señala un *Yn Yang*, símbolo del Extremo Oriente muy difundido, que no nos parece muy característico. Es un globo terrestre ceñido por una banda y que debería estar sobremontado por una cruz, acaso figuración del Poder imperial. El *Yn Yang* en China representa la oposición por sus colores, equilibrado por el engarce que lo rodea o los ocho grupos de *Kua*.

En Occidente y en el Cercano Oriente, no se lo emplea. Lo hemos visto en tumbas marroquíes, y estos dibujos son usuales en Mogreb, donde los musulmanes los llevaron tras sus contactos pasajeros en La Mecca con correligionarios chinos e hindúes, que les proporcionaron también toda clase de motivos de decoración cuyo carácter iniciático ignoraban.⁶

Lo mencionamos bajo reserva entre los *graffiti*, pero añadimos que es muy excepcional en Europa para que formara parte del simbolismo de los Templarios, sobre todo en esa época. Por otra parte se trata más bien, porque el diseño no es claro, de un globo cortado por una banda.

Deberíamos estudiar cuidadosamente las letras mayúsculas latinas aisladas o incluídas en círculos de dos diámetros que se cortan en cruz, cuaternario espiritual en el Universo. Las B son las más repetidas, así como algunas S. Habría que pensar en el valor numérico de esas letras, como en la *Qabbala* o el *Djafir*, ciencia numérica de las letras entre los musulmanes, o en marcas obreras.

Los dibujos que simulan *medias lunas*, con las puntas vueltas hacia abajo, dan impresión de ser emblemas de la religión islámica. En el blasón afirman, ya sea victorias sobre los sarracenos, o un fundador de la familia noble de origen musulmán, primer poseedor del escudo. Desgraciadamente para muchos lectores de estos *graffiti*, la explicación es mucho más simple. Comprobamos que las medias lunas rodean las cabezas de personajes vestidos con manto, que a veces sostienen un escudo, y son probablemente caballeros de la Orden. Sin embargo, suelen aparecer solas. Si, como creemos, representan el capuchón o capucha echado sobre la cabeza, se trataría de cabezas encapuchadas y

⁶ Maitrot: *La Survivance des Symboles dans l'Afrique du Nord*, en *Bulletin de la Société Archéologique*, Constantine, 1922.

apenas diseñadas, a las que no tuvieron tiempo para trazar los rasgos, ni añadir el cuerpo con su manto.

¿Qué lección nos dan los *graffiti*, qué enseñanza nos aportan?

En primer lugar tenemos la prueba que hubo otros Templarios además de los caballeros encerrados en Chinon, antes de ser llevados a París, porque registramos simultáneamente blasones y pantáculos bien distintos en las mismas paredes, confirmación de nuestra hipótesis de 1939, de que hubo Templarios dirigentes y otros ejecutores de órdenes, hombres de acción poseyendo los unos secretos bancarios y de hegemonía, los otros enterados incompletamente de esto; quizás también hubo jefes aparentes y jefes secretos.⁷

Es un error afirmar que Felipe el Hermoso envió sólo a los dignatarios ante los cardenales Berenguer Fredol y Etienne de Sussy a Poitiers y los encerró junto a Jacques de Molay en el castillo de Chinon para hacerlos juzgar en París, pese al deseo de Clemente V. De las dos cosas existen pruebas: tanto de la partida en el mismo convoy de dignatarios, caballeros, capellanes y operativos, como de que hubo otro grupo después que Molay y sus compañeros de infortunio salieron de los calabozos de Chinon. La segunda suposición nos parece desmentida por el orden de los *graffiti*: se ven blasones colocados arriba en fila, luego, en seguida, más abajo, símbolos herméticos, personajes encapuchados, cruces y emblemas a la vez religiosos y herméticos, marcas de oficios y herramientas, así como algunos llamados a las finalidades de la Orden.

Había, en consecuencia, muchas clases de enseñanza templaria, si es que no hubieron grados progresivos una vez que se entraba en la Orden por medio de la recepción común. Presunción, luego, de selecciones sucesivas y aplicación intelectual de la división del trabajo, como hemos estudiado precedentemente.

La existencia de una matemática sagrada, superpuesta a la ya sutil de la banca y la especulación comercial, queda demostrada una vez más por los números tradicionales de puntos de pantáculos, la identidad de las figuras y puntos, y de las herramientas simbólicas con las de las compañerías, confirmando nuestra opi-

⁷ Probst-Biraben y Maitrot: *Essai sur l'Ordre de Temple*, en *Mercur de France*, 1939. John Charpentier, loc. cit., p. 198.

nión de que una parte de los Templarios estaba afiliada a éstas y desempeñaba un papel.

El empleo de números representó entre ellos un eco del pitagorismo, aunque no encontramos ninguna huella de afiliación directa a estas doctrinas, o a las aritmologías de los judíos y los árabes, cosa que aparecería más claramente que en los *graffiti*.

Los conocimientos de los Templarios en arquitectura esotérica formaban parte, como en la aritmética simbólica, de los misterios cristianos sucesores de enseñanzas matemáticas transmitidas por la antigüedad, y conservadas por los monjes constructores. Expresan, por lo tanto, un hermetismo cristiano, forma del hermetismo greco-latino que concuerda con lo universal, sin vínculo necesario con las doctrinas de las sectas heterodoxas.

Los gildes, en su ceremonial, empleaban de buena gana el octógono. Había disposiciones octogonales en los lugares de recepción y en las asambleas de algunos de ellos antes del siglo XIII, según tradiciones obreras inglesas.⁸

Las iglesias octogonales de los Templarios, o iglesias de rotunda con ocho paneles en la base, fueron sin duda introducidas entre ellos por compañeros masones. Se ha querido ver ahí una imitación a la mezquita del Cercano Oriente, que por otra parte tenía la misma forma que muchas viejas iglesias de Oriente, pero la hipótesis de una inspiración de maestros de obra o de masones afiliados al Temple y que provenían al mismo tiempo de las compañías, parece más satisfactoria. El número 8, entre los cristianos, es el de la Regeneración. Lo hemos encontrado en heráldica, en los *graffiti* y también en la Cruz de las 8 Beatitudes, clave del alfabeto, que puede inscribirse en un octógono.

La Cruz paté contiene, ella también, algunas misteriosas intenciones, a la vez conformes a la simbólica cristiana que continúa la antigua, y a las tradiciones obreras. Añade al sentido de la cruz simple los 4 elementos, los 4 grandes evangelistas, las 4 grandes Virtudes, las 4 Estaciones, las 4 letras del gran nombre: "Lod Hé Vav Hé", y la disposición de las fuerzas construc-

⁸ Cuando usamos la palabra "tradiciones" en plural, se trata siempre de formas locales, temporales, profesionales, religiosas, etc., derivadas de la Tradición Única primitiva, aunque siempre concordantes con ésta.

Si los antepasados de los Deberes y otras asociaciones obreras aporta-

tivas en un punto central con sus 4 triángulos en las cimas convergentes. Su color, rojo y gules, es el color del Fuego y de la acción en hermetismo general, y entre los musulmanes.

Hemos señalado un sello de Salomón entre los *graffiti* y mencionado la rotonda de la iglesia del Temple en París. Tenía interiormente 6 pilares y exteriormente 12 travesaños. "Su trazo (dice *Viollet le Duc*, probablemente un compañero), sólo pudo obtenerse por medio de dos triángulos equiláteros que se penetran".⁹ El mismo autor consideraba el triángulo equilátero, plan generador de la rotonda, como uno de los signos adoptados por los Templarios.

Clavelle, en su artículo sobre el *Temple de París*, observa con bastante verosimilitud que el Sello de Salomón, escudo de David o de Miguel, es una aproximación al templo de Salomón, que los Templarios se proponían reconstruir simbólicamente.¹⁰

El 4 de cifra, correcto y a la inversa, cuyo trazado sobreentendido permite pasar secretamente de una pareja de puntos de la Cruz de las Beatitudes, a otra que no lo sea, es una sigla obrera conocida y muy frecuente. Figura también en el blasón. Hemos examinado sus intenciones múltiples (triángulo y cruz, escuadra y cruz, letra púnica o celtíbera, jeroglífico hermético y astrológico de Júpiter).

El simbolismo de los colores en los Templarios concuerda con el de la antigüedad y los pueblos mediterráneos. En efecto, no es por casualidad que los colores del famoso estandarte del *Bucéfalo* y las ropas de las diversas clases de hermanos, caballeros y capellanes por una parte, y criados por la otra, son conformes a la Tradición.¹¹

Los vestidos, ropaje, clámide y manto de los caballeros y capellanes, son blancos como los de los sarracenos, pero hay órdenes cristianas, como la de los dominicanos, que también llevan

ron un hermetismo general y símbolos del Temple, esto no significa que la Orden no hubiera recibido enseñanzas secretas de este tipo de otras fuentes no obreras.

⁹ M. Clavelle: *Le Temple de Paris: L'Ordre du Temple*, número especial de *Voile d'Isis*.

¹⁰ M. Clavelle, *Le Temple de Paris: L'Ordre du Temple*, número especial de *Voile d'Isis*.

¹¹ Portal: *Les Couleurs Symboliques*, París, 1938.

ropaje blanco. Lo que resulta más típico es que los Templarios propiamente dichos, los superiores, los "servidores" en la jerarquía funcional, están vestidos de blanco y los segundos de pardo o de negro. Entre los árabes de ciertas cofradías los *Achiajs* o *marabuts* y los dignatarios, se visten de blanco, y los *foqara* ordinarios están cubiertos por *ganduras* o albormoces de colores diversos.

El cordón de los Templarios no lleva nudos, es decir, sería un lazo de amor. Este símbolo es muy común entre los hindúes, como la cuerda de los brahmanes y la cuerquita con nudos de los *cuffich* árabes del *cherq*, o Levante. El número de nudos resume los planetas, o personajes sagrados o notables en el caso de los beduinos, cuyas tribus también se distinguen así.

Hemos observado que algunas órdenes cristianas, como los franciscanos, los dominicanos y los cisterciacos usan el cordón con nudos: es menester pues, antes de dejar de lado el origen oriental, pensar en la inspiración primitiva de la cuerda entre los religiosos en general, cosa difícil de imaginar fuera del Asia Menor cristiana o musulmana. Signo de humildad, de vinculación, de lazo con alguna regla, pero, sobre todo, aislador astral e indicación del límite del mundo exterior.¹²

El estandarte de los dignatarios del Temple, el célebre *Bucéfalo*, está lleno de misterios. Los investigadores se han demorado a veces en la etimología de la palabra, a veces sugestiva de esoterismo. Es independiente del estandarte de guerra.

En el manuscrito de Dijon su ortografía es *Beaucant*: "Es el estandarte *Beaucant* en avance". En el manuscrito de París aparece como *Baussant*. Besándose en el *Roman de Rosillon* y la Fábula de los Caballeros, esta última narra que "Dos caballeros van jineteando, el uno de frente el otro hacia atrás"; se interpreta *Beaucant*, convertido en *Beuceant* o *Bauceant*, como un caballo de dos razas o dos colores.* La segunda hipótesis es muy verosímil. El estandarte en cuestión era, en efecto, bicolor,

¹² Hemos visto más arriba que el nuevo adepto, cuando es aceptado en la *tariqa* musulmana de los *Qadriya*, es tocado con un *tadj*, mitra o fez muy elevado, vestido con una *gandura* de lana y con un manto ceñido a los riñones con un cinturón, por el *sheik*.

* Hemos traducido *Bucéfalo* por juzgar que es la palabra más adaptable a la intraducible de *Beuceant*. (N. del T.)

pero la naturaleza de los colores es aún discutida: para algunos el Bucéfalo es blanco cuarteado por una cruz roja con ramas iguales al comienzo y, más adelante, llevaba la cruz paté de gules, y el estandarte de guerra blanco y negro; otros lo pretenden blanco y negro como el estandarte, o blanco con cruz negra cuando ésta queda en el medio. El punto no ha sido aclarado: si el estandarte fue blanco y rojo, esto significa la Sabiduría de Dios y el amor Divino, el Amor regenerador; por el contrario, en el caso de que fuera blanco y negro, tenemos la luz y las Tinieblas, el mundo lunar y el de Saturno. El estandarte de guerra, en un simbolismo cósmico, representaría los círculos de otros planetas del sistema solar.¹³

Rechazamos la suposición del blanco y negro, sobre lo que se ha insistido, para intentar demostrar el maniqueísmo templario. *Rojo sobre Blanco* está perfectamente de acuerdo con el principio de la Orden: "*Sabiduría y Amor para la Regeneración universal*". Está entendido que estos dos colores representan dos operaciones capitales de la alquimia, pero, aunque se creyera en una alquimia de los Templarios, ésta no sería material, ellos habrían obtenido el oro por otros medios: hubiera sido espiritual, transformación de lo inferior en superior, sublimación de lo impuro.

El simbolismo de las armas, como el de las herramientas, entre los caballeros y los capellanes o los criados operativos, no podía apartarse de la tradición. Existe, pero es aquí secundario. Notamos en los *graffiti* el hacha, las tenazas, los clavos, la escala de la Pasión, demostrando, por las disposiciones diferentes que tienen en los grabados, que no son únicamente símbolos religiosos, sino que se trata de emblemas iniciáticos de las compañías disimuladas bajo una apariencia piadosa, lo que es muy frecuente.

Es capital el empleo de números repetidos con insistencia. Los Templarios tuvieron predilección por los 3, 6, 7, 8, 9, 12 y 13. Esto permite entrever a qué escuelas iniciáticas podemos intentar vincularlos.

Hemos dudado y dudamos todavía que hayan recibido una

¹³ Nunca hay que olvidar que las acepciones de un símbolo varían de acuerdo con el plan en el que se lo utiliza.

influencia pitagórica especial. Sin embargo, las diferencias de detalle, como la de los números venerados, no bastan para afirmar que los Templarios no heredaran algo de los filósofos itálicos. El 5 y su manifestación geométrica, el pentagrama, no se encuentra entre los caballeros; sin embargo se trata de un verdadero signo de unión pitagórico, y, por lo tanto, compañónico. Si esta observación fuera exacta, los Templarios nunca hubieran contado con afiliados en las compañerías o asociaciones similares de su época, donde la estrella de cinco puntas y el número 5 desempeñan un papel considerable. Aceptemos de buena voluntad esta opinión de *John Charpentier*, que concuerda con la de *Mathila Ghika*, autor de *Nombre d'Or* (Número de Oro): "Un signo por el cual, se reconoce una filiación pitagórica de manera infalible, en una escuela hermética es la importancia que esta escuela concede a la Ciencia de los Números".¹⁴ Y la numerología templaria es de las más afirmadas.

Los Templarios tenían 3 caballos, soportaban 3 tipos de castigo, debían combatir solos contra 3, soportaban 3 veces el asalto de sus adversarios, ayunaban 3 veces con rigor. Tri-unitarios, lo que encuadra perfectamente con la consideración universal de la Tríada de parte de los partidarios del espíritu, el uso frecuente del 3 era normal entre ellos.

Hemos visto el 6 indicado por el Sello de Salomón. El 7 número de la Potencia esencial, es rico de sentido, y es también el número de los caballeros fundadores de la Orden. Había 9 provincias en la repartición de las comarcas templarias; 9 caballeros, en abril de 1310, enviaron a la comisión papal un admirable memorial de defensa; 9 solicitaron ser escuchados en el Concilio de Viena. La elección del 9 está justificada por su carácter simbólico de perfección, de realización. (Representa los 3 mundos: inferior, intermedio y superior del hermetismo corriente.) Los Templarios se reunían en número de 12 en ciertas ocasiones, pero no temían ser 13, porque en el Capítulo donde era elegido el Gran Maestre, 12 electores más dicho jefe formaban 13. Aquí el simbolismo es cristiano, sin que sea útil recurrir al pitagorismo.

¹⁴ Charpentier: *L'Ordre des Templiers*, p. 199, nota 1. Mathila Ghika, *Le Nombre d'Or*.

Se objetará la ausencia de muchos números en la hipótesis de influencia de la matemática sagrada de la *Qabala* judía o del *Djafr* musulmán, que, sin embargo, han estado más o menos influidos por la escuela itálica y que, como ella, recibieron enseñanzas profundas de la misma tradición del Cercano Oriente, la que a su vez derivaba, como la Atlántida, de la Tradición Primitiva Unica.¹⁵

El Gran Maestre de los Templarios llevaba un bastón de mando de mango chato y redondo, el *ábaco*, que recordaba al bastón pitagórico. Los caballeros, como los discípulos del *Filósofo de Samos*, hacían voto de silencio, no mataban animales en la caza, no comían habas. Estos acercamientos son superficiales: otras escuelas y fraternidades tenían las mismas costumbres y conocemos sectas actuales en Europa, los *taruq* asiáticos, que las practican. Ningún ocultista caza.

El pitagorismo, como el gnosticismo, ya no contaba con grupos organizados en el siglo XII, y sólo existían adeptos aislados. Los Templarios recibieron seguramente enseñanzas en parte pitagóricas, en parte tomadas a otras corrientes, notablemente orientales, por intermedio de los gildes, las pro-compañerías y el *Sinf*.

No hemos analizado todos los símbolos conocidos de los Templarios, o utilizados por ellos, limitándonos a los ejemplos más importantes y típicos, susceptibles de revelar un cuerpo de doctrina desviada. No olvidemos el más importante, el *Temple* mismo. ¿No es acaso el que aclara y espiritualiza a todos los otros? Ya no se trata del edificio de materiales, por preciosos que fueran, de los hermanos de la Cruz paté de gules, sino el Templo del Hombre al fin regenerado el que ellos quisieron elevar, y el templo espiritual divino. Dedicados particularmente a las tareas visibles de defensores de los cristianos en Oriente y de guardianes de Tierra Santa cuando la creación de la Orden, añadieron para su gloria, cuando se volvieron numerosos y fuertes, los gran-

¹⁵ 7 es el número de los grados de iniciación, de los sonidos, de los colores, de los planetas, etc.; domina numerosas correspondencias herméticas. Cf.: *Les Nombres* por Claude de Saint Martin, *Les Cah. Astrologiques*, Niza.

des designios de la Paz universal y de la Reconciliación general por un imperialismo desinteresado, el Conocimiento y el Amor.

De todo esto no surge ninguna huella de atención morbosa a las doctrinas demiúrgicas y dualistas, incluso a la del androginismo primitivo, profesado sin embargo por grandes pintores cristianos, lo que sería el comienzo de la prueba de un gnosticismo neto; nada de esto ha podido descubrirse en lo que poseemos de los Templarios.

Si hubo Templarios aislados de opiniones heterodoxas, nada en las formas y los símbolos auténticos de la Orden, ni en los votos arrancados por la tortura, y de los que luego se retractaron, lo confirma. Los inventos y calumnias de miserables expulsados de la Fraternidad por faltas graves, servidores de baja clase e ingratos, comprados por los investigadores durante el proceso, no pueden dañar este juicio crítico del asunto. Muchos testimonios en descargo de los Templarios interrogados los desmienten, al igual que el simple buen sentido. Finalmente, ¿cómo es posible que estas fábulas figuren únicamente en el proceso juzgado en Francia, y no aparezcan para nada en los otros países europeos, entre los que algunos, como España y Portugal, rehusaron creerlos? Muchos príncipes extranjeros, deseosos de apoderarse de los bienes del Temple, fingieron admitir la inutilidad de una orden abandonada por el Papa, y, tras secuestrar a los caballeros, los encarcelaron con diversos pretextos.

Los *graffiti* y los símbolos precitados no prueban ninguna iniciación, ninguna doctrina bien caracterizada o especial. Como lo hemos indicado, algunos hermanos que desempeñaban papeles diferentes en la organización fueron adeptos de un hermetismo cristiano permitido por la fe católica, el de los antiguos Padres de la Iglesia, como Clemente de Alejandría, que lo consideraban como un enseñanza reservada a los apóstoles de una *élite*. No existió necesariamente una orden interna templaria accesible por iniciación ritual particular. Les bastaba con una graduación de enseñanzas y funciones.

Los maestros de obra, capellanes o no, la profesaban, añadiéndole tonalidades compañónicas. *Diricq*, citado por *Charpentier*, expresa esto en los términos siguientes: "Los Templarios se vinculan a eso que se llama el hermetismo, tradición de origen heleno-egipcia, mezclada con frecuencia al esoterismo cristiano-

y al esoterismo musulmán. Comprendía, precisamente, conocimientos de orden cosmológico que corresponden al *Arte Regio*, lo que explica que en todo tiempo hayan podido existir vínculos entre los herméticos y los artesanos iniciados".¹⁶ Añadamos que los *Compañeros extranjeros del Deber de Libertad* tienen la prueba indiscutible de que, entre los fundadores del Temple, hubieron cruzados iniciados en Oriente en las compañerías.¹⁷ No hemos visto estos documentos, pero sabemos por amigos del mismo Deber, demasiado discretos para dar detalles copiosos, que es tradición en su asociación que los Templarios recibieron su nombre de una asociación oriental artesanal, que pretendía descender de los constructores del Templo de Salomón, donde había hombres de todos los orígenes, dirigidos por el maestre sirio Hiram y que, por este motivo, establecieron su primera morada en el Monte Moriah, donde, según se dice, se encontraba el templo hebreo. Las leyendas pueden añadir muchas invenciones y retoques a la realidad, pero, en general, se han formado alrededor de un nudo de hechos reales. Reduciendo ésta un poco, de todos modos encontramos en ella testimonio de relaciones entre los cruzados y los pre-compañeros, de donde surgieron afiliaciones ricas en señanzas.

Los aportes musulmanes de los *taruq* o incluso de los mismos *ismaelitas*, aunque éstos fueron más raros, explican, en parte, el hermetismo templario y, según nosotros, es la única explicación satisfactoria dentro del estado actual de las investigaciones.

Los Templarios fueron constructores ideales y reales y debían estar vinculados naturalmente a las cofradías de constructores de la Edad Media. Son, además, no lo olvidemos, como aquéllas, importantes predecesores del hermetismo posterior e incluso de los rosacruces.

¹⁶ J. Charpentier, *L'Ordre des Templiers*, p. 205, nota 1, cit. de *Diricq*, *Voile d'Isis*, número especial sobre las Compañerías, 1934.

¹⁷ Cp. Edouard Potier: *Histoire du Compagnonnage dans l'Ami du Peuple*, 26 de junio de 1928. Se trata probablemente de clérigos y monjes constructores.

XII

LOS SUCESORES Y HEREDEROS DEL TEMPLE

La Orden de los Templarios fue oficialmente abolida, los principales caballeros, sobre todo en Francia, fueron quemados o presos por toda la vida, sus bienes fueron confiscados. Pero, en toda Europa, no se manifestó la misma dureza: en Alemania, en Inglaterra, en Italia, las espoliaciones fueron menores, y se obligó a los caballeros a abandonar sus ropas religiosas y a ganarse la vida, ya fuera como guerreros o escuderos ante sus amigos nobles, o bien como arquitectos, contra maestros, artesanos y obreros aceptados por los gildes, según los oficios que habían desempeñado en el Temple.

Ya hemos señalado, en 1939, que, si bien utilizar la experiencia de los caballeros y de los guerreros en los castillos era absolutamente natural, mezclarse al mundo del trabajo parecía, a primera vista, algo extraordinario. Las alusiones que hemos hecho sobre las relaciones constantes entre los Templarios y las asociaciones obreras de forma compañónica permiten comprender la rápida fusión de los escapados con los equipos de constructores de iglesias y castillos, asociación que tardó más en realizarse en los talleres particulares de carpintería, ebanistería, cerrajería, herrería, etc., pero que también se logró.

Fueron sobre todo los capellanes, como contra maestros y jefes de construcción, y los hermanos destinados al trabajo manual en las comanderías los que fueron ayudados por los trabajadores medievales. No conviene de todos modos rechazar la hi-

pótesis de que algunos caballeros instruidos en arquitectura, geometría pura y aplicada, hayan seguido el mismo ejemplo. Observemos, por otra parte, que la distinción neta entre nobles, burbueses, operativos y campesinos no se afirma del todo hasta el siglo xvi.

En cuanto a los capellanes y monjes, éstos estaban, en la época medieval, muy estrechamente ligados a la construcción, al punto de ser en varios países casi siempre arquitectos o maestros de obra; alumnos de los benedictinos y los cisterciacos viajaban con ellos de uno a otro reino, propagando el estilo burguignon. No estamos de acuerdo con muchos historiadores de arquitectura que creen en la existencia de asociaciones rituales, compuestas únicamente por laicos, paralelas a las asociaciones religiosas ya citadas. Conviene atemperar este juicio. Había benedictinos, etc., que eran constructores, así como equipos de hermanos conversos, *conversi barbati*, y constructores laicos, con artesanos y obreros igualmente laicos. Estos últimos formaban la mayoría de los compañeros, iniciaban y afiliaban aisladamente quizá a algunos clérigos notables por su instrucción matemática o técnica. En todo caso siempre había algunos a título de limosneros o capellanes en las Fraternidades. Los famosos hermanos *Pontifes*, constructores y reparadores de puentes, de regla benedictina, entre los cuales *San Benezet* fue uno de los más renombrados en Avignon, trabajaban en Francia, en Bretaña, en Poitou, en Auvergne, en Languedoc y en Provenza entre otras provincias, y fueron todo el tiempo amigos y aliados de los *Deberes*. El Gran Maestro actual de los Compañeros extranjeros del Deber de la Libertad los ha encontrado vestidos con el traje de arpillera en pleno siglo xx, en Niort y en Nantes. A fines del siglo xix concedieron la cruz de caballero de su orden al *Deber de Maestro Jacques y Soubise*, condecoración muy difícil de obtener y reservada únicamente a los operativos.¹ No cabe duda, pues, de los contactos lejanos entre unos y otros.

Guildes, *Bauhütten*, sociedades de masones libres, fueron por lo tanto el refugio y el sostén moral de toda una categoría de Templarios que terminaron por fundirse con ellas. Hemos comprobado el hecho en Inglaterra y en Francia. La geometría era

¹ Lachat: *La Franc-maçonnerie opérative*, p. 57.

un idioma entendido por ellos y por la gente de oficio. El *Arte de Construir* se confundió con el *Arte Regio*, del que quizá era sólo un aspecto; *el Trabajo era para todos la imagen de la creación de los seres y de las cosas por Dios*. En sus obras servían a Dios con amor, según las tradiciones recibidas de los maestros, unidas a una cadena que sin duda era la misma. El espíritu y la experiencia concreta comulgaban armoniosamente, la solidaridad no era sólo de intereses, sino de conciencia común profesional. La fusión de muchos de ellos con los operativos es histórica y, por lo tanto, no puede discutirse.

Si luego de esta asimilación los Templarios fueron iniciados en el equivalente de nuestros Deberes actuales, o ingresaron a las asociaciones madres, ¿hubo acaso reciprocidad como lo imaginan algunos autores modernos? ¿Acaso armaron los caballeros a los operativos con el ceremonial conocido, les confirieron derecho para que llevaran espada, manto de guerreros, la cruz de gules sobre el hombro izquierdo y el cordón que ni siquiera es seguro que ellos hayan tenido? ¿Les otorgaron, sobre todo, la alhaja de metal precioso, hecho bien contrario a la humildad de los Templarios?

Ninguna huella en los documentos de las corporaciones y de las compañerías menciona esta especie de iniciación de *Kchatryas* occidental. ¿Qué utilidad habría tenido para los operativos? ¿Hubieran adquirido con esto las prerrogativas de los nobles caballeros en el exterior?

Ceremonias con ropajes, algún rito de caballería, fueron quizás compatibles con las vestimentas obreras locales, cuando se reunían en las cavernas o en los salones de tabernas *de la Madre*. Futilidades, como la de halagar a algunos compañeros escogidos con cintas o cruces, era cosa que no estaba en la mentalidad de los medios laboriosos y modestos de este tipo.

Digan lo que digan los ritualistas modernos, panegiristas de los altos grados pomposos de franc-masonerías brotadas del siglo xviii e injertadas en los tres grados de masones aceptados —únicamente practicados por los Masones Operativos Libres, antepasados de los franc-masones actuales—, los caballeros de Oriente, los caballeros del Águila Negra y Blanca, etc., son más que inventos de los tiempos modernos. Se mezcla a esto, es verdad, un simbolismo hermético tradicional, pero la brillante de-

coración no es más que una copia burguesa de las Ordenes de Caballería creadas por los reyes para satisfacer la vanidad de los nobles después de la Edad Media, pretextos para llevar mantos de telas costosas, cintas y alhajas, y sobre todo, para recompensar a los buenos servidores.²

No existían más que dos grados en las *compañerías*, en los *sinf* y *bauhütten*: compañero y maestro y, lo que se enseñaba, era con certeza serio y completo. Algunos Deberes, seguidos por la francmasonería aceptada en Inglaterra, tenían un tercer grado reservado a los maestros extraordinarios.

Si hubo tentativas de perpetuación simbólica de la Orden, éstas no se realizaron entre los afiliados a las asociaciones cerradas de trabajadores. Los Templarios que se escondieron tenían cosas más importantes para conservar y transmitir, como el espíritu juánico que existía ya en las *bauhütten*, en los gildes y las pro-compañerías, así como la idea de sinarquía, la conquista de las libertades, la reforma y abolición del gobierno personal absoluto.

A Portugal emigraron muchos Templarios provenientes del Mediodía de Francia, también lo hicieron los de España naturalmente, salvo quizás los de Aragón y las Baleares, que se fundieron con algunas órdenes religiosas, como los franciscanos. El rey *Diniz* les permitió reconstituirse como Orden de Cristo, con sede central en Thomar, célebre por su iglesia, obra maestra del arte lusitano, con decorados marítimos o manuales, y les hizo seguir la regla de *Calatrava*. Muchas iglesias del Temple están aún en pie, entre otras la de *Santa María del Olivar de Thomar*, y la de *Charola*, ambas en rotonda. Las ruinas de los castillos templarios se muestran aún en Lusitania. Los recuerdos de los beneficios obtenidos en las comanderías portuguesas están siempre vivos en los relatos populares.

Los caballeros de Cristo de Portugal, sin duda alguna, son sucesores e incluso herederos directos regulares de los Templarios. Hoy en día son laicos, y muy numerosos.

En los países flamencos el gilde de Brujas acogió, como mu-

² La Estricta Observancia, tan extendida en Alemania en el siglo xviii e incluso en Francia, era una caballería pseudo-templaria, como las otras órdenes artificiales de la misma época.

chos otros en Bélgica, a los refugiados Templarios; hemos relatado la introducción de filiales en Gran Bretaña, y la posibilidad de la continuación de las ideas templarias después de la disolución se impone. La persistencia de ceremonias de esquema caballeresco, por el contrario, sigue siendo un punto por los motivos precedentemente enumerados.

En Italia existió ciertamente una conservación relativa de los conceptos juánicos y sinárquicos por la entrada de los Templarios desterrados en las Fraternidades herméticas de la *Fede Santa* y los *Fideli d'Amore*, cuyas huellas encontramos en Dante y en los trovadores, así como en los escritos alquimistas de la península. La influencia de los Templarios no se caracterizó por la introducción de costumbres exóticas, ya que Italia estaba muy orientalizada por los artesanos musulmanes en sus talleres de Campagna, Sicilia e incluso Toscana, sino por las ideas sociales y las relaciones de comercio, interrumpidas cuando la disolución de la Orden. No se señala ninguna disimulación de los hermanos del Temple ni fusión con los constructores.

Cuatro grupos de sobrevivientes son indiscutibles: 1º, el de los Templarios reconstituídos como caballeros de Cristo en Portugal, de los que se dice formaban parte los ilustres navegantes Vasco da Gama y Albuquerque, y que contó en su seno con numerosos marinos y negociantes que contribuyeron a la expansión colonial de Portugal; 2º, el de los partidarios de "Marc Larmenius" como sucesor directo de Jacques de Molay, un armenio de valor; 3º, el grupo de los que eligieron como Gran Maestro a *Pierre d'Aumont*; 4º, finalmente, el grupo de los disidentes, que rehusaron reunirse bajo la autoridad de Larmenius o de Aumont, y fueron llamados los *Desertores*.

Fuera de los caballeros de Cristo, ¿pudo realmente alguno de los grupos continuar la Orden? ¿Crearon los unos o los otros caballerías de neo-templarios, que se aliaron en el siglo xviii a la francmasonería donde penetraron hasta los altos grados, conservando los trajes y las dignidades del Temple, y acarreado consigo el odio hacia el mal rey y el Papa débil, causa de su desdicha, junto con intenciones de venganza?

Pocos documentos permiten sostener esta hipótesis.

Piezas francesas auténticas detuvieron ya nuestra atención en 1939. Parecen probar que hubo en las colonias portuguesas de

Africa otras órdenes además de la de Cristo que pretendieron suceder al Temple y transmitir sus tradiciones. La persistencia del templarismo era sin duda más fácil en las dependencias de Lusitania, donde los reyes de la dinastía Aviz protegieron y ayudaron tanto a los renovados de la Orden de Cristo en Thomar, donde estaban los Grandes Maestres. Esto se comprende porque este país ibérico está aislado del continente por el mar por un lado y por las altas sierras de España por el otro, formando en suma una verdadera isla.

He aquí lo que nos explicó la familia: un gentilhomme de buena ascendencia francesa, su pariente, fue elegido en París, el 4 de junio de 1817, caballero del Temple. El hecho parece sorprendente, pero no lo sería si se tomaran en cuenta las aseveraciones del *abad Gregoire* en su *Historia de las Sectas Religiosas*. Según él, la Orden se habría reconstituido en Francia, o más bien continuó allí tras la disolución. Jacques de Molay habría señalado como sucesor a *Joannos Marcus Larmenius de Jerusalén*. Los Templarios habrían subsistido bajo forma de sociedad secreta, guardando simbólicamente los antiguos títulos de los dignatarios: Grandes Maestres, Grandes Preceptores, Senescales, Almirantes, Hospitalarios, Tesoreros, Cancilleres. Pero, ¿no se tratará más bien de una copia de la organización pasada, reducida a un simulacro, a recuerdos, a algunas imponentes ceremonias a puerta cerrada y con grandes trajes, los que representaría, de todos modos, una conmovedora fidelidad al brillante pasado?

Nombres célebres de nuestra historia habrían sido Grandes Maestres. Una supervivencia de este tipo, sobre todo bajo forma de sociedad secreta, con un régimen de realeza absoluto, sin que nadie se haya percibido, sin que Roma se haya enterado, sin que ningún documento auténtico haya dicho una sola palabra, parece pura invención. Hablaremos luego de esto a propósito de Larmenius.

Volvamos a nuestro gentilhomme. Oficial de genio, fue jefe de batallón en 1817. Aunque era realista, había sido teniente coronel bajo Napoleón I, fue elegido por el emperador como lugarteniente e hizo con él toda la campaña de Francia. Católico ferviente, legitimista reconocido, lo que le permitió continuar su carrera bajo la Restauración, no por eso dejó de afirmar

su admiración por el mártir de Santa Helena, el más gran capitán de todos los tiempos.

La familia posee documentos, que nos parecen auténticos, escritos en latín. El acta de elección es el más notable. Se inicia con la fórmula usual de "Ad Majorem Dei Gloriam" y debuta con la invocación: "Ad religionis christianae Templique DNJC Militiae, Sanctas Catalinae salutem et maximam illustrationem".

Se cuenta en seguida que el candidato fue elegido y admitido en calidad de caballero en un gran capítulo metropolitano, "*Die vigesimo lunae Sivan, anno Ordinis sexcentesimo monagesimo nono*", y esto aparece afirmado por el Gran Canciller y el Maestre del Sello.

Finalmente el acta está fechada con el registro: "*Datum Parisiis in aula nostra magistrati die secundo lunae Elul*".

No es seguro, por el hecho que la fórmula de invocación comience por "A la gloria de la religión cristiana y del Temple" que esta Orden haya sido la continuadora regular. El examen de ciertos detalles que contienen piezas que nos fueron presentadas así como decoraciones y joyas pertenecientes a los caballeros del siglo XIX, no nos parecen convincentes. Probablemente no se trate de un fraude reciente y el beneficiario de la elección puede muy bien haber creído en una admisión real, aunque la creación proviniera de fines del siglo XVII o XVIII y fuera una copia simbólica de la orden primitiva, que todavía pasaba por auténtica en 1817.

La crítica de las piezas confirmará o reservará este juicio. Las firmas están precedidas por una F, abreviatura de *frater*, hermano, y por una cruz cuya forma varía según el papel del miembro de la orden como vamos a indicar. El acta otorga blasón nuevo al nuevo hermano, distinto al que éste ha recibido de su familia. Podía sellar con este blasón sus misivas. Este último hecho sorprendió mucho a los padres que más tarde se aplicaron a estudiar los documentos en poder de la sucesión del caballero. Justamente el acta en cuestión no estaba acompañada por la pieza que contenía la afiliación, firmada, por el diploma del caballero, y por la carta que lo nombraba *Gran Prior del Cabo Verde*.

Se escribió a París, a la sede de la Gran Orden y se recibió entonces de parte de Su Excelencia, Monseñor el Gran Hospi-

talario aviso del envío de esas piezas, con la firma *F. Gabriel de Escocia*. Creemos que el empleo de nombres hebraicos de los meses lunares —*Sivan*, fechando el acta citada; *Elul*, su registro; *Tebeth*, la respuesta del hospitalario— no parece ser de origen templario. En efecto: los religiosos de la Milicia de Cristo estaban más frecuentemente en contacto con los musulmanes que con los judíos.

Sin embargo esto tampoco es imposible, la utilización de los meses hebreos en la correspondencia. La objeción más seria es que los comerciantes y los banqueros debían evitar servirse del calendario lunar islámico o del hebreo, al menos cuando escribían a los cristianos. Nuestra primera impresión es que la Orden del Temple que existía en 1817 era un fraude relativamente reciente, que imitaba, al fechar los papeles, la costumbre de ciertos Deberes compañónicos y los ritos masónicos actuales de emplear los meses hebreos. Esto, pensamos, daba más solemnidad a un escrito y un tono de arcaísmo imponente.³

La carta de F. Gabriel estaba acompañada por una lista de nombres y direcciones de proveedores de insignias, cintas, alhajas de la Orden y trajes de ceremonia. Esto recuerda demasiado la publicidad para comerciantes amigos o afiliados que acompañaba a las primeras cartas o convocatorias dirigidas a algún nuevo adepto por las múltiples órdenes fantasiosas que florecieron bajo Luis XV y Luis XVI, e incluso recuerda a las órdenes excéntricas de Alemania antes de la guerra o de América del Norte. La similitud es muy sorprendente.

En los siglos xvii y xviii se divertían con el nombre de *Monomotapa*, pequeño reino negro del sudeste africano, todavía independiente en el momento que los portugueses se establecieron en África, donde tuvieron inmediatamente negocios. El reino figura en la misiva de F. Gabriel y en el mapa del Gran Prior como el puesto vacante atribuido a este dignatario: "*Vacante Magni Prioratus Manomotapa Beneficie Ministre Ordinis, Canciliarii Nostri, Summi Praeceptoris Fratri Josephi Sud Africani relatione audita*".

Podemos, hasta el descubrimiento de documentos concordantes,

³ Los compañeros orientales, ya fuera en Tierra Santa o en Francia, los introdujeron quizás en los gildes cuando la primera inmigración a Provenza.

tes, y sobre todo de pruebas de una filiación auténtica del siglo xiv hasta nuestros días, considerar esta patente y anexos como emanados de una orden artificial, análoga a algunos ritos masónicos extranjeros de forma cristiana y caballeresca, que acreditaban a un hermano ante las obediencias exteriores, permitiéndole ser recibido con todos los honores en las asambleas.

Los escudos de armas llevan cuarteles: el 1 y el 4 de la Orden del Temple; el 2 y 3 las armas del Gran Maestre, colocadas sobre un manto coronado por un casco con dos pendones, el uno con las armas de la Orden, el segundo con las del Gran Maestre, todo sobre un palio con banderola donde puede leerse VDSA, sin duda abreviatura de "*Victorissimus Dominus Supremae Aulae*".

La descripción precedente ofrece el interés de ponernos en guardia contra documentos que reproducen maneras de expresarse calcadas sobre las patentes y mapas de órdenes vigorosas, como la de Cristo o la de Malta, y permitirnos imaginar la naturaleza de las fórmulas empleadas por los predecesores ilustres. Muchos detalles no han sido inventados por los modernos. Si no provienen directamente del Temple, sin duda lo copian fielmente y nos han proporcionado una reconstrucción que no carece de mérito.⁴

No debe atribuirse tampoco a los verdaderos Templarios todo lo que nos llama la atención, como por ejemplo las cruces particulares que preceden a las firmas. El Gran Maestre hacía una cruz recruzada papal. Las extremidades recruzadas son frecuentes entre los compañeros superiores, y también se encuentran en papeles que pertenecieron a alquimistas notables. En cuanto a las tres ramas apostólicas particulares de los más altos grados masónicos, los 33 del rito escocés, por ejemplo, nunca fueron signo distintivo de los Grandes Maestres Templarios que, como ya hemos dicho, usaban la cruz archiepiscopal de dos ramas horizontales. En las actas citadas la del Gran Maestre ofrece singularidades: la rama superior tiene dos ganchos dirigidos hacia lo alto, la inferior está cortada por una barra oblicua cuyo punto

⁴ La Orden de Malta es, ya que no una verdadera renovación del Temple desde el punto de vista del ceremonial, su heredera moral, mantenedora de las relaciones templarias entre Oriente y Occidente.

de partida es el centro de la cruz, que forma el 4, cifra común en las siglas lapidarias de los talladores de piedras y escultores de las catedrales, que hemos visto dar como clave del alfabeto secreto. Quizá se haya querido representar al mismo tiempo una Z. Y el 4 es el símbolo de Júpiter (Zeus), del estiano, de la fuerza, la Z de Júpiter resplandeciente, de la Vida.

El secretario usa la cruz archiepiscopal pero con una rama vertical potenciada en las dos extremidades, y la rama horizontal inferior tiene un gancho que va hacia lo alto por un lado, hacia abajo por el otro. ¿Significaba esto que el secretario ocupaba un rango intermedio en el capítulo? El Gran Canciller tiene una cruz archiepiscopal normal. El Gran Senescal también, aunque con los dos ganchos vueltos hacia abajo. ¿Acaso para recordar que el Gran Senescal llevaba una doble guardia de espada?

Los hermanos que han contrafirmado llevan el nombre precedido por una F (hermano), así como una cruz de Lorena o archiepiscopal seguido por una cruz griega; uno de ellos subraya sus dos nombres —en muchas órdenes no se usa el patronímico— con una barra oblicua y dos puntos debajo.

Estas siglas, mezcla de siglas obreras, compañónicas o masónicas y de símbolos católicos, tienen para nosotros un tono de órdenes fantasiosas, o, en todo caso, para-masónicas. Ninguna prueba de filiación templaria está dada por ellas. Las piezas, en cantidad de 3, están fechadas en 699, 700 y 701 (de la Orden del Temple sin duda, porque corresponden a los años 1817, 1818 y 1819). Es de uso en las Fraternidades cerradas fechas según la creación presunta del Mundo de acuerdo con la Biblia o con la fecha de la fundación de la orden a la que pertenecen los signatarios de un escrito, plancha de Deber o de rito masónico.

La apariencia portuguesa no significa más que el recuerdo de los caballeros del Temple refugiados en Lusitania, por parte de los miembros de una caballería nueva, cuyo centro estaba en París. Podríamos sin embargo preguntarnos si algunos Templarios emigrados a Portugal no intentaron volver a la actividad en la Orden de Cristo, no fueron aceptados en ella y se refugiaron luego en Francia bajo disfraces en épocas más calmas, eligiendo a París como sede. En el siglo XVIII estos caballeros habrían añadido al ceremonial primitivo detalles tomados de los

ritos masónicos decorativos que estaban entonces de moda. Después habrían propagado su sistema hasta las colonias portuguesas de África, donde los Caballeros de Cristo eran menos preponderantes. La hipótesis es divertida pero no destruye nuestra teoría de un fraude honorífico para-masónico.

No es el hecho de que se haya fechado con meses hebraicos lo que nos empuja a rechazarla. Los verdaderos Templarios estaban en contacto constante con los orientales, los meses lunares del judaísmo les eran familiares después de todo.

Más turbadora sería una supervivencia cuyo origen se remontara a *Larmenius*, el Armenio, según su nombre, que prohibió en el siglo XIV a los Templarios sobrevivientes en Escocia, los *Desertores*, comunicar los asuntos, costumbres y ritos de la Orden disuelta a los extranjeros. Este hecho concuerda con su reconocimiento como sucesor inmediato de Jacques de Molay por el Parlamento de París. El Parlamento se ocupó varias veces de fricciones entre los representantes del clero y esos *Señores del Temple*, a causa de propiedades, lo que hace pensar que no todas fueron secuestradas, sino confiscadas. Pero el Parlamento no conserva en las actas el antiguo título general de *Caballeros*.

El conflicto siguiente estalló entre los sacristanes de Saint Gervais, que ocupaban el hotelito de *Gantelet*, resto de una antigua morada templaria, llamada *Hôtel des Garnisons*, en el siglo XV. Cuando se quiso reconstruir la iglesia de Saint Gervais y Protais, cuyos primeros trabajos, planes y análisis datan de 1480, se difirió la construcción de una capilla a la derecha y se erigió en cambio un panel cortado. Una cueva abovedada del *Hôtel des Garnisons*, llamado también *el pequeño Temple*, antigua mazmorra, se encontraba precisamente en el lugar donde los sacristanes, arquitectos y expertos querían levantar la capilla, y pretendían tener derecho para hacerlo. Los propietarios del *Petit Temple* (pequeño Templo) u *Hôtel des Garnisons*, protestaron, lo que fue causa de la suspensión e interrupción de los trabajos en ese lugar. Sin embargo, en 1618, los sacristanes reconocieron lo bien fundado de la oposición de los Señores del Temple y aprovecharon una demolición en el inmueble para reparar las piedras talladas y pedir que les cedieran el terreno donde querían construir la capilla, que no era más que una parte del antiguo *Hôtel des Garnisons*. El representante del *Petit Temple*

rehusó, diciendo que "era una cosa en la que no podía consentir, ya que se trataba de una alienación de los bienes de la Orden que no podía hacerse sin necesidad urgente, y que el interés de la Orden estaba por encima del de dicha iglesia", y firmó *Gran Prior del Temple*. Este libelo es muy conforme al *status* de los antiguos Templarios. El Parlamento se enojó y rechazó al Gran Prior a beneficio de Saint Gervais. Pero con esta decisión autentificó la existencia de la Orden suprimida por Clemente V, en conflicto con los representantes del clero⁶ en febrero de 1618.

Poco después el Gran Prior, Georges de Regnier de Guerches, firmó un acuerdo, el 23 de agosto de 1618, poco tiempo antes de su muerte. Su sucesor, *Alexandre de Vendôme*, intentó, en 1622, hacer cesar el acuerdo por medio de *cartas reales*. El rey reconoció la Orden en suma, al otorgarlas, pero Saint Gervais hizo de nuevo intervenir al Parlamento y un nuevo acuerdo terminó con el asunto en 1623.

El acta fue conservada con un plano donde figura la mención: "Patio de la Casa de los Señores del Temple" en lo de Maestre *Plocque*, notario. Además, en todas las negociaciones y contratos el inmueble figura en esa época en calidad de bien del Temple, sin que haya habido ninguna protesta legal. El extracto siguiente demuestra con claridad que así fue: "A causa de las cuevas de la casa perteneciente a los señores de la obra de Saint Gervais y a los señores del Temple, para reparar la calle de Gantelet siguiendo dicho contrato..., justamente contra la casa de dichos señores del Temple..., y a la entrada de la casa de dichos señores del Temple".⁶

No podía haber continuación de la orden religiosa porque el Papa la había disuelto con la aprobación del Concilio de Viena. ¿Se trataba pues de una Tercera Orden, constituida especialmente para la conservación de los bienes librados del secuestro? La suposición es admisible, pero una Tercera Orden no habría mantenido las dignidades antiguas. Debió ocurrir otra cosa. Parece increíble que se haya formado una orden nueva con el *status* y las dignidades fielmente transmitidas. ¿Con qué finalidad? Se-

⁶ Decretos del Parlamento del 6 y 24 de febrero 1618. V. Henri de Curzon: *La Maison du Temple de Paris*.
⁶ Archives Nationales, 5070.

guramente no fue, como afirman algunos autores, que hubiera supervivencias templarias con intenciones políticas. Ni el gobierno ni la Iglesia hubieran soportado una oposición tan peligrosa. Pero, si esta especie de cofradía, hubiera sido sólo una caballería honorífica, ¿acaso las actas oficiales habrían tomado en cuenta títulos y apelaciones sin valor? Es posible, aunque poco creíble.

Conviene aquí conciliar algunas hipótesis precedentes. Después de la disolución muchos Templarios aislados pasaron al extranjero y transmitieron a sus descendientes (muchos de ellos al laicificarse se casaron) las tradiciones, dignidades y ceremonial de la Orden primitiva. Los descendientes de los Templarios laicificados parecieron poco peligrosos en el siglo XVII; regresaron a Francia y administraron los bienes no secuestrados guardados por los hijos de los antiguos conservadores al día siguiente de la disolución, bienes que reyes y parlamentos más humanos les permitieron recobrar, debido a su mediocre importancia. Finalmente hay que tener en cuenta que serias renovaciones, que ningún documento ha revelado hasta ahora, del tipo de la Orden de Cristo, bajo el nombre de Orden del Temple, pudieron producirse fuera de Francia y establecerse luego discretamente en ese país, aunque no como sociedades secretas, en los siglos XVI y XVII. En los documentos no se ha escrito la palabra renovado, juzgándola inútil, ya que las prevenciones antiguas habían desaparecido o estaban muy atenuadas, y siempre se consideró a los sucesores auténticos como —ya que no Caballeros del Temple— por lo menos Señores del Temple. En esa época no se precisó la cosa: se empezó a hablar del Temple simplemente, sin mencionar que se trataba de una transformación o continuidad.

Finalmente también puede haber sobrevivido alguna organización templaria de constructores, artesanos o maestros obreros de las comanderías de Asia y Europa, la que, después de la desaparición oficial de los caballeros, junto a algunos de ellos afiliados a las mismas compañías, haya continuado viviendo en los antiguos dominios del Temple y, por eso, sus miembros hayan sido nombrados Señores del Temple. En cuanto a las dignidades, aunque los hermanos del mismo rango en la Orden primitiva no las hayan poseído, se distribuyeron para perpetuar

el recuerdo, o para tener la ilusión de que la antigua Orden existía siempre.

Mathila Ghika ha escrito en su *Nombre d'Or*: "Los Templarios, según la tradición de esos grupos (las compañerías), habían estado, como constructores de *Templos* y de castillos, en vinculación estrecha de iniciados a iniciados con las asociaciones viajeras de constructores".⁷ "En la Edad Media existían entre las sociedades iniciáticas vinculadas a la tradición semítica (bajo su triple forma hebrea, cristiana e islámica) relaciones más estrechas de las que se cree generalmente", afirma Reyor con fuerte apariencia de verdad.⁸

No es nada sorprendente pues que los operativos, con o sin caballeros, hayan continuado la Orden más allá de la Edad Media.

Grégoire enumera entre los grandes maestros a Bertrand du Guesclin en 1357; Charles de Valois en 1615; Felipe, duque de Orleans, bajo cuyo dominio los estatutos habrían sido renovados y adaptados al tiempo; el duque de Maine en 1724; el príncipe de Condé en 1737; el príncipe de Conti en 1741; el doctor Bernard Raymond Fabrè Palaprat en 1804; sir William Sidney Smith en 1838. El mismo autor y la leyenda mencionan entre los Templarios sucesores a *Fénelon* y *Massillon* en el siglo xvii y, más tarde, a *Federico II* y *Lacepede*, a propósito de una pretendida iniciación templaria de Napoleón. Pero en el caso de los tres franceses, la invención es manifiesta y pura fantasía.

Si bien la continuidad auténtica de la Orden está afirmada en actas de los siglos xv, xvi y xvii, no poseemos ninguna prueba de que los personajes citados precedentemente hayan sido Grandes Maestros, y que los cuatro últimos hayan siquiera formado parte de la fraternidad.

Los partidarios de *Pierre d'Aumont*, como lo hemos indicado, se fundieron en Gran Bretaña con las sociedades de franc-masones y otras cofradías obreras y sus descendientes pudieron muy bien haber creado en los tiempos modernos ritos en los cuales el recuerdo de los caballeros se unía a las tradiciones operativas, origen de los ritos masónicos u análogos de caballería, tan

⁷ Ghika: *Le Nombre d'Or*, II, los Ritos, p. 95

⁸ Reyor: *Du compagnonnage et de son symbolisme*, número especial sobre las Compañerías, *Voile d'Isis*, 1934, p. 147, 148.

a la moda en los Estados Unidos. No hay que ver en esta derivación más que el deseo de algunos demócratas y plebeyos de imitar la nobleza, o de creer imitarla. En los Estados Unidos los *Knight Templars*, con un casco en la cabeza y un manto con la cruz paté flotante sobre los hombros, desfilan a caballo los días de fiestas cristianas y cuando los solsticios, precedidos por un magnífico Bucéfalo, antes de entregarse a los gratos trabajos de un banquete.

Al grupo de *Pierre d'Aumont* remontarían los inspiradores del rito iluminista cristiano, a la vez místico y hermético, de la *Estricta Observancia*, tan extendida antes en Alemania y Escandinavia —desaparecida o dormida desde la llegada del nazismo a Alemania— pero aún vigorosa entre los suecos, y representada en Francia por unos pocos talleres frecuentados por un grupo escogido muy restringido. Donde también reina una filiación templaria es en el gran Capítulo de Estocolmo, que partiría de un testamento de Jacques de Molay, cuya autenticidad ha sido puesta en duda por muchos paleólogos. La mayoría de los eruditos medievales dudan de la continuación de la Orden en estos ritos y, sobre todo, del valor de los documentos conservados en los archivos.⁹

Incontestablemente hubo Templarios refugiados entre los constructores artesanos y obreros, principalmente en Gran Bretaña, que pertenecían a dos grupos, el de los partidarios de *Pierre d'Aumont* y el de los "Desertores", franceses exiliados que rechazaron la autoridad de Larmenius y de Aumont. De todos modos, Gould y otros autores masónicos serios se niegan a acordarles influencia sobre el resto de los gildes flamencos y sobre miembros de la *Free Masonry* operativa, que fueron protegidos, como ellos, por Robert Bruce y sus descendientes.

Fundirse con las asociaciones compañónicas o similares es una cosa, introducir en ellas símbolos y enseñanzas templarias, es otra. Que los antiguos capellanes y constructores hermanos del Temple hayan aportado ciencia y experiencia geométrica arquitectural a sus huéspedes, es probable, pero el resto lo es mu-

⁹ La "Estricta Observancia" nació en el siglo xviii, pero se pretende continuadora directa del hermetismo cristiano y de los templarios, aunque no sea más que una reconstitución moderna.

cho menos. Si nuestros caballeros profesaron doctrinas especiales herméticas, éstas debían ser inútiles para los operativos o demasiado sutiles para ellos. Tenemos casi certeza que el hermetismo compañónico coincidía con el de los inmigrantes. En cuanto a los símbolos, ¿acaso los tres puntos, el sello de Salomón, los colores, la cifra 4, el significado de los nombres sagrados, no eran comunes a los unos y a los otros? El ceremonial de recepción, con sus ritos fundamentales, siendo tradicionalmente primitivo, no varía más que en los detalles secundarios. Lo esencial es idéntico, incluso en las sociedades negras de misterios y en las muy desarrolladas de los chinos. Se ha señalado una imitación octogonal que los Templarios habrían donado a los compañeros y en la que se habrían inspirado los franc-masones actuales. Los Deberes han conocido desde todos los tiempos las propiedades del número 8 y del octógono, y se construyeron iglesias con rotondas octogonales antes de la creación de la Orden de los Templarios. Los constructores afiliados las han construido en el siglo XI en Francia. Quizás pensaron también en una disposición de esta forma en la mezquita de Omar, edificada sobre el antiguo emplazamiento del Templo de Salomón, tan querido por los descendientes de Hiram desembarcados en Provenza como por los artesanos del Sinf y los Templarios.

Precisamente entre los signos de muchos grados y ritos masonicos de caballeros, o mejor dicho en el decorado de caballería, atribuido a los monjes soldados y que ha sido vuelto a colocar en su sitio de honor, figura el alfabeto misterioso y la cruz de las ocho beatitudes, que sirve para constituirlo. La cruz servía de rejilla o de plantilla para permitir la lectura, no sólo del alfabeto estudiado aquí, sino para muchos otros, y, cuando no se la usaba para disimular secretos financieros o políticos de alta importancia, no era más que un juego. El alfabeto proporcionado por *Grégoire* en su Historia de las Sectas, es, desde hace tiempo, el secreto de Polichinela.

En primer lugar no creemos en ninguna herencia de parte de la franc-masonería aceptada y no obrera de los planes de comercio internacional templario, junto con la institución de una moneda común, de la sinarquía y del juanismo espiritual. Es posible, aquí y allá, defender ideas de economía federalista y la constitución de los Estados Unidos de Europa, sin haberlas

recibido de los Templarios. No todas las obediencias las profesan en Europa ni siquiera en Francia. El juanismo, el respeto por el autor del Evangelio y del Apocalipsis, no significa la aspiración al reino del espíritu. El Templo deseado por los hermanos de manto blanco con la cruz paté de gules, es todavía más magnífico que el de los *Hijos de la Viuda*, porque sobrepasa lo social, no hace de esto una meta, sino una consecuencia. Los grados y ritos de la caballería masónica no son antiguos, lo repetimos; sólo los de aprendiz, de compañero —y probablemente algunos elementos del tercero, convertido en maestro—, muy modificados, sofocados por añadiduras de diversos orígenes, pueden señalarse como continuadores de la Franc-masonería operativa, que no fue la madre de las compañerías, sino una entre ellas, la de los Maestres Masones libres de las Catedrales. Esta asociación cerrada, formaba ella misma parte de la trasmisión tradicional hermética y pasó la geometría y los nombres sagrados, los ritos y los símbolos del trabajo, el sentido de las herramientas, a lo que llamamos la Masonería Azul, la fundamental.¹⁰

Bien entendido, consideramos la franc-masonería moderna bajo su aspecto iniciático, que responde a los intereses de sus creadores, y no al desviado de máquina política. En lugar de seguir siendo directora de ideas superiores, la franc-masonería se ha convertido con frecuencia en el instrumento de grupos en muchas democracias. Los assacine, los ismaelitas, las grandes sociedades secretas chinas empezaron siendo puramente iniciáticas antes de servir a las dinastías orientales. El fenómeno sociológico es constante.

Es sorprendente que los franc-masones, en lugar de limitarse a defender a los Templarios, se esfuerzan con frecuencia en presentarse como herederos y vengadores de los Grandes Maestres y Dignatarios. Disminuyeron así el valor de los monjes soldados y guardianes de Tierra Santa y constructores, asimilándolos a las revueltas contra los Papas y los reyes, con afirmaciones ridículas. Junto a los grandes autores masónicos, como Gould, rehusamos

¹⁰ Los ritos templarios como los que funcionaban en Lyon antes de la Revolución de 1789, fueron reconstrucciones teatrales según el gusto del siglo XVIII, pero no verdadera sucesión del Temple, por otra parte sin filiación real.

admitir una transmisión regular del Temple a la masonería. Por otra parte, ésta no tiene más derecho a reclamar del Temple que el que tiene para reclamar de todos los movimientos herméticos. En efecto: la franc-masonería, sobre cuyo origen exacto no existe ningún documento escrito, es una síntesis de aportes de grupos diversos refugiados en los gildes y, más tarde, de ocultistas del siglo XVIII. No ha heredado, a excepción de las compañías y sociedades obreras herméticas análogas, más de unos que de otros. Existe de todo en sus rituales y es difícil desprender lo que pertenece a una u otra parte.

Sería singular, si los Templarios hubieran engendrado la franc-masonería, que sean los trajes, las insignias, las ceremonias más o menos bien reconstruidas, fáciles de sacar de viejos libros de estampas, los que hayan sobrevivido, en lugar de los grandes diseños religiosos y sociales. En este punto de Masonería varía justamente según el régimen político de las naciones en las que actúa.

La franc-masonería iniciática es muy interesante: procede de transmisiones regulares de parte de herméticos del Renacimiento y del siglo XVIII, herederos de los poseedores de la Tradición patricia, primordial, que se remonta muy lejos. Cuenta, entre sus fundadores, no portapalabras, sino transmisores de la Tradición universal de diversas corrientes herméticas: la pitagórica, la cabalista, la mitriaca sincretista del Cercano Oriente, la cristiana.

El abad *Barruel*, por otra parte bastante sospechoso, parcial y apasionado, no cree en la leyenda corriente en cierta época en las logias de varios países, que representa a *Jacques de Molay* creando en su prisión 4 Logias Madres: *Nápoles* para el Oriente, *Edimburgo* para Occidente, *Estocolmo* para el Norte, *París* para el Sur. Sin embargo, cree poder afirmar: "Examinando los archivos de los masones y todos los contactos de su Orden con los caballeros del Temple, tenemos verdadero derecho para afirmar: sí, toda su escuela y todas sus logias provienen de los Templarios".

El mismo autor invoca más adelante la opinión de *Condorcet*, quien, según nos dice, se esfuerza en provocar nuestro agradecimiento por las sociedades secretas y "promete decimos un día si hay que colocar entre ellas a la Orden de los Templarios, cuya destrucción fue obra de la barbarie y de la baja". *Barruel* se pregunta aún: "¿Bajo qué luz aparecen los caballeros del Temple

para inspirar a *Condorcet* un interés tan vivo? Todo su celo por la Sociedad Secreta de los Templarios es nada más que la esperanza de encontrar en ellos el odio que él mismo tiene en el corazón contra los sacerdotes y contra los reyes".¹¹

Pero los Templarios no detestaron jamás a los sacerdotes. Independientes de Roma en cuanto a los diezmos y censos, viviendo como monjes soldados en misión de ultramar, incluso cuando se vieron obligados a abandonar Tierra Santa, siguieron manteniendo con los Papas respetuosas relaciones, y fueron altamente estimados de uno a otro extremo de la corte romana por los soberanos pontífices mismos. No ha existido en ningún momento hostilidad templaria contra ellos. Si bien los caballeros eran juanistas, profetas del Espíritu y del Rey del Mundo esotéricamente, fueron también sostenedores de Pedro, jefe de la iglesia visible.

Contra los reyes, nadie podrá citar ejemplo de su odio, y ya hemos demostrado que acordaron protección hasta al pícaro Felipe el Hermoso, defendiéndolo contra sus súbditos rebeldes. La sinarquía no consistía en asumir a los príncipes, sino en reemplazar el nacionalismo egoísta, autor de guerras, por un federalismo en el que cada soberano guardaría la presidencia de su comunidad y administraría a su pueblo de acuerdo con el interés regional aunque estuviera sometido a un *status* internacional que regiría los contactos económicos entre las naciones y llamaría obligatoriamente al arbitraje del Imperator, presidente de toda la Federación, garantizando así la Paz duradera y universal.

Las alegaciones de *Barruel* y otras similares no tienen por lo tanto ningún valor científico. Son afirmaciones sectarias de polemistas, históricamente nulas.

Queda otra tesis, que no debe ser destruida, sino considerablemente reducida: la que *Balzac* presenta en *La confidencia de los Ruggieri*, con su brío habitual: "Caldea, India, Persia, Egipto, Grecia, los Moros se han transmitido la magia, la ciencia más alta

¹¹ *Barruel: Mémoires pour servir à l'histoire du Jacobisme*, Tomo I, Cap. XII. Pruebas obtenidas entre los mismos francmasones sobre sus sistemas.

Un distinguido corresponsal privados nos preguntaba en 1940 a propósito de nuestro ensayo del *Mercurio de France* sobre los Templarios, qué pensábamos de las opiniones de *Barruel*, de *Condorcet* y de *Balzac*. Respondemos que los dos primeros hicieron entusiastas afirmaciones de polemistas, pero que el tercero es parcialmente verdadero.

entre las ciencias ocultas, y que lleva en sí el fruto de las veladas de cada generación. Allí estaba la sede de la grande y majestuosa institución de la Orden del Temple. Quemando a los Templarios, señor, uno de vuestros predecesores no ha quemado más que a los hombres, pero nos han quedado los secretos. La reconstrucción del Temple es la palabra de orden de una nación ignorada, de razas de intrépidos investigadores, vueltos hacia el Oriente de la Vida, todos hermanos, todos inseparables, todos unidos por una idea, marcados por el sello del trabajo”.

La magia podría designar la doctrina persa y la herejía maniquea, que ha surgido de la interpretación literal de ésta. Pero no hemos encontrado huellas de esto entre los Templarios. Los dos caballeros sobre el mismo caballo del sello primitivo de los Grandes Maestros, representan dos estados distintos del Ser, cuya montura simboliza el puente. El caballo es el vínculo de unión entre dos mundos y, partiendo del primero, permite llegar al segundo. Naturalmente, tiene también muchos otros sentidos.

En los primeros años existió menos hermetismo entre los Templarios, pero éste se enriqueció rápidamente cuando ingresaron en la Orden algunos caballeros y capellanes miembros del *Fideli d'Amore* o de la *Fede Santa*, y cuando la Orden llamó a todos los hombres de buena voluntad para ir a Tierra Santa, gente que introdujo las enseñanzas y símbolos tradicionales que ya habían venido de Oriente, donde volvieron para repartir en seguida en otras direcciones. Los tratos con los constructores de las afiliaciones a las pre-compañerías existían ya por el ingreso entre los guardianes del Temple de alumnos de los cisterciacos o de otras cofradías del arte de construir, rápidamente acrecentadas con nuevos hermanos operativos, maestros de obra y artesanos. Este haz, compuesto por herméticos y hombres de acción, dirigido por las grandes ideas tradicionales, dio su carácter a los Templarios. Si hubo dos principios y dos actividades, esto no tenía ningún significado maniqueo: eran el Pensamiento y la Realización, el Conocimiento y el Amor para la construcción del Templo invisible, el más real.

Seguramente estuvieron vueltos hacia la Luz, el Oriente de la Vida. Muchos investigadores solidarios, marcados por el sello del Trabajo, seguramente han retomado los fines principales, el grupo escogido de compañeros y espirituales iluminados; místicos

de acción al mismo tiempo que herméticos, prosiguieron la Gran Obra, pero los mejores franc-masones iniciados no fueron designados por los continuadores desconocidos del Temple para esta tarea inmensa. Esto no significa que la sinarquía o los medios sociales de llegar no hayan sido en ocasiones propuestos en congresos o asambleas de logias, aunque seguramente no se trataba de los dos pontificados o del juanismo propiamente dicho. Los franc-masones no son los únicos a quienes los guías secretos, por encima y fuera de los Deberes y de las obediencias masónicas, alcanzan con sus emisarios, que pasan consignas bajo formas de comunicaciones apremiantes, sin nombrar los instigadores. Es así que los famosos Rosacruces, que nunca se han constituido en orden, ni tenido local fijo para reuniones, han ejercido por medio de sus intermediarios, y no directamente una influencia capital en el plan intelectual, filosófico, moral y social, y han inspirado muy discretamente y ayudado con su fuerza al servicio de la Libertad y de la Paz universal, al Ascenso hacia la superhumanidad. Ningún documento escrito puede probarlo y no lo probará: son los guardianes de la Tierra Santa invisible, los *Superiores Desconocidos*, cuya influencia se hace sentir cuando es necesario, y cuando somos capaces de escuchar su Voz, de seguir su impulso. No es necesario identificarlos, son los grandes *viajeros de paso* de las leyendas obreras, esos que no provienen ni de Oriente ni de Occidente, sino de todas y de ninguna parte.

Si esto fuera útil y posible, y no es ni lo uno ni lo otro, es entre ellos que habríamos de buscar a los herederos del Temple. En el fondo la trasmisión ininterrumpida, al no cambiar nada de lo que fue reflexionado, decidido en los tiempos más remotos y por orden, hace que los Templarios no tengan necesidad de sucesor visible: ellos están siempre presentes, pero no con trajes de teatro, cintas llamativas o cruces de esmalte y oro.

Los fines, los métodos y las instrucciones prácticas para alcanzar la meta, fueron sin duda confiados excepcionalmente, con precaución y discretamente por los Grandes Maestros sucesores inmediatos, por los Grandes Piores y por algunos capellanes y caballeros o hermanos elegidos escapados a la hoguera, a algunas personalidades probadas: príncipes, hombres de letras o científicos, jefes políticos.

1º *El secreto financiero* monometalista, que tendía a la institución de una moneda internacional, el crédito, la representación de efectos de comercio por propiedades, mercaderías de valor relativamente estable, seguramente no se ha perdido, y algunos éxitos económicos imprevistos en apariencia lo demuestran suficientemente.

2º *La Sinarquía*, como lo hemos indicado, se manifiesta periódicamente en el plano político. Parece haber vuelto ahora a ocupar un puesto de honor con la ONU. Se trata de rectificar aquí el gran error de los nacionalismos envidiosos, que engendran las guerras, trastornan la economía, y esta tarea fue confiada por los Templarios desterrados a los maestros de la idea y de la acción. Es la doctrina de la Unidad de los recursos y de las religiones de Occidente y del Cercano Oriente, comprendido naturalmente, el Islam.

3º *El Juanismo* que, si fue confiado a personalidades susceptibles de servirlo, seguramente se ha perpetuado. ¿Acaso no ha completado o atemperado, en los siglos que siguieron a la desaparición oficial de la Orden, ciertas orientaciones romanas, algunos cambios en la política de los Papas representantes de Pedro y no será esto debido a un acuerdo entre los dos pontificados? El relato de *Henri Martin*, respecto de la pregunta que el conde de Armagnac hizo a Juana de Arco, según la deposición de Benedicto XIII, sobre "cuál era el Papa que había que seguir: Martín V, elegido por el Concilio de Constanza, u otro elegido por algunos cardenales en las cercanías de Valence", demostraría que el secreto juánico era conocido por Santa Juana. Ella respondió que, al hacer la guerra, ella iba "a saber en verdad en cuál debía creer, cuando se lo hubiera dicho su soberano, el Señor y Rey de todo el Mundo". Este rey, según Michelet y Basilide no podía ser otro que el Soberano secreto, el Rey del Mundo.

El relato y su comentario esotérico no son muy explícitos. No conviene ver aquí una alusión a la doctrina del imán oculto o a alguna otra análoga de los musulmanes heterodoxos. Nosotros creemos que la respuesta de Juana se refería al apoyo que iba a prestarle el representante de Juan, y que rehusaba, ya fuera a Martín V o a otro, el secreto que podía develar al Rey del Mundo, con quien estaba en comunicación por medio de sus visiones. Ya sea así, o bien que creyera poder ser informada por vía

sobrenatural, el hecho indicaría que ella admitía la existencia de dos pontificados, y que probablemente había recibido esta doctrina de San Miguel, Santa Margarita y Santa Catalina, sus protectores celestes, que eran precisamente los mismos santos protectores de los Templarios.

¿Ha habido trasmisión de señales de reconocimiento, de palabras claves de los Templarios, análogas a las de los Assacine, los gildes o el Sinf, o imitadas de éstos? La cosa parece improbable e inútil, ya que, fuera de la Orden de Cristo de Portugal, los Templarios se fundieron con las asociaciones operativas.

El misterio del testamento inencontrable, pero real, ha sido la perennidad del secreto financiero, sinárquico y juanista. Seguramente no fue imprudentemente revelado a los aficionados a ceremonias teatrales y ritos caballerescos románticos, sino a los actores poderosos y desconocidos que mueven las comparsas, cuya Fuerza es precisamente un secreto impenetrable, al igual que el de su identidad, lo que impide esta vez que sean denunciados y se quiebre su impulso, como a comienzos del siglo XIV.

Como guardianes de la Tierra Santa, los caballeros del Temple, ¿no fueron también acaso los verdaderos guardianes del "Graal", vaso sagrado, símbolo, entre otras cosas, de la tradición que debe conservarse y transmitirse? *Jean Reyor* decía en 1933 que si la doctrina esotérica de los Templarios es casi desconocida, "muchos indicios concordantes nos incitan a admitir que esta doctrina era hermética". Probablemente preparaban, con otros, el Rosicrucianismo, y es sólo con este título que hicieron pasar muy indirecta y parcialmente algunos de sus conceptos a la Fran-masonería. El hermetismo, sus símbolos, sus aplicaciones incluidas en los planes, pueden variar de forma, adoptar tal o cual vehículo, pero no se pierden jamás. El hermetismo de los Templarios no escapa a esta regla general, salvaguardia de una continuidad espiritual asegurada.¹²

¹² Jean Reyor, *A propos de l'Histoire des Rose-Croix, en Voile d'Isis*, número de enero 1933.

CONCLUSIONES

La primera comprobación que hemos hecho es que los Templarios no merecen la acusación de herejía, ya que jamás traicionaron su juramento de soldados de Cristo.

Ningún misterio subsiste sobre este punto, y la imputación de idolatría es absurda, fundada en descubrimientos arqueológicos que nada tienen que ver con la Orden del Temple.

Los entretelones del proceso revelan de parte del cínico y pícaro Nogaret, su intuición del secreto de la sinarquía, aunque mal comprendido por él e interpretado como un plan de destrucción de las monarquías, de las cuales quizás la de Francia era la más poderosa, cuando en realidad se trataba de Federalismo. Los móviles del rey, por el contrario, proceden de los sentimientos más bajos: orgullo herido, envidia y avidez.

De parte del Papa no caben dudas. Clemente, prelado mediocre elevado a la más alta soberanía religiosa a causa de su humillante servilismo ante Felipe el Hermoso por las intrigas electorales del clero galicano, que le debía su prosperidad, sacrificó a los Templarios por miedo y debilidad.

El poder financiero se explica no por un vano deseo de dominio, sino por la necesidad de crear formidables medios de acción al servicio de los grandes fines de solidaridad europea, de establecimiento definitivo de la Paz, única cosa que podía permitir la seguridad, la libertad, el acceso a la ciencia para todos los hombres. Concebida como lo estaba por los hermanos del Temple, dejaba de ser una fuerza de servidumbre, favorecía el Trabajo para convertirse en instrumento de liberación de los flagelos permanentes del hambre y las pérdidas que diezmaban periódicamente las multitudes de la Edad Media. El Misterio del Alfabeto secreto se aclara así, y una criptografía en tales condiciones no ocultaba elucubraciones satánicas o inmorales, sino

que permitía asegurar el secreto de la correspondencia comercial en una época en la que esto era imposible por falta de organización postal. Las cartas certificadas, por ejemplo, eran algo desconocido, y los pliegos transportados por mensajeros, que constantemente estaban en peligro de ser desvalijados en el camino, como ocurría en Marruecos antes de la introducción de la administración europea, obligó a imaginar un sistema análogo al de los Estados Mayores en tiempos de guerra.

Recordamos como ejemplo, no la sinarquía, de la que tanto hemos hablado y que era anunciación de los Estados Unidos de Europa, sino la discreción en el gobierno espiritual del mundo, la ejecución de las decisiones bienhechoras de la Iglesia interior, más generales que las de la Iglesia exterior, pero que no podían ser contrarias a ésta, salvo si hubiera habido desviación u olvido de los deberes. Se ha supuesto que Clemente V presintió el papel rector del Temple, y quiso librar de él a los sucesores de Pedro. Hombre voluptuoso y superficial, no creemos que haya ido tan lejos.

Frente al Islam, el pretendido misterio de la coalición de los Templarios con los jefes assacine y sarracenos, desaparece. Se trataba de una política colonial adelantada para la Edad Media, y que las generaciones de comentaristas han seguido encontrando sospechosa, cuando sencillamente era genial. Es la que siguieron los grandes generales franceses de Marruecos, Siria y Madagascar.

Las excentricidades en la ropa y algunas cosas tomadas de la higiene musulmana y de la arquitectura sarracena, son bien naturales. Hacemos lo mismo todos los días en las colonias sin que esto choque a nadie. Ninguna complacencia culpable, ninguna capitulación deshonrosa surge en toda la historia guerrera de los Templarios en Levante.

Frente al Mundo del Trabajo, debido al origen aristocrático de los grandes maestros y dignatarios, se ha podido creer que los Templarios seguían una política singular. Algunos han sospechado que reclutaban tropas de choque, o preparaban el mundo artesanal y obrero para que hiciera revoluciones en su beneficio. No hay tal cosa: existía una síntesis a la vez intuitiva y experimental, quizás incompleta, pero que resumía toda la enseñanza metafísica y científica de la Antigüedad, sirviéndose de un lenguaje

simbólico para expresarse, y sobrepasando lo humano para conocer lo cosmológico. Emanan de la Tradición única más primitiva, enriquecida en su forma caldea, egipcia, persa, griega, judeo-árabe, china, hindú, por conquistas intelectuales sucesivas. Los Templarios recibieron también esta enseñanza no por intermedio de los caballeros, sino por los monjes constructores, cisterciacos y otros que habían dejado sus órdenes para hacerse recibir en el Temple y por capellanes que eran casi siempre consejeros, instructores de asociaciones operativas y pre-compañerías que tenían más o menos las mismas ideas y signos que los de los equipos empleados en las comanderías. Hubo afiliaciones mutuas, de donde resulta una solidaridad muy estrecha entre toda la Orden y lo que hemos llamado el Mundo del Trabajo. El famoso Misterio de una supuesta orden interna queda revelado, cuando se considera esta interpenetración. No puede tratarse para los Templarios, recibidos antes de su ingreso a la Orden, o después, en este tipo de Deberes y mezclados a los artesanos y obreros del sinf, más que de costumbres análogas, y de la disciplina herméutica de las mismas asociaciones obreras con ritual, que sin duda fue afinado y adaptado por la Orden. Esta disciplina ayudó mucho a la colectividad Templaria en la consecución de sus grandes fines.

En cuanto a los sucesores, sólo existieron individuos en la mayoría de los países. Una orden neo-templaria, débilmente extendida hasta las colonias portuguesas de África, con sede en París, intentó hacer revivir el recuerdo del Temple, tentativa que sin duda no fue la única. Estas reconstrucciones no parecen importantes, ni desde el punto de vista espiritual ni desde el de la acción, y datan más bien de tiempos modernos. Más seria, poseedora de propiedades que habían sido del Temple en el siglo xv y reconocida por el Parlamento y por cartas reales a propósito de un litigio en el siglo xvii, fue la colectividad llamada en actas auténticas, "Los Señores del Temple", tercera orden subsistente, sucesora inmediata de los derechos inmobiliarios de los legítimos poseedores sobre ciertas casas y terrenos escapados al secuestro y a la confiscación. Todas las otras pretendidas caballerías templarias son, hasta que se demuestre lo contrario, fantasías. Incluso entre los caballeros de Cristo, verdaderos continuadores de la Orden primitiva bajo otro nombre, no se encuen-

tra traza de la idea de proseguir con el plan universal. Estos caballeros sirvieron bien a Portugal, y muchos de ellos, efectivos y no honoríficos, lo hacen quizás todavía ahora, en el espíritu mismo del Temple en materia comercial, marítima y colonial. Les es fácil mantener la concordia entre Oriente y Occidente en Lusitania, cuya administración patriarcal de las tierras de ultramar no maltrató generalmente a los súbditos indígenas, no hizo nunca diferencia entre las razas y considera el mestizaje como normal. En ninguna parte son más eficaces la fraternidad y la igualdad.

Los que han podido perpetuar las ideas del Temple en el plano social, espiritual y moral, son las cantidades de refugiados aislados, recogidos por los guildes, las *bauhütten* y las compañías, y algunos oficios incluso independientes de estas asociaciones. Pero no han reconstruido la Orden del Temple, y seguramente tampoco se han preocupado de hacerlo al sacar a relucir secretamente el ceremonial y los trajes, y establecer una jerarquía sin objeto tras la disolución y la fusión con el medio operativo.

En cuanto a la franc-masonería, tampoco ella puede reclamar una filiación templaria directa. Ha nacido ésta de la Franche-masonería obrera, y es adaptación de esta última con su simbolismo de las herramientas, es decir, del Trabajo constructor, del Arte de Edificar y con sus leyendas en las que el Templo de Salomón representa ya un papel antes de la fundación de la Orden de Hugues de Payns. La Franche-masonería es, en efecto, una especie de continuación de los *magistri comacini* de Roma y de las fraternidades creadas en Francia por los emigrados de Oriente que llegaron a Provenza con *Santiago el Menor*, jefe de las pre-compañías, engrosadas más tarde por obreros traídos a Europa por los Templarios y los últimos artistas bizantinos, más ricos de lo que se cree en enseñanzas tradicionales. Las únicas influencias que la franc-masonería puede haber recibido son indirectas y provienen de las logias operativas de las que ha surgido, y que jamás han resucitado los ritos de la caballería.

Al igual que todas las asociaciones de iniciación, la franc-masonería ha predicado la construcción de una humanidad más dichosa y mejor, más espiritual, sin distinción de raza, de credo, de clase, con la instrucción para todos y la solidaridad amante,

la unión de los pueblos, el arbitraje en caso de conflicto, la Paz. Evidentemente éstos son los medios y las finalidades templarias, pero nadie puede proclamarse heredero privilegiado y exclusivo, porque éstas son las aspiraciones universales de los hombres de buena voluntad.

No confundamos los designos de los hermanos de la Orden del Temple con un simple humanismo, por depurado que sea. Esencialmente religiosa, surgida del agustinismo, con una regla tomada a San Bernardo el reformador de Citeaux, y siendo la orden de los constructores por excelencia los Templarios, amaron al prójimo como criatura del Señor y quisieron volverlo más digno de Él por la inteligencia y por el corazón, construir la Ciudad de Dios sobre la Tierra, y preparar la ascensión del hombre regenerado a los Mundos Superiores.

El Templo con el que habían soñado, en efecto, era el Hombre interior, cuyo destino es el Servicio y el Amor de Dios y, por consecuencia, no deseaban nada para sí mismos: "Non nobis Domine non nobis sed nomini tuo da gloriam", el Templo del Espíritu.

Menos afirmativos que el erudito John Charpentier, cuya creencia en una sucesión ininterrumpida de grandes maestros hasta nuestros días está bien afirmada, nosotros no creemos que las cosas hayan sucedido tan simplemente. Conociendo los métodos de las fraternidades herméticas, estamos seguros que las grandes tareas del Temple serán proseguidas hasta el éxito y muy conscientemente por los Superiores Desconocidos a los que este autor y otros hacen alusión, y por los numerosos artesanos de la Obra, conscientes o no de obedecer a la inspiración templaria. Muchos indicios muestran que, después de las incoherencias de los últimos años y de los crímenes contra el Amor, vendrá la era de las realizaciones en el plano mismo de los antiguos caballeros y de sus hermanos.

Nadie necesita buscar nuevas fórmulas generales, ayudemos todos a la reconstrucción del Temple, retardada pero nunca abandonada, porque es la Regeneración necesaria. Los hechos recientes demuestran abundantemente dónde llevan las actividades destructoras, enemigas del hombre y rebeldes contra Dios.

INDICE

	<i>Pág</i>
<i>Capítulo I</i>	
Los templarios y la Edad Media	9
<i>Capítulo II</i>	
La recepción en la Orden. Sus singularidades	23
<i>Capítulo III</i>	
Desarrollo y poderío	37
<i>Capítulo IV</i>	
Papel de la Orden dentro de la Cristiandad	49
<i>Capítulo V</i>	
Hostilidad real e interioridades del drama	63
<i>Capítulo VI</i>	
Criptografía y cruz de las ocho beatitudes	79
<i>Capítulo VII</i>	
Idolos y batomet	93
<i>Capítulo VIII</i>	
Política y sinarquía	113

	<i>Pág.</i>
<i>Capítulo IX</i>	
Contactos islámicos y guardianes del Temple	129
<i>Capítulo X</i>	
Asociaciones obreras y Orden del Temple	143
<i>Capítulo XI</i>	
Graffiti Templarios del Orden y hermetismo	159
<i>Capítulo XII</i>	
Los sucesores y herederos del Temple	175
<i>Conclusiones</i>	199

Este libro se terminó de imprimir el 16 de noviembre de 1976 en los Talleres "El Gráfico / Impresores", Nicaragua 4462, Bs. Aires